

BLOQUE I.
INTRODUCCIÓN, METODOLOGÍA, ESTADO DE LA CUESTIÓN Y MARCO TEÓRICO

CAPÍTULO I
INTRODUCCIÓN

(...o lo que no se sabe cómo decir...)

“Entonces insidiosamente, la ilusión comienza a tender sus trampas. Quisiera haber vivido en el tiempo de los *verdaderos* viajes, cuando un espectáculo aún no malgastado, contaminado y maldito se ofrecía en todo su esplendor; ¡no haber franqueado yo mismo este recinto, pero como Bernier, Tavernier, Manucci...! Una vez entablado, el juego de las conjeturas ya no tiene fin. ¿Cuándo habría que haber visto la India? ¿En qué época el estudio de los salvajes brasileños podía proporcionar la satisfacción más pura, hacerlos conocer bajo su forma menos alterada? ¿Hubiera valido más llegar a Río en el siglo XVIII con Bougainville, o el XVI con Léry y Thevet? Cada lustro hacia atrás me permite preservar un hábito, ganar una fiesta, participar de una creencia suplementaria. Pero conozco demasiado los textos para no saber que al retroceder un siglo renuncio al mismo tiempo a informaciones y a curiosidades que enriquecerían mi reflexión. Y he aquí, ante mí, el círculo infranqueable: cuanto menores era las posibilidades de las culturas humanas para comunicarse entre sí y, por lo tanto, corromperse por mutuo contacto, menos capaces era sus receptivos emisarios de percibir la riqueza y la significación de esa diversidad. En fin de cuentas soy prisionero de una alternativa: o antiguo viajero, enfrentado a un prodigioso espectáculo del que nada o casi nada aprehendería, o que, pero aún, me inspiraría quizá burla o repugnancia; o viajero moderno que corre tras los vestigios de una realidad desaparecida. Ninguna de las dos situaciones me satisface, pues yo, que me lamento frente a sombras, ¿no soy impermeable al verdadero espectáculo que toma cuerpo en este instante, para cuya observación mi formación humana carece aún de la madurez requerida? De aquí a unos cientos de años, en este mismo lugar, otro viajero tan desesperado como yo llorará la desaparición de lo que yo hubiera podido ver y no he visto. Víctima de una doble invalidez, todo lo que percibo me hiere, y me reprocho sin cesar por no haber sabido mirar lo suficiente”.

Levi Strauss. *Tristes Trópicos*

El último lamento de Levi-Strauss es uno de los miedos del que escribe, no sólo no haber mirado lo suficiente sino no haber sabido mirar. Este hecho crea la duda que puede ahogar todo el texto, tanto que cuestionaría trabajo y resultados. Son los miedos de la disciplina, más que heredados, el que narra poca dote recibe, transmitidos a través de lecturas y difíciles reflexiones interiores. La paradoja de los “versos satánicos” planea constantemente en la cabeza. Una leyenda islámica, silenciada por la ortodoxia, cuenta que Mahoma recibió una revelación “satánica” en la que se concedía la condición de divinidad a tres diosas paganas, pertenecientes a una tribu políticamente importante que se pretendía adherir a la causa del profeta. La tribu se convirtió al Islam. Posteriormente otra revelación indicó a Mahoma el error cometido: había sido la voz de Satanás la que le había llevado a él. Si se aceptara esta

historia, algo que el Islam rechaza, quien la mantenga comete el pecado de *shirk*, se pone en duda toda la palabra revelada porque podría estar impregnada del influjo del maligno. Para la antropología, debido a la fragilidad del “dato etnográfico”, la única tabla de salvación es el “método”. Aún así las dudas acechan constantemente, cuestionando si algunas de sus observaciones, aunque metódicas y repetidas, no encierran tras de sí al pequeño diablo, mucho más amable que el islámico, que juegue a perturbar la información, riéndose del trabajo de años, por mucha metodología utilizada. La aplicación del método científico es la única tabla de salvación ante la duda, otorgando a la sistematicidad la virtud, en la verificación ensayo-error, de alcanzar un conocimiento “real” de la “realidad”. Es complejo no poner en duda estos postulados cuando se parte de una disciplina tan reflexiva y autocrítica como es la antropología.

En el foro de profesionales de antropología que coordina el profesor José Luis Molina de la Universitat Autònoma de Barcelona, en un alegre y estimulante correo electrónico, una internauta colombiana preguntaba qué era la antropología y qué hacen los antropólogos. Una respuesta dio en el clavo: “la Antropología es lo que hacen los antropólogos”. Puede sonar a tautológico, pero ¿alguien se atreve a dar una definición más concisa? Las Matemáticas son lo que hacen los matemáticos, la Física los físicos, la Historia los historiadores... y de ahí al infinito. Entonces, ¿hasta que no seas antropólogo no haces antropología? -que seas o te consideren- ¿Antropología cómo ciencia, cómo disciplina, cómo forma de vida...? He levantado la vista, la he bajado, miro ahora al frente y veo en la pared una reproducción del beso de Klimt y un dibujo a carboncillo de un pasaje del capítulo LIII del libro II del Quijote, realizado por un alumno de 70 años, la universidad no tiene edad y sí mucha experiencia, en la que se narra el fin del gobierno de Sancho Panza en su ínsula. Suscribo las palabras de Sancho, voy a la batalla sabiendo que no es lo mío ni el gobierno ni la lucha, más si es burla como en el caso del escudero, y anhelo volver a la vida anterior, si es que existe, y con Sancho desear: “Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad; dejadme que vaya a buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieran acometerlas. Mejor se me entiende a mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes ni de defender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma: quiero decir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fue nacido. Mejor me está a mí una hoz en la mano que un cetro de gobernador; más quiero hartarme de gazpachos que estar sujeto a la miseria de un médico impertinente que me mate de hambre, y más quiero recostarme a la sombra de una encina en el verano y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno, en mi libertad, que acostarme con la sujeción del gobierno entre sábanas de holanda y vestirme de martas cebollinas”.

Sigamos la comedia con cuestiones más propias de una tesis doctoral. Antes de continuar una aclaración. Se utilizará a lo largo del trabajo la acepción del genérico masculino. Esta elección no es casual sino que está justificada. Por un lado se intenta evitar la duplicidad que convertiría la lectura en farragosa y complicada, y la opción de caracteres ajenos al alfabeto latino, como la @, no es considerada una opción correcta. Pero si esta es la forma, el fondo es lo que realmente determina el uso del masculino. Este trabajo es tanto un intento de “etnografiar” la actividad cinegética y las relaciones humano-ambientales que giran a su alrededor, como el de investigar una de esas acciones que todavía hoy tienen una componente y un significado plenamente masculino. Salvo casos puntuales, que estadísticamente habría que considerar como poco relevantes, la inmensa mayoría de cazadores son hombres. Pero no sólo eso, como veremos a lo largo de la narración, el ambiente es masculino, con una determinada concepción de la masculinidad, los gestos, las formas, comentarios, acciones, elementos simbólicos, violencia, muerte, sangre... tienen una referencia al varón como elemento hegemónico de la caza, justificado en un discurso atávico y reproducido en unos espacios simbólicos de representatividad social, económica y política. El cazador es hombre y cuando es mujer el comentario generalizado es que caza igual que un hombre, es uno más de la cuadrilla, es decir, todo se asimila a la convivencia con el varón. Por tanto, a nivel formal, el hecho de utilizar el masculino genérico en la narración es lo que se ha considerado más oportuno. Hay que señalar que el análisis de la masculinidad aparece en el texto recurrentemente pero no se analiza en un punto concreto. Esto se debe a las dimensiones del estudio y a la necesidad de acotar las temáticas, por ello se tiene presente la necesidad de hacer un estudio exclusivo sobre la construcción de la masculinidad dentro del grupo de cazadores.

La narración parte de una pregunta básica ¿por qué elegir como tema de investigación la actividad cinegética? La respuesta podría ser tan sencilla como: ¿por qué no? Desde un punto de vista etnográfico la caza presenta grandes atractivos, en el sentido de estructura, tradición, ritualidad... casi primitivización en la sociedad del s. XXI. No obstante, esta vuelta a lo “primitivo” no fue la idea del proyecto, sino que pesaron mucho las hipótesis que planteaban la relevancia de la caza como factor económico-social y su relación con élites económicas, sociales y de poder, y sobre todo, el impacto que sobre el medio ambiente realiza, con distintas formas de construir la “naturaleza”. A esto se le unía los pocos estudios que en España a nivel etnográfico se habían hecho sobre el tema, lo que permitía un acercamiento al mismo más “puro” en el sentido de no tener tras de sí una producción sobre la que basar el trabajo. Esto también entrañaba el peligro de no tener guías teóricas de partida y buscar caminos sobre los que explicar aspectos que, aunque específicos de una materia poco trabajada, eran clásicos de los estudios antropológicos, por lo que, evidentemente, se recurrió a ellos. Este hecho ha influido también en el marco teórico

ecléctico por el que se ha optado, sin seguir ninguna corriente concreta, ninguna escuela antropológica, sino conjugar las distintas reflexiones consideradas convenientes para interpretar los fenómenos sociales documentados. Tal vez esto lleve en algún momento a pensar en contradicciones teóricas, la idea de base es que la contradicción, al igual que en el desarrollo personal, es la forma más efectiva de abordar la “realidad social”, porque es en ella donde se desarrolla su ordenamiento.

Si para la caza los trabajos eran escasos para el caso español, con relación al otro gran eje temático de la tesis, la construcción ideológica de la naturaleza y las relaciones humano-ambientales, la situación era distinta. Como se verá en el capítulo dedicado al marco teórico, no era únicamente adoptar una u otra de las producciones que han intentado explicar el binomio naturaleza-cultura, sino que se opta por seguir las tendencias actuales que consideran que hay que superar este estadio dicotómico y analizar como conjunto a la sociedad, naturaleza y cultura, tanto desde un posicionamiento de investigación como también ideológico.

Uno de los ejercicios que desde hace algunas décadas se realiza en antropología es aplicar la *mirada antropológica* hacia dentro, es decir, proyectarla hacia el propio investigador para descubrir y justificar el porqué de la elección de uno u otro tema. La justificación podría entenderse como uno de los miedos, entre muchos, que se tienen en la disciplina, tal vez por el carácter de la misma y el material con el que se trabaja, y en el caso de esta investigación casi se hace necesaria por la igualación, todavía no entendida, entre investigador y aquello que estudia.

La respuesta a la pregunta ¿eres cazador? suponía la primera toma de contacto con la realidad y uno de los momentos más importantes en la denominada “entrada al campo”. Desde el primer momento se planteó la sinceridad como norma, aunque esta haya cerrado algunas puertas las que abrió gozaron de la complicidad y la rigurosidad buscada. “No soy cazador y tampoco lo he sido”. A partir de la respuesta comenzaba un farragoso ejercicio explicativo, más si cabe cuando no se gusta demasiado de ellos, en la que dejaba claro cual era la intención, el estudio que se estaba realizando y la forma de trabajo empleada. Algunos lo comprendían, la mayoría, a otros les ilusionó y brindaron todas las facilidades posibles para llevar a buen puerto el trabajo, y otros, los menos, recelaron abiertamente de mis intenciones, no sólo considerándome un intruso sino pensando que era un “ecologista” en busca de información con la que atacar a su colectivo. El paso del tiempo les habrá convencido de mi carácter inofensivo y espero que las siguientes líneas terminen por mostrarles el objetivo meramente *científico* de mis intenciones.

La pregunta sobre la condición de cazador del investigador puede indicar el carácter cerrado del colectivo cinegético y las medidas de protección que adoptan ante el exterior, consecuencia de un sentimiento en el que se consideran atacados por el resto de la sociedad. El investigador se enfrenta a esa “mala prensa” que tiene la caza, tanto por sus implicaciones éticas como por sus impactos medioambientales y su

componente económico. Chocan unas ideas con otras, el prejuicio, el estereotipo y la necesidad de adoptar una posición equidistante que permita el acercamiento lo más objetivo posible al tema de estudio. Junto al etnocentrismo, los llamados “estudios en casa”, como es el caso, deben liberarse del sociocentrismo, dismantelar prejuicios y estereotipos, y en este caso dejar a un lado ideas previas que pudieran enturbiar tanto la relación como la recogida de información con los actores.

La preocupación de muchos informantes era y es, el lugar donde van a quedar, la imagen que de ellos se va a transmitir, alerta siempre del tratamiento que se les da desde los medios de comunicación. Hacer antropología en la misma comunidad, con un público potencial que van a ser los propios informantes¹, implica mayor responsabilidad a la hora de exposición de resultados, que aquella que se realiza en lugares donde difícilmente se va a divulgar la obra escrita. Esto implica que se esté siempre alerta, que cada palabra sea pensada y repensada, que la “objetividad” se convierta en obsesión, que se valore constantemente la figura del informante, que nos acogió, nos mostró y enseñó todo lo que sabe, y con el que se está en deuda, siendo la mejor forma de corresponderla mediante un texto serio, documentado, fundamentado y evitando posturas que puedan interpretarse a favor o en contra, sino explicativas y lo más ajustadas a la “realidad” que sea posible.

El no ser cazador y el conocer en un principio poco sobre la caza, tuvo como primera consecuencia una documentación exhaustiva sobre el tema, y en la práctica, un “shock”, como lo denominan algunos antropólogos, al acompañar en las primeras jornadas a los cazadores. En los casos de las investigaciones realizadas en lugares lejanos, esta situación es muy acusada, suponiendo un primer escollo, adaptándose tanto a las nuevas normas sociales y culturales como a la cotidianidad diaria. En el caso de los trabajos de investigación realizados en la propia sociedad, no es tanto el “shock” sino la necesidad de extrañamiento, como situación metodológica, la necesaria para hacer frente a la situación. En este caso conocía los códigos, la lengua de mis informantes, pero también se abrió toda una serie de elementos que había que aprender, socializándose en ellos, no sólo para comprender sino también para ser aceptado por el grupo. Había que imitar la actitud del cazador, el silencio en la cacería, saber el momento oportuno en el que hacer las preguntas, también cuando callar, cuando asentir, en definitiva, integrarse como un elemento más del colectivo, aunque éste fuera diametralmente opuesto al que cotidianamente vive el que investiga. Ser uno más, pero conociendo los límites que marcan que no eres uno más. De hecho, uno de los problemas derivados de esto es que se te considere uno más y te dejes

¹ Philippe Descola advierte del desagradable término de *informante* dentro de la jerga antropológica, ya que cosifica al ser humano y lo entiende como mero objeto de estudio y como fuente de información, lo que deshumaniza la estrecha relación, complicidad y amistad que puede llegar a existir con ellos. Este término, señala el antropólogo galo, es herencia de “los etnólogos africanistas de preguerra- siempre rodeados de *boys*, mozos de equipajes e intérpretes-, que remuneraban a los sabios indígenas por sus horas laborales desde la varanda, como se le da propina al jardinero” (DESCOLA, P. 2005: 47).

llevar, buscando apoyos que no puedes dar, variando en ese momento, hasta cierto punto, la consideración conseguida. Es complejo moverse en este terreno, guardando la distancia, cuando cada vez aumenta más la confianza, sin socavar los principios mínimos de ética profesional autoimpuestos.

Enrique de Hériz, en una magnífica novela titulada *Mentira*, desgana las historias de una familia donde confluyen trayectorias, inquietudes, referentes de vida que de alguna forma se ven recorridos por la imagen omnipresente maternal: la antropóloga Isabel García Luna. La antropología es silenciosa, prudente, discreta, y más que formular la pregunta directa busca que ella se conteste en su contexto, sin prisa, pero tampoco sin perder el objetivo marcado. El personaje de Hériz compara ese carácter del que cuestiona a los demás buscando respuestas, y el silencio del etnógrafo, que no es más que una gran pregunta perpetua del que sabe escuchar, contrastado en las figuras de madre-hija: “La que más me preocupa es Serena. La pequeña, llorando preguntas. Cada uno llora lo que tiene. Seguro que no entiende nada, como siempre. Venga a preguntar y preguntar, venga a hurgar en el pasado. De dónde habrá sacado esa necesidad de saber tan dañina. Y la ingenuidad de creer que sabe. Serena, empeñada en conocer el pasado, sin caer en la cuenta de que el pasado, como el futuro, sólo se puede imaginar. Serena; confundida. Será de ley que a una madre tan silenciosa le corresponda una hija tan imaginativa. Y tan preguntona”.

Dentro de esa discreción, de ese silencio, el trabajo de campo etnográfico permite convivir con el colectivo de acogida, intentando una posición de igual a igual que sólo a través de meses y de una relación constante es posible conseguir. Es del trabajo de campo, de la etnografía, entendido como una situación metodológica y como un proceso de investigación, pero también de relaciones personales entre investigador-informante, de donde se extraen los datos. La antropología, en este sentido, es empírica, ya que es la experiencia directa la única que, a este nivel, puede proporcionar elementos de análisis. En otro plano quedan las teorizaciones realizadas a partir de datos primarios, y otro tipo de fuentes tan importantes como el devenir histórico, que deben fundirse en el análisis del fenómeno sociocultural estudiado, con una interrelación que permitan de la forma más rigurosa posible interpretar la realidad².

En el trabajo de campo como situación metodológica se desarrollan una serie de técnicas de investigación tales como la observación participante, las entrevistas,

² “El reconocimiento de esta complejidad del trabajo de campo, así como de su interacción con los dispositivos textuales e institucionales en que se constituye su sentido, no tiene por qué reducir la importancia y el valor de ir al campo. Hacer antropología, o simplemente hacer investigación, requiere datos, y para obtenerlos es necesario hacer trabajo en el terreno. Las discusiones teóricas y la crítica a los textos antropológicos sirven para ser más conscientes de que los datos no están en el campo, esperándonos y que son resultados de procesos sociales, institucionales y discursivos de construcción, pero la labor teórica no puede sustituir el esfuerzo para obtenerlos. Más bien aumenta la necesidad de tener más datos, volver una y otra vez al campo para someterlos a prueba”. (GARCÍA CANCLINI, N. 2004: 112-113)

abiertas y cerradas, encuestas, grupos de discusión, historias de vida, técnicas de análisis de foros cibernéticos, etc. La observación participante es la más característica y la más clásica de las técnicas etnográficas, aunque no por ello se puede decir que en los últimos años sea la más utilizada, llegando a asimilarse, incluso a confundirse con la totalidad del trabajo de campo. Dependiendo del tema de estudio y sus peculiaridades será más conveniente optar por una u otra forma de recogida de datos. En este caso, la observación participante es la base, unida a entrevistas, en sus diversas modalidades, y técnicas relacionadas con el análisis de documentación impresa, audiovisual y cibernética.

La importancia de la observación directa ya fue señalada por Malinowski en el prólogo de los *Argonautas*, al constatar que hay fenómenos “que no pueden recogerse mediante interrogatorios ni con el análisis de documentos, sino que tienen que ser observados en su plena realidad” (MALINOWSKI, B. 1986: 24). Nada más cierto, al menos, bajo la experiencia personal. Si hubiéramos reducido la técnica a una batería de entrevistas descontextualizadas del ambiente de la cacería, los datos diferirían mucho de los expuestos, no incidiendo en la realidad que representa, más allá de la construcción realizada por investigador e informante. Este hecho se tuvo presente desde el primer momento y aunque más difícil de conseguir, porque necesita de un mayor grado de empatía y redes sociales, es más sincero y riguroso.

La observación participante depende en su estructura del fenómeno estudiado. Las citas clásicas a ese trabajo de campo realizado en lugares remotos, entre culturas en muchas ocasiones desconocidas, con una inmersión total del etnógrafo en la vida cotidiana del grupo, viviendo con ellos, basan la validez de los datos obtenidos en el “estar allí”. Cuando la antropología desplaza a partir de los años sesenta los campos de estudio desde la lejanía hasta la misma cultura del investigador, tanto la acción como el concepto de la observación participante adquieren otra dimensión. El etnógrafo no se traslada a la otra parte del mundo en busca de su objeto de estudio, lo tiene en su propio contexto. Incluso, en muchas ocasiones, ni siquiera cambia de residencia sino que es la cercanía la estudiada. Ante esta nueva situación se hace necesario un ejercicio de extrañamiento intracultural con el fin de obtener una perspectiva crítica, que le permita enjuiciar al grupo con cierto grado de objetividad dentro de una disciplina marcada por la subjetividad. Se abren nuevos campos de estudio relacionados con temáticas como la industria, la empresa, organizaciones, turismo, etc. reformulando el carácter mismo de la disciplina y abriendo el campo de la aplicabilidad³.

³ “¿Qué caracteriza la práctica habitual del antropólogo? Ya dijimos que en un tiempo fue el trabajo de campo durante largos períodos en una sociedad no occidental. Luego, el trabajo de campo prolongado en una comunidad distinta a la suya, aunque podía estar dentro del mismo país (grupos indígenas, minorías, pobres urbanos). Varios antropólogos comenzaron a ver que, más que un *descentramiento* radical, o un *extrañamiento* de su cultura originaria, hacer antropología se caracterizaba, como leímos en Clifford Geertz, por *la tensión entre estar allá y*

Como señala Honorio Velasco y Díaz de Rada, la importancia de la observación participante es que “exige la presencia en escena del observador, pero de tal modo que éste no perturbe su desarrollo; es decir, como si no sólo por el hábito de la presencia del investigador, sino por las nuevas relaciones sociales establecidas, la escena contara con un nuevo papel, accesorio a la propia acción, pero incrustado en ella ‘naturalmente’”. (VELASCO, H., DÍAZ DE RADA, A. 1997: 24)

La observación participante se considera como una “metatécnica”, es decir, a ella se añaden otras técnicas subsidiarias propias de la antropología y de otras ciencias sociales. Se trata de entrar a formar parte de la comunidad, del grupo, a través de la inmersión en la realidad sociocultural que está investigando. Para ello, tiene no sólo que observar, sino también que acompañar, hablar, participar, con los actores sociales en su vida cotidiana. En este caso, la participación en las cacerías y en lo que ellas conllevan, antes, durante y después, hace que la elección de los informantes y la posibilidad de convivir con ellos sea importante a la hora no sólo de recoger datos sino también de profundizar en aspectos que de otra forma pueden quedar ocultos. Es el caso, por ejemplo, de los trámites previos a la cacería, la selección de la ropa, la elección de las armas, el mantenimiento de las mismas, la compra de la munición, el traslado al coto, la relación con los perros, el destino de las piezas, etc. Todo esto hace que no sólo la observación se reduzca al día en sí, sino a la manera en la que los cazadores la viven antes y después.

La redacción de un proyecto previo de investigación sirve para apuntar algunas de las posibles hipótesis a trabajar, aunque éstas queden en su inicio relegadas por los datos que la investigación va proporcionando. La construcción de una hipótesis general no parte de la nada, sino que surge de esa primera fase mencionada en la que se ha recogido información, en la que se ha establecido un primer contacto con los informantes, es decir, hay una cierta base sobre la que pensar. Como señalaba Malinowski, el tener una preparación teórica previa no debe suponer estar cargado de ideas preconcebidas. El trabajo es un ente vivo y las hipótesis previas no son más que eso, sujetas a modificación y cambio, no debiendo encorsetar los resultados ni la dirección de la mirada antropológica. Manuel Delgado incide en este sentido y en no determinar los planteamientos previos de tal forma que ahoguen los resultados que se obtengan a través de la investigación:

“No se trata de acudir al terreno sin ideas ni intuiciones, sino de no someter los datos a esas predisposiciones y permanecer expectantes ante cualquier elemento que pueda desmentir o matizar lo dado por supuesto. La sujeción acrítica a un cuerpo teórico preestablecido que no cabe defraudar y a unos métodos de manual, cuya operacionalidad se da por descontada, hace que los proyectos que se derivan- plan de investigación,

estar aquí, poner en relación lo diferente con lo propio, entendido como otra diferencia”. (GARCÍA CANCLINI, N. 2004: 114)

modelo, hipótesis, variables por adoptar, instrumentos normalizados, muestra, grupo de control- acaben convirtiéndose en sucedáneos inconscientes del examen directo del mundo social empírico. Es decir, que las preguntas que se formulan, los problemas que se plantean como centrales, los caminos que se decide seguir, los tipos de datos que se indagan, las relaciones que se toman en cuenta y la clase de interpretaciones que se aventuran terminan por ser el resultado del esquema de investigación, en lugar de ser producto de un conocimiento íntimo del área empírica sometida a estudio” (DELGADO, M. 2006: 95)

Durante la investigación, las hipótesis que se consideraron en principio más relevantes fueron relegadas en un proceso en el que finalmente hubo una ocultación de las mismas, dejando que fuera la propia experiencia la que vislumbrara aquello sobre lo que teorizar. Este proceso de explicitación, ocultación y mostración, supuso un retorno a una hipótesis general, amplia, basada en la actividad cinegética como un contexto cultural en el que los grupos se relacionan a partir de unas premisas básicas, categorizándose en su seno a partir de la conciencia de heterogeneidad percibida, determinada por la actitud y los valores que le otorgan al campo, siendo conscientes también de la homogeneidad que la sociedad tiene de ellos. La cuestión del contexto de la caza es la que sirve de eje para la interpretación de los datos obtenidos. El ambiente determina la actitud del cazador, y por tanto su imagen, pero la construcción de estos dos conceptos, influidos por el contexto, se muestran en un plano diferente, existe lo que se podrían denominar como un ideal y una acción, basada en principio en este ideal pero determinada por el contexto humano en el que se produce. Asociado a ésta se hace referencia en el texto a los términos acción, recreación y representación, y al bucle retroactivo que significan, determinando la actitud que ello deriva sobre el ejercicio de la caza. Los conceptos que se manejan sobre qué es la caza y qué significa ser cazador, interpretados según los discursos emitidos desde el propio grupo, no son una mera reflexión de los actores sino que determinan su acción, pero modelada según el contexto y modificada en la interacción y en la internalización personal, lo que lleva nuevamente a la acción. Esta hipótesis se desarrolla con ejemplos concretos a lo largo del trabajo y si bien queda enunciada sólo de forma hipotética, quedando abierto su trabajo de reflexión a partir de nuevos datos y lecturas.

La domesticación del medio natural, no sólo con la introducción de especies cinegéticas criadas en granjas sino también por el hecho mismo de la gestión de poblaciones salvajes, es otra de las hipótesis destacadas sobre las que se trabaja. A ésta viene asociada un hecho fundamental en la caza actual, la autenticidad frente a la artificialidad. Dentro de este marco se pueden englobar tanto opiniones como actitudes, así como toda una construcción cultural sobre una vuelta a lo natural, a lo prístino, y por tanto, al carácter atávico del hombre, a su función de depredador.

Natural contra artificial, entendidos ambos como una construcción de la realidad que hace referencia no sólo a un hecho objetivo sino a un deseo subjetivo, en el que lo primero se entiende sin tener en cuenta que esa naturalidad fue artificialidad, entendiéndola ésta como actividad antrópica modificadora del medio.

Por otro lado se utilizan también hipótesis basadas en las implicaciones sociales y económicas que se derivan de la actividad cinegética, con el status que ciertas modalidades y ciertos contextos suponen para sus actores. No obstante, esta hipótesis, que en principio se suponía como clave, sin dejar de serlo, se ha ido diluyendo hacia otros caminos, basados en el interés de la investigación, pero básicamente en los datos obtenidos y sobre los grupos estudiados, donde este componente aparecía como secundario. La cuestión de género es otra de las variables a tener en cuenta. La casi totalidad de hombres cazadores, con un porcentaje insignificante de mujeres que realizan la actividad, no se interpreta únicamente como una división espacial y temática del ocio, sino que lleva a una división sexual del trabajo, a unas construcciones sobre el papel de los sexos en la vida cotidiana, y que incluso se podría relacionar con ese espíritu “primitivo” mencionado, en el que el hombre, con la vuelta a sus orígenes, vuelve a ser el fuerte y astuto portador de proteínas animales para el grupo, con lo que de construcción cultural hay en este hecho.

En definitiva, al comienzo del estudio se plantearon una serie de hipótesis que sirvieran de guía. Con el paso de las observaciones y la recopilación de datos muchas de ellas fueron modificadas y se fueron añadiendo otras a medida que surgían en la interpretación de los mismos. Se parte de una posición que considera que el proyecto previo de investigación es flexible en todo caso, y debe amoldarse a la realidad, evitando que sea la construcción primera que de ella se ha hecho la que marque la relación en el trabajo de campo, que llevaría a la nulidad de los datos obtenidos. Esta base es clásica y vino ya enunciada por Malinowski en el prólogo de los *Argonautas*⁴.

La hipótesis es en definitiva un enunciado desiderativo, que se pretende demostrar pero que tiene para la antropología un riesgo fundamental, que es su propio banco de datos. Pero ¿es necesario este comienzo en la hipótesis? Éstas se van construyendo a medida que lo hace el trabajo, en este caso, y a las primeras planteadas se las postró a un período de olvido, para que no determinaran o viciaran aquello que se estaba viendo, es decir, se planteó la voz de los informantes como la

⁴ “Tener una buena preparación teórica y estar al tanto de los datos más recientes no es lo mismo que estar cargado de “ideas preconcebidas”. Si alguien emprende una expedición, decidido a probar determinadas hipótesis, y es incapaz de cambiar en cualquier momento sus puntos de vista y de desecharlos de buena gana bajo el peso de las evidencias, no hace falta decir que su trabajo no tendrá ningún valor. Cuantos más problemas se planteen sobre la marcha, cuanto más se acostumbre a amoldar sus teorías a los hechos y a ver los datos como capaces de configurar una teoría, mejor equipado estará para su trabajo. Las ideas preconcebidas son perniciosas en todo trabajo científico, pero las conjeturas son el don principal de un pensador científico, y tales conjeturas le son posibles al observador sólo gracias a sus estudios teóricos”. (MALINOWSKI, B. 1986: 26)

aclarativa para después matizarla, dotándola de una interpretación operativa. De esta forma, la comunicación roza la esquizofrenia al plantear dos mundos imaginarios, dos construcciones conceptuales elaboradas por un mismo actor, planteando interpretar una actividad que se enmarca dentro de la realidad.

Los datos recogidos sirven para estructurar y construir un conjunto que muestre la problemática estudiada y se comparta con la persona que acceda a su lectura, pero es un proceso vivo del que participan tanto los actores, los protagonistas, el investigador, intérprete y redactor del texto, y el destinatario. En este sentido, los resultados de la investigación parten del dato empírico, del trabajo de campo y de la relación con los informantes, para a partir de ahí iniciar el proceso de análisis e interpretación, retornando en un bucle casi imparable al principio, a medida que las nuevas lecturas, los nuevos datos, proporcionan otros caminos. Por ello, y con la prudencia que implica cualquier cita, se sigue el camino marcado por el profesor Carmelo Lisón Tolosana en el sentido de la preeminencia del trabajo de campo como base de cualquier estudio antropológico:

“Mi antropología es fenomenológica, fundamentada en la experiencia directa y personalmente vivida en la actividad y conciencia del Otro; Antropología que parte del mundo de la experiencia sensorial y del sentido común re-energetizado por modos éticos de estructuración y presentación; Antropología que va del Lebenswelt concreto de las cosas a la Weltanschauung de las ideas y de las creencias; Antropología siempre en movimiento de la empírica objetividad a la inferencia audaz, imaginativa y comparadora; Antropología en oscilación dinámica entre la praxis vivida y la más rigurosa teoría, aquélla que analiza en contexto holístico social totalizante, en profundidad semántica intertextual y en vuelo hermenéutico intercultural”. (LISÓN TOLOSANA, C. 1998: 22)

Sobre la metodología y las técnicas utilizadas hay que apuntar algunas reflexiones clásicas, y sobre todo desarrollar una novedad, que no lo es tanto, como el trabajo de campo realizado en la red, que ha supuesto una parte importante y ha servido como elemento fundamental en la elaboración del trabajo.

Al hablar de trabajo de campo se podría considerar como tal a la fase central del proceso metodológico global relacionado con la antropología, aunque no estrictamente la globalidad de este proceso, según Honorio Velasco y Díaz de Rada:

“El trabajo de campo es más que una técnica y más que un conjunto de técnicas, pero ciertamente no debe confundirse con el proceso metodológico global. Es una *situación* metodológica y también en sí mismo un proceso, una secuencia de acciones, de comportamientos y de acontecimientos, no todos controlados por el investigador, cuyos objetivos pueden ordenarse en un eje de inmediatez a lejanía”. (VELASCO, H., DÍAZ DE RADA, A. 1997: 18)

Partiendo de esta consideración del trabajo de campo como situación metodológica, habría que atender a dos cuestiones, por un lado el método global en el que se enmarca, con toda una serie de presupuestos epistemológicos, y por otra parte las técnicas que estructuran y dan sentido al trabajo de campo.

Se podría considerar que no existe un método propiamente antropológico o etnográfico, sino que el antropólogo lo que hace es uso de un método científico y de técnicas de investigación con un enfoque concreto, en este caso el antropológico. Por método científico habría que entender, siguiendo a González Echevarría, no el diseño de una investigación sino la lógica de la investigación. El método científico sería un proceso para elaborar y poner a prueba soluciones a problemas, o teorizar acerca de cómo o por qué *ocurren* los acontecimientos. Las etapas que tendría este método serían la formulación del problema, la enunciación de hipótesis, la recogida de datos y el análisis e interpretación de los mismos. A partir de estas premisas básicas se podrían estructurar las distintas objeciones que podrían realizarse, sobre todo, desde este punto de vista, al tema del enunciado de hipótesis, o la necesidad de que ellas salgan a relucir sin un planteamiento previo de las mismas. Por último, y siguiendo un planteamiento clásico dentro de la antropología, el método que la distingue y sobre la que llega a alcanzar un status *científico* es el método comparativo. Según varios autores, el método comparado consiste en correlacionar los hechos socioculturales, estableciendo sus rasgos comunes y diferenciales. De forma general, comparar es una operación mental que consiste en establecer correspondencias entre varios objetos con el fin de encontrar las semejanzas y/o las diferencias que puedan existir entre ellos (ÁLVAREZ MUNÁRRIZ, L. 2000: 24).

El resultado de una investigación, como señala Aurora González Echevarría, es el establecimiento de correlaciones. Dos variables, X e Y, se dice que están correlacionadas si a variaciones en magnitud de X corresponden variaciones proporcionales de magnitud en Y, y viceversa (GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, A. 1987: 82). La correlación es una de las bases fundamentales del método comparativo, aunque dentro del conocimiento antropológico se ha puesto en duda la validez de este sistema cuando se obtiene comparando dos o más contextos culturales distintos. Esa fue una de las críticas básicas que Leach hizo de la obra de Murdock, y de las correlaciones estadísticas que este obtuvo con relación a la existencia de una regla de filiación matrilineal y una terminología de parentesco en la que la hermana del padre y la hija de la hermana del padre se sitúan en una categoría única. El escepticismo sobre la validez de los métodos de Murdock fue ya señalado por Evans E. Pritchard, dentro de la idea de que el método comparado es inseparable de la producción de conocimiento antropológico. En 1975, Leach afirma que el hecho de que las estadísticas de Murdock no funcionen proporcionan, no obstante, una información interesante: que los datos culturales no siempre son coherentes y que por tanto invalidan toda la metodología

comparativista. Sobre el mismo problema, y dentro de una postura de recuperación y revaloración del método comparativo, Aurora González Echevarría, dice que el ejemplo que Leach utiliza para criticar el método de Murdock: “más que datos culturales incoherentes, la tabla me sugiere la posibilidad de factores que actúen junto a la matrilinealidad sin que hayan sido todavía descubiertos. Murdock me hace pensar en las defectuosas correlaciones que entre presión y volumen de un gas pudo obtener Boyle, antes de que Mariotte descubriera que había que mantener la temperatura constante. Pero aunque esos factores no existieran, o no llegaran a descubrirse, junto con otros temas de la antropología del parentesco que esperan aún su Maxwell, la tendencia es suficientemente fuerte como para que constituya un problema a explicar” (GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, A. 1987: 82).

La discusión no sobre la necesidad sino la posibilidad de la comparación antropológica fue una de las bases sobre las que se asentó la crítica y reflexión a los planteamientos clásicos de la antropología, que si bien no se va a entrar en ello hay que tenerlo en cuenta porque de alguna forma u otra aparecerá en determinado momento de la investigación.

La parte del trabajo de campo realizada en la red se ha hecho dentro del portal Club de Caza (<http://www.club-caza.com/>). Hablar de trabajo de campo en la red, o de etnografía virtualizada, requiere necesariamente de unas matizaciones metodológicas de base, en primer lugar, y después concretar cómo se ha imbricado en este caso con el trabajo de campo “tradicional”. Puede llamar la atención que un colectivo como el de cazadores tenga un espacio virtual tan dinámico como éste, lo que evidencia por otro lado el alcance que Internet tiene en estos momentos. Influye el hecho de la gran heterogeneidad del grupo, su amplitud y su acceso a las nuevas tecnologías, creando un fuerte contraste entre aquellos que habitualmente utilizan la red y los que no.

En este caso, Internet comenzó a utilizarse como una fuente más de información, de datos documentales, pero pronto desbordó este aspecto para convertirse en un espacio donde se puede trabajar, relacionarse, interaccionar y analizar discursos sobre la temática estudiada, además de establecer contactos personales que han sido fundamentales para el desarrollo de la investigación. Siguiendo a Elisenda Ardèvol, una etnografía virtual permite estudiar las relaciones en línea, no sólo como medio de comunicación, sino también como elemento de sociabilidad, de formación de comunidades, intercambio de experiencias, conocimientos y nuevas formas de interacción social (ARDÈVOL, E. 2003: 73). El portal de caza sirve para crear una red social que interactúa entre ella, que crea foros de debate y acción, que reflexiona y construye una identidad colectiva que parte de la identidad personal, de aquella con la que se define cada internauta, que entraría dentro de la hipótesis de acción, recreación y representación que se desarrolla en el capítulo teórico.

El portal Club de Caza ha sido una parte más del trabajo de campo pero éste no parte de él, es decir, no se inicia en la red, sino que viene a complementar y ampliar aquel que se realiza en un espacio geográfico concreto, por lo que no se podría hablar de una etnografía virtual propiamente dicha sino un soporte de etnografía virtual unida a la etnografía convencional. El camino va del “terreno”, mediante la interacción física con los miembros de la “red”, es decir, a la virtualidad se le pone cara y cuerpo, volviendo tras ello a la virtualidad de la distancia.

Metodológicamente, Ardèvol considera que la etnografía virtual no es sólo una adaptación del tradicional método etnográfico a un nuevo campo de estudio, sino que su significación es más compleja, ofreciendo “una oportunidad para transformar reflexivamente el propio método y replantear los supuestos teóricos y epistemológicos que sustentan nuestra relación con lo técnico” (ARDÈVOL, E. 2003: 89). Se plantea un debate sobre si Internet y el Ciberespacio son objeto o recurso etnográfico. Si se parte de la idea de recurso, para una investigación representa un gran campo de información, donde foros y *chats* se convierten en espacios de donde extraer datos, lo que limitaría el análisis. Considerar el Ciberespacio como objeto etnográfico representa un nuevo concepto de trabajo, en su virtualidad, dentro de un espacio *on-line*. Natalia Morales Mena (2005) establece, siguiendo a Hine, la relación que dentro de las comunidades virtuales se establece entre el *on-line* y el *off-line*, analizando una nueva sociabilidad que se traslada de lo “virtual” a lo “real”, y que se interconecta de tal forma que se convierten en elementos inseparables en el análisis etnográfico⁵.

En el caso del Club de Caza, sus espacios de interacción, foros, *chats*, *weblogs*, de corte *on-line*, son un paso que llevan en muchas ocasiones al *off-line*, materializado en los denominados “encuentros”. El *on-line* lleva al *off-line*, y en un proceso de vuelta retorna nuevamente a la virtualidad. Se ponen rostros a los *nicks* y se personalizan las opiniones, encuentros y desencuentros que se producen en la red, compartiendo jornadas de caza.

El portal Club de Caza parte de la idea de crear un punto de encuentro entre cazadores, un lugar donde compartir experiencias, conocimientos, opiniones que tratan sobre caza, a la vez que establecer redes, contactos y amistad entre sus miembros. Estos aspectos se desarrollan en las herramientas de interacción virtual, como foros y *chats*, complementándose con las secciones dedicadas a los artículos de opinión, *weblogs* y relatos. Junto a esto, las noticias de prensa relacionadas con materia cinegética de todo el país, libros de caza, anuncios y ofertas, galería fotográfica, enlaces, agenda, etc. son algunas ofertas de la web. Un total de 44

⁵ “El ciberespacio puede ser un nuevo contexto, un nuevo campo objeto de la etnografía, pero el ciberespacio puede ser también tanto un medio a través del que se generan relaciones que luego se trasladan a la vida “off-line”, como un ámbito en el que se potencian relaciones de sociabilidad preexistentes. Son estos dos aspectos los que lo convierten en un recurso para el trabajo de campo etnográfico. ‘Más que trascender el tiempo y el espacio, Internet puede ser repensado como una instancia de múltiples órdenes espaciales y temporales que cruzan una y otra vez la frontera entre lo on-line y lo off-line’ (Hine, 2004: 21)”. (MORALES MENA 2005: 187)

secciones conforman el portal, destacando su vitalidad y alta participación, tanto en el número de registrados, 25.500 a fecha de febrero de 2007, y con picos de visitas que superan *on-line* las 1.000, así como más de 3.000 visitas diarias. De las numerosas secciones destacan las interactivas: foros y *chat*. El foro es la sección más activa, la que más visitas recibe y aquella en la que se comenta y discute sobre distintos temas. Esta dividida en ocho secciones: la caza, perros de caza, armas y municiones, la becada, gestión cinegética, relatos y artículos de opinión, el reclamo, caza y juventud. La importancia que para la investigación han tenido se debe a la información conseguida y a la interacción que se da entre sus miembros, donde se constatan las distintas concepciones existentes sobre la cinegética, la situación actual de la caza y su comparación con el pasado, las vicisitudes y experiencias personales, las alegrías, decepciones...así como compartir conocimientos y también disentir agriamente llegando incluso a la descalificación y el insulto, bajo el parapeto del nick y la identidad virtual. En este contexto, el investigador ha podido plantear dudas y también expresar opiniones, cuando así lo ha requerido, y establecer una serie de fructíferos contactos que ampliaron la red de informantes. No sería exagerado decir que sin esta nueva red la investigación hubiera caído en una peligrosa dinámica en la que la falta de contactos hubiera obligado a desistir de ella. Pero ¿qué papel se adopta en este contexto *on-line* y en posterior interacción *off-line*?

De espectador a actor, digamos que ese fue el paso en la relación de la web. A partir del contacto con los responsables de la página se me brindó la posibilidad de asistir a una montería en la provincia de Burgos. Desde el principio, como en ocasiones anteriores, dejé claro mi condición de no-cazador y el objetivo que me movía para entrar en su ambiente. Esa misma actitud ha sido la adoptada en los foros y desde la distancia se muestra como la más conveniente y efectiva. En el mundo *on-line* podría haber suplantado una personalidad de cazador, intentando extraer información a través de esta posición. No hubiera sido por un lado ético, ni tampoco efectivo. Ético porque si la antropología tiene algún punto de partida es el respeto a aquellos que le brindan su confianza, tiempo y conocimientos, y por tanto esto hay que respetarlo en todo caso. Efectivo porque en este marco de interacción todas las dudas, a poco que sepas seguir el hilo de las conversaciones, quedan resueltas. Pronto gané una posición dentro del *club*, que para algunos no dejaba de ser curiosa, un no-cazador que de forma respetuosa participaba como uno más no sólo en la web sino también en los “encuentros” que se celebraban por media España. Esta situación no se consigue rápidamente sino que hay que dar tiempo para que posibles recelos se disipen, y al contrario de la inmediatez de la red, no fue hasta casi pasado un año cuando los datos y contactos comenzaron a ser realmente fructíferos.

Los manuales antropológicos al uso se refieren al “informante privilegiado”, como una pieza clave en toda investigación. Cuando comienzas el trabajo de campo te preguntas si realmente existirá y si tú tendrás la fortuna de encontrarlo. En mi caso

debo decir que sí, y sin él el trabajo no hubiera seguido el rumbo que tiene. La ayuda de este tipo de contactos, al menos en este caso, fue fundamental, y también la relación con él tuvo que mantener unas distancias y controversias, propias de una relación que se torna de igual a igual.

La consideración como una parte más del grupo mostraba que al menos la interacción iba por buen camino, aunque no dejaba de ser un acompañante en busca de información. La relación se mantiene, la antropología en casa tiene esa peculiaridad, no abandonamos el campo y abandonamos para siempre a los informantes, los que optamos por la antropología menos exótica tenemos que rendir cuentas a aquellos que nos leen, y que han sido actores protagonistas, y que será la crítica más fiable porque ellos conocen muy bien de lo que se habla. Esta situación no deja de ser problemática, las palabras hay que utilizarlas con prudencia y criterio, y la distancia necesaria cuando se escribe no debe ser interferida por la relación establecida.

On-line y *off-line* era aquel que sin ser cazador se interesaba por el estudio de la caza, y que lo hacía, para sorpresa de los cazadores, sin prejuicios ni descalificaciones, al contrario, desde el respeto y la constatación de un fenómeno sociocultural. De repente me vi convertido en el “antropólogo” del club, y la etiqueta, a pesar de no ser cómoda, al menos contrastaba con la de periodista o fotógrafo que se me dio en otros contextos.

Esta posición me permitió a su vez elaborar una encuesta dentro de sus miembros, a la que hago referencia en varios momentos de la narración y que se expone en el anexo documental. El acceso a Internet en un colectivo como el de cazadores tiene peculiaridades, y esta encuesta, al igual que los encuentros personales, mostró la composición económica-social y el nivel de formación de los miembros. Hablamos de un grupo con un nivel formativo medio-alto, con un alto porcentaje de universitarios, que contrasta con la idea que se tiene en muchos casos del cazador. Evidentemente, en un colectivo que ronda el millón de personas a nivel nacional, la heterogeneidad provoca estas situaciones. No obstante, podría decirse, que hasta cierto punto el trabajo se ha desarrollado sobre una “élite cinegética”, al menos a nivel sociocultural. ¿Quiere esto decir que el trabajo viene sesgado por este aspecto? Esta fue una de las muchas cuestiones que se plantearon, así que se vio la necesidad de integrar los datos obtenidos durante el trabajo de campo de la suficiencia investigadora con las nuevas perspectivas, retomando redes de esa caza más modesta, para formar una visión más amplia y rigurosa de lo que supone actualmente a nivel nacional. El acceso al caso concreto del parque natural de la Font Roja vino propiciado por uno de los informantes del club. Internet, la virtualidad es un campo, pero la necesidad del olor a romero, “brezo y tomillo en tu piel”, provoca que el teclado y la pantalla cedan paso a las botas y el barro, para constatar nuevamente como recreación y representación se manifiestan en la acción.

El trabajo de campo de esta tesis ha tenido distintas intensidades y distintas ubicaciones, que vienen determinados por los bloques que componen el estudio. El bloque dedicado a la actividad cinegética en general, estructurando sus capítulos según distintas temáticas pero bajo el nexo común de englobar en ella una interpretación de conjunto de la actividad cinegética. Se parte del trabajo de campo realizado para la obtención de la suficiencia investigadora del Diploma de Estudios Avanzados, centrado en un coto de caza menor de la provincia de Albacete, para a partir de ahí ampliar tanto el espectro geográfico de estudio como los grupos de cazadores con los que se ha trabajado. Se plantea una estrategia que va un paso más allá de la observación localizada sobre un determinado contexto geográfico, partiendo desde allí a terrenos teóricos más generales en los que enmarcar el caso particular sobre una complejidad general. La observación participante, propiamente en el campo, se desarrolla temporalmente entre el mes de octubre de 2004 y da sus últimos coletazos a finales de 2006. En este periodo las experiencias etnográficas se reparten por distintas zonas de las provincias de Murcia, Alicante, Valencia, Albacete, Toledo, Cáceres, Badajoz, Madrid, Soria, Burgos y Huesca. Distintas modalidades de caza mayor y menor, grupos de informantes que guardaban relación con una red de origen, ampliación de esas redes y contactos posteriores a las cacerías, sobre las que se articulan parte de las entrevistas en profundidad, sirven para estructurar el trabajo y el texto. La importancia de la observación es fundamental ya que en gran medida es en ella donde se establece la interacción con los informantes y también los contactos que fuera de ella se producen. En las jornadas de caza es donde cabe enmarcar gran parte de las “entrevistas-conversaciones”, porque en su interior, en su lógica, es donde se extraen los datos más relevantes al estar completamente dentro del contexto estudiado. Siguiendo a Ricardo Sanmartín, se defiende que:

“la entrevista, por tanto, podríamos considerarla como un caso particular de la observación: se funda en la más amplia observación participante, sin cuyos datos difícilmente podría plantearse con eficacia; requiere, para cumplirse en su totalidad, que el entrevistador observe el hecho mismo de la entrevista y, finalmente, ella misma sea observación de ese despliegue en vivo de los recursos culturales que hace el entrevistado en su discurso” (SANMARTÍN ARCE, R. 2000: 87).

A través de la selección de una red de informantes, y partiendo de las hipótesis de investigación planteadas, entendidas en un estado constante de verificación y modificación, se estructuran las entrevistas en profundidad a personas vinculadas a distinto nivel dentro del panorama cinegético: cazadores, cazadores vinculados a órganos federativos, cazadores pertenecientes a asociaciones de caza, empresarios del sector, representantes oficiales, etc. A estos hay que añadir la información recogida entre grupos ecologistas y conservacionistas que servirían como elemento comparativo

de los discursos, investigando cómo a partir de ellos se constituyen los conceptos manejados sobre las definiciones medioambientales y la influencia que tienen sobre la acción posterior.

La intención de la deslocalización parcial del trabajo de campo es el análisis de los discursos y construcciones de los informantes y la localización de los mismos dentro de las observaciones concretas en espacio y tiempo. Con ello se tendría por un lado la observación directa, por ejemplo en monterías en Extremadura o batidas en Aragón, y por otro lado la información no sólo del grupo asistente a las mismas sino de otros cazadores diseminados por la geografía española.

Esta propuesta plantea el problema de la indefinición del marco geográfico, con la dispersión teórica que esto puede acarrear. Para esto hay que tener en cuenta varios puntos que de alguna forma justifican la utilización de esta opción metodológica. La actividad cinegética, por lo general, plantea una movilidad geográfica importante de aquellos que la practican. Muchos son los que pagan por cazar en un terreno concreto durante la temporada de caza, ya sean cotos privados, acotados pertenecientes a sociedades de cazadores, reservas de caza o terrenos libres, estos últimos en las autonomías que existan. Otros alternan lugares más o menos fijos con otras zonas a las que van puntualmente durante la temporada. Existe otro tipo de cazadores, en muchas ocasiones vinculados a la caza mayor, y también condicionado por la zona geográfica en la que se ubica, que cazan en un lugar diferente cada semana, donde la cuadrilla que se observa en otras ocasiones, sobre todo de caza menor, no existe. Esto es significativo para el caso de las monterías, donde un gran número de cazadores participan de una actividad sin conocerse entre ellos en la mayoría de las ocasiones, sin establecer lazos, y conscientes de que cada semana cambiará el escenario y los actores. En este caso hay que incidir en los conceptos de individualidad o trabajo colectivo, que se maneja a la hora de la definición de la caza, así como la creciente e importante mercantilización que se está dando dentro de la venatoria. Estos son algunos de los ejemplos que se podrían mencionar sobre la compleja dispersión del cazador en busca de su objeto de “ocio”.

Llegados a este punto habría que pensar que no es únicamente esta dispersión física, sino que también es la distancia ideológica la que hace replantear la concreción del estudio en un lugar concreto. Si se parte de un estudio en un coto determinado, con un grupo más o menos estable, tal y como se estudió en el trabajo realizado para el Diploma de Estudios Avanzados, es fundamental atender no sólo al hecho de la caza en sí mismo sino también a los impactos locales que ocasiona. Pero, ¿qué ocurre cuando el cazador se convierte en un elemento flotante que varía su espacio semana tras semana? Existe, por lo tanto, dos vertientes diferenciadas, al menos en un primer momento, por un lado la fijación sobre el terreno, es decir, el cazador de un acotado concreto, y por otro la caza variable, en la que el cazador compra unos servicios que le vienen dados y en los que no se implica para nada en cualquier otro campo. Hay que

señalar que en muchos casos existe ese modelo híbrido, siendo el cazador que opta por los dos modelos a la vez, seleccionando aquel que en el momento considera más oportuno.

Para llegar al modelo “flotante” se hace necesario no sólo la observación participante, siempre entendida ésta como técnica y no como sinónimo de trabajo de campo, sino también las técnicas relacionadas con la entrevista. De esta forma se podría llegar a los conceptos a partir de los discursos manejados, a través de la expresión de los mismos y a través de un análisis que tendría también la necesidad de la observación de la interacción.

La intención es conjugar el modelo clásico de la observación participante, pero salir del estudio de comunidad para llegar al análisis de los discursos partiendo de las construcciones culturales manejadas por una parte significativa y seleccionada de los informantes. La comparación se situaría a dos niveles, por un lado con los datos ya elaborados del trabajo de investigación de la suficiencia investigadora, es decir, a un mismo nivel en un estudio concreto de comunidad, y por otro, con las construcciones manejadas por grupos ecologistas que se convierten en muchas ocasiones como detractores de la actividad cinegética, por el impacto que consideran que tiene sobre el medio natural.

El otro gran eje temático de la tesis es el dedicado a la relación entre naturaleza y actividad humana dentro de un espacio protegido de la provincia de Alicante: el parque natural de la Sierra del Carrascal de la Font Roja.

El hecho de realizar una parte del trabajo de investigación en una localización concreta supone, en cierta medida, aplicar algunos de los discursos y actitudes documentadas, sobre una zona protegida donde se conjugan por un lado la protección propia del entorno y de sus peculiaridades tanto naturales como etnográficas, los distintos usos recreativos de la zona, la activación y valoración de la misma, así como la actividad cinegética que se desarrolla en su interior. En este punto se entrelazarían una serie de inquietudes y necesidades del medio donde, a través de los discursos y de la acción, se podría documentar cómo se relacionan entre ellas, por ejemplo, la opinión y actuación del cazador dentro de los límites impuestos, la postura de los grupos conservacionistas y ecologistas sobre esta actividad dentro del parque, la postura de los gestores del mismo, así como la del resto de visitantes que hacen uso de las posibilidades a nivel recreativo del parque natural.

El parque natural de la Sierra del Carrascal de la Font Roja se localiza en la comarca del Alcoià, en la provincia de Alicante, concretamente entre los términos municipales de Alcoy e Ibi. Su extensión es de 2.450 ha. y comprende la sierra del Menejador, de 1.356 metros de altitud. Forma parte de las últimas estribaciones del sistema Bético, con una composición de rocas calcáreas propias de la época geológica terciaria. Las razones por las que se decidió la declaración de este paraje como parque natural vienen expresadas en el Decreto 49/1987, de 13 de abril, del Consell de la

Generalitat Valenciana, de declaración del parque natural de "Carrascal de la Font Roja":

El "Carrascal de la Font Roja" constituye uno de los ecosistemas mejor conservados de la Comunidad Valenciana. La existencia en este monte de la vegetación "primitiva" en muchas de las umbrías de las zonas montañosas de la Comunidad, ha sido consecuencia de las medidas que las instituciones alcoyanas han promulgado a lo largo de la historia, de la especial sensibilidad con la que los propietarios particulares han gestionado sus terrenos, así como la tradicional vinculación de la población de Alcoy al "Carrascal de la Font Roja". Esta vegetación, compuesta por quejigos, arces, fresnos, tejos, serbales, mostajos, encinas y muchas otras especies vegetales (algunas de ellas endemismos alicantinos o iberolevanticos), es de un alto interés, dada la práctica inexistencia de la misma en la magnitud en que aquí se desarrolla a lo largo de la Comunidad Valenciana.

El creciente interés social por el carrascal, que conlleva una serie de actividades, propició un marco legal que garantizara la persistencia y conservación del ecosistema. De este modo, dichas actividades podrán ser planificadas y compatibilizadas con los usos tradicionales, evitando impactos ecológicos negativos que conducirían en pocos años a la degradación de un bosque que los alcoyanos han protegido desde mucho tiempo atrás, como demuestra la existencia de medidas proteccionistas del Carrascal adoptadas por el Consell de Alcoy al menos desde 1332⁶.

Estas son unas de las razones esgrimidas por el legislador para la protección del paraje. A ellas habría que sumar no sólo las de carácter ecológico y biológico, con la importancia del bosque mixto mediterráneo, uno de los ejemplos mejor conservados del levante español, o de ciertos endemismos vegetales, sino también la importancia que como lugar de recreo ha tenido y tiene para las poblaciones vecinas. A nivel histórico y etnográfico, el interés se hace patente en la religiosidad popular, asociada a la aparición de la Virgen de los Lirios en el lugar donde hoy se levanta la ermita que conmemora su aparición en el siglo XVII, junto, siguiendo una tradición pre-cristiana, a un nacimiento de agua. Asimismo, hay que mencionar el antiguo hotel, que data de principios de siglo XX, hoy reconvertido en el centro de visitantes del parque natural, así como los restos de arquitectura popular diseminada por la zona, entre los que sobresalen las denominadas cavas, o "pous de neu" (pozos de nieve), que son ejemplo del abastecimiento de hielo para las poblaciones alicantinas desde el s. XVII hasta el primer tercio del s. XX. Junto a esto hay que señalar las distintas acciones que la presencia humana ha realizado en la zona, con restos de antiguos hornos de cal, o los conocidos como "Mas" o "Masies", que eran los centros de producción y habitación de las explotaciones agropecuarias que se localizaban, principalmente, en las faldas de la montaña.

⁶ Preámbulo del Decreto 49/1987, de 13 de abril, del Consell de la Generalitat Valenciana, de declaración del Parque Natural de "Carrascal de la Font Roja".

El paso del tiempo ha ido modificando la relación humana con el entorno natural, pero no se ha producido la desvinculación entre ambos sino un cambio en las demandas, y a raíz de aquí una nueva ordenación de los recursos, que llevó en 1987 a su declaración como parque natural.

Lo que pretende la investigación es contextualizar esas actividades partiendo de la reflexión y estudio que se realiza sobre la actividad cinegética, para constatar cómo se relaciona la misma con los diversos aprovechamientos del medio, tanto recreativos como a nivel de conservación medioambiental. A partir de aquí, y subiendo un escalón en la reflexión teórica, se entraría de lleno en el análisis de los conceptos que determinan la construcción ideológica de la realidad, en este caso de la naturaleza, desde distintos colectivos con distintas inquietudes.

El texto está dividido en cuatro bloques y en dos ejes temáticos. El primer bloque, en el que nos encontramos, se centra, además de la introducción, en el estado de la cuestión y el marco teórico. La revisión temática parte de las aportaciones relevantes para el estudio cinegético. El capítulo dedicado al estado de la cuestión se centra en las aportaciones que desde la literatura, la geografía y la historia son significativas para el estudio de la caza. Dentro del capítulo correspondiente propiamente a la reflexión teórica se ampliarán estos contenidos a los estudios antropológicos, con un breve recorrido por escuelas antropológicas que se han centrado en la relación ecología-cultura, deteniéndose en las aportaciones más recientes de Descola, Pálsson y Tim Ingold, como parte del andamiaje teórico utilizado en la tesis. La reflexión teórica se encuentra en este capítulo. En él se trata el concepto de caza a partir de las construcciones que realizan los propios cazadores, profundizándose en la hipótesis de la acción, recreación y representación, tomando prestadas ideas y conceptos procedentes de Erving Goffman y Berger y Luckman. Lo que se pretende es plantear no una definición de caza sino una exposición compleja de un fenómeno sociocultural. Para ello se analizan los discursos de los actores, que un compendio reflexivo va desgranando aquello que los impulsa a cazar, determinan qué objetivos persiguen y qué fuerza les motiva. Jerarquizan y categorizan tanto caza como cazadores, y crean conceptos propios que sirven como seña de identidad y ejercen de bloque frente a las críticas exteriores. Adoptar una mirada derivada hacia la complejidad hace no ensayar definiciones sino plantear un todo sobre el que entender el significado y la respuesta de ¿qué es la caza? Por último, y relacionado directamente con los discursos de la caza, se centrará la atención en la cuestión de la caza como deporte, analizando las posturas que existen dentro de este debate permanentemente abierto.

El bloque segundo está dedicado a los aspectos generales de la actividad cinegética y se enmarca en el primer eje temático. A lo largo de cinco capítulos se recorre el conjunto de la caza y se abordan sus significados ecológicos, culturales,

sociales y económicos. Se distinguen los dos tipos de caza (mayor y menor) y dentro de ella sus modalidades. No son descritas únicamente en virtud de su técnica sino que se relacionan con el contexto en el que se desarrolla y el componente humano que la practica.

El capítulo segundo está dedicado a la biología de las especies cinegéticas, los conceptos de gestión y ordenación cinegética, con una geografía nacional en la que se señalan las distintas modalidades que se practican en cada comunidad autónoma, con el fin de reforzar la idea de la regionalidad cinegética basada en los condicionamientos históricos, físicos, biológicos y en gran medida socioculturales.

Un capítulo destacado es el dedicado a los impactos socioeconómicos de la caza. En él se hace un recorrido por la estructuración de la caza en España, su relevancia a nivel económico, su significado a nivel social, con una idea de prestigio muy asentada en ciertas modalidades, distintos posicionamientos de los cazadores, sus formas de asociacionismo, el montante económico que origina la caza y su carácter exógeno dentro del marco rural. En una narración integrada fluctúa el análisis económico, y asociado a él, como no podía ser de otra forma, el factor social y el condicionante medioambiental.

Partiendo de la vertiente social, el capítulo cuatro se centra en interpretar los conflictos de intereses que surgen a partir de la caza. El recorrido incide en los temas que representan de alguna forma un conflicto de intereses entre las partes afectadas. Conflictos territoriales, habitantes locales frente a cazadores urbanos, cazadores y agricultores, la relación entre cazadores y administración, y la relación entre cazadores y ecologistas, son los puntos tratados.

El capítulo cinco de este bloque desarrolla la base sobre la que se ejerce la caza, el medio natural y la influencia que sobre él repercute, integrando la acción humana sobre el medio, los conceptos de apropiación de la naturaleza y la modificación de la misma para un uso determinado. En él se analiza el espacio y el tiempo en el que se desarrolla la actividad, teniendo presente las diferencias entre espacio, territorio y lugar, así como la más reciente aportación del concepto de “paisaje cultural”. Los paradigmas de las relaciones humano-ambientales de Gísli Pálsson son otros de los elementos teóricos trabajados. En un nivel más concreto se analizan algunos de los impactos visibles que provoca la actividad, como la modificación sobre el paisaje, los efectos sobre la biodiversidad, la domesticación de especies, la disminución de animales y la contaminación cinegética.

El bloque tercero analiza el segundo eje temático: la actividad cinegética desarrollada en un paraje protegido. Se ha pasado de la generalidad, contextualizado a través de datos etnográficos, a la concreción espacial. Para llegar aquí se plantea una estrategia de “totalidad”, es decir, llegar a la caza en el parque natural entendiendo a todos los factores del mismo. Lo que se hace es una contextualización, integrando la narración en las distintas características que conforman el territorio, atendiendo a sus

peculiaridades físicas, biológicas, culturales y sociales. Junto con la descripción de la orografía, biotopos, especies animales y vegetales, se hace un breve apunte sobre su devenir histórico, los oficios tradicionales de la Sierra del Carrascal, o su vinculación religiosa con la aparición en 1653 de los Lirios Milagrosos. El análisis de su declaración como parque natural y la normativa que le afecta, centra otro de los puntos de este bloque. En un camino descendente el texto se detiene en la organización de la actividad cinegética dentro del parque natural, así como las relaciones que se establecen no sólo entre cazadores sino también entre los distintos colectivos afectados, para llegar al caso concreto, con un análisis etnográfico más detallado.

En este bloque se analizan las relaciones humano-ambientales no sólo entre cazadores y medio natural, se amplían a aquellas que se producen dentro del marco de un parque natural, a nivel social y político, lo que entraña las distintas percepciones y actuaciones que se derivan de ello. El capítulo IV es el que entra de lleno en el análisis cinegético. El primer punto se centra en la situación de la caza en la Comunidad Valenciana, concretando algunos aspectos básicos, con las modificaciones a las que somete la nueva ley de caza y la normativa desarrollada a partir de ella, con el objeto de introducir y contextualizar el caso concreto. El siguiente punto analiza cómo se articula la caza dentro del paraje protegido, la normativa que le afecta, los cotos que la integran, las formas de caza y las relaciones entre los usuarios de la zona. Por último se llega al ejemplo concreto, la necesidad del control de la población de jabalíes dentro del parque natural, con la organización de un modelo de especial y puntual de acción como las batidas por daño. Aquí la narración se adentra en la necesidad de la actuación, en la organización, desarrollo y conclusión, con un trabajo que pulsó las opiniones de las distintas partes implicadas.

Todo el proceso de estudio y narrativo llega al bloque cuarto, dedicado a las conclusiones. Del caso cinegético se pasa progresivamente a centrar la interpretación en las relaciones humano-ambientales y en la situación de explotación natural y las consecuencias de las mismas. Los discursos ecologistas, tanto de cazadores como de grupos ecologistas, parten de lo que Ulrich Beck denomina “la socialización de las destrucciones de la naturaleza”, considerándose ambos, unos como actores directos que con su modificación favorecen la conservación, y otros en el trabajo de no alteración, como garantes de una “naturaleza” en peligro. La hipótesis de Beck que la producción social de riqueza va acompañada de la producción social de riesgo, se toma como una de los puntos de partida, junto a otros posicionamientos teóricos, para conjugar los datos etnográficos y estructurar un análisis sobre la imbricación de una actividad que explota y modifica, bajo un interés determinado el medio natural.

Un poco de todo se narra a continuación, intentando conjugar un texto lo más ágil y riguroso posible. Omisiones, errores, insuficiencias e incapacidades son

responsabilidad únicamente del que escribe. Cabe agradecer a todos los que han hecho posible este trabajo, principalmente a los numerosos cazadores, de distintos lugares del país, con los que se ha conversado y compartido experiencias. Muchos son los nombres que habría que mencionar, no quisiera dejar de nombrar algunos como Pedro, Jose “el Manchego”, Pepe “Oliva”, Jaime, Manolo, Paco, Rogelio, Fidel y el resto de cazadores del coto de La Higuera durante la temporada 2003-2004. Sin duda Rafael Lurueña ha sido una de las piezas clave de esta tesis, por lo que se agradece infinitamente sus aportaciones, su generosidad y su paciencia por las medallas y los varetos. No me puedo olvidar de Ernesto Abad y Diego Ruzafa, por su humanidad, amabilidad y conocimientos. A Rafael Barrachina por relatarme su amplia sabiduría cinegética y por interpelar e invitar a la reflexión con sus observaciones. A Ramón Soria por sus bonitas palabras en la *Revista Trofeo*, que guardo como oro en paño. A José Guevara, Lluís, Manolo (Sarasqueta), Manuel (Rayón), Hans, Jordi (Valhalla), Adolfo (Adarg), Álvaro, Víctor Mascarell, Calixto, Luis Eusebio, Jose Belija, Guillermo, Sebas, Juanma, Juan, Joaquín, Narciso, Carlos, Federico (padre e hijo), Miguel Ángel Romero... y muchos más que se quedan en el tintero pero no por ello menos importantes. Reconocer también la deferencia de Patxi Andión, así como la amabilidad de Javi y su buena comida en Castillejo de Robledo.

Agradecer los comentarios y ánimos de Celeste Jiménez de Madariaga, y la de aquellos que de una forma u otra se han interesado por la evolución de la tesis. Una deuda contraída se tiene con Pilar Balaguer y sus conocimientos estadísticos, que soportó estoicamente mis muchas limitaciones, pensando y repensando tablas de contingencia que finalmente no fueron posibles. Manuel Salas Sánchez ha prestado sus ojos y su delineación para confeccionar una cartografía aproximada de los cotos de caza de la Font Roja, un nuevo agradecimiento que añadir a la lista.

No hay que olvidar a la dirección del parque natural del Carrascal de la Font Roja, sus educadores y monitores ambientales; a la sociedad de cazadores “La Protectora” de Alcoy, y especialmente a su presidente Octavio Fenollar. Gracias especiales al colectivo ecologista *La Carrasca* de Alcoy, y a otros como *Ecologistas en Acción* de San Vicente del Raspeig y *Colectivo Margalló* de Elche. Mencionar también a excursionistas y montañeros ilicitanos con los que se compartió senda y comida en la Sierra del Carrascal, así como al gazpacho, a la bola y a *Manolito* de Castalla, por la risa. Al área de Antropología Social de la Universidad de Murcia, y en especial a Fina Antón Hurtado, por confiar en un tema del que en principio no se sabía muy bien que iba a salir. Al Instituto de Cultura “Juan Gil-Albert” y la Excm. Diputación Provincial de Alicante y al Instituto de Estudios Albacetenses “Don Juan Manuel” de la Excm. Diputación de Albacete por confiar en el proyecto y financiar a través de sendas ayudas de investigación su realización. Por supuesto agradecer a familiares y amigos el estar ahí, independientemente que sepan más o menos sobre la realización de este trabajo.

No se personaliza más la nómina de nombres por no aburrir al lector, únicamente mencionar dos, los más importantes, Belén y Marcos, sin ellos no hubiera sido posible nada de lo vivido y escrito.

CAPÍTULO II

Estado de la cuestión

Al tratar una temática como la que nos ocupa, donde su análisis requiere una interdisciplinariedad con el fin de encontrar una vía sólida de interpretación, es necesario revisar, en la medida que la producción pueda ser interesante, las aportaciones que desde distintas ramas del saber se han hecho sobre la actividad cinegética y sobre las relaciones humano-ambientales en el marco de las ciencias sociales y humanas. La siguiente revisión temática tiene el objetivo de atender a esas aportaciones en dos niveles: aquellas que centran su objetivo en la actividad cinegética y las que reflexionan desde una perspectiva ecológica sobre las relaciones entre sociedad, cultura y naturaleza. Estas dos vertientes son las que sustentan el armazón teórico de los capítulos siguientes, en la interpretación de los datos obtenidos durante el trabajo de campo y en la reflexión posterior que de forma global se realiza. Estas fuentes complementan posturas teóricas utilizadas basadas en aportaciones que desde la Antropología y la Sociología se han utilizado para la interpretación de los fenómenos socioculturales.

Los estudios científicos y técnicos tienen también una importante repercusión en el campo cinegético, con publicaciones, líneas de investigación, centros e institutos, como es el caso del IREC (Instituto Regional de Estudios Cinegéticos), que suponen aportaciones en el conocimiento, gestión y aplicación de resultados. De ellos se ha hecho uso en distintos apartados, por ser fundamentales para la comprensión del objeto de estudio. No obstante, detenernos en un análisis de los mismos pecaría de imprudencia, debido a que no es materia que incumba a un doctorando en antropología, rozando casi la injerencia profesional, además de no adecuarse a las necesidades de un estudio sociocultural, simplemente baste referirse a su existencia e importancia para cualquier trabajo de tipo social.

1. La producción literaria sobre caza.

Antes de entrar de lleno en la reseña de títulos de corte más académico, por su valor como fuente etnográfica, se citan algunas de las aportaciones literarias más destacadas. La literatura sirve como documento etnográfico de primer orden porque en ella aparecen construcciones y conceptos en primera persona, que sirven para tener esa visión de emotividad que sugiere en aquel que escribe, más allá de la formalidad de los trabajos científicos. No son únicamente producciones reconocidas, publicadas y con una distribución más o menos regular, también hay que prestar atención a relatos publicados en otros medios, como Internet, que se convierten en un escaparate donde cazadores con inquietudes literarias publican sus escritos. Una de las fuentes referidas en la introducción es el portal de Internet Club de Caza. En él

hay una sección de relatos construida a partir de las aportaciones realizadas por distintos cazadores. La recreación literaria comparte con el lector experiencias de caza, emociones, historias de vida, que sirven para entrar en esa fase “representativa” de la que se hablará en el siguiente capítulo. Escritos bajo seudónimos (nicks en el argot internauta), los relatos compaginan desde el texto ingenuo a otros con una más que destacada calidad literaria⁷. Fluctuando entre el relato y el estudio aparece una sección dedicada a ensayos y artículos de opinión, algunos muy interesantes tanto por la temática abordada como por reflejar las distintas concepciones existentes sobre la caza.

La producción literaria sobre caza es ingente, más de lo que en principio cabría suponer, y ha vivido en los últimos años un considerable aumento debido a la demanda que se ha dado en el sector. Los circuitos por donde se mueven estos ejemplares son reducidos, no suelen llegar, salvo muy raras excepciones, al mercado comercial, y circulan en un ámbito económico ciertamente elitista, con precios muy elevados, algo que no deja de ser criticado por muchos cazadores. Por otro lado, la calidad de la producción es desigual, compaginando novelas destacables con otras donde prima el carácter autobiográfico y la narración de lances, modalidades cinegéticas o experiencias de otros tiempos. En muchos casos se compagina la ficción literaria junto a la descripción, casi etnográfica, lo que los convierte en una mezcla en la que la frontera aparece difusa. De la numerosa producción referimos cuatro autores y un quinto sobre el que nos extenderemos más a fondo debido a su importancia literaria: Miguel Delibes.

El Conde de Yebes publicó en 1948 *Veinte años de Caza Mayor*, considerada como una de las grandes obras sobre caza escrita en castellano. Sus apuntes sobre la montería, las rehalas, las manchas, la caza de alta montaña o las especies cinegéticas, entre otras cuestiones, lo han convertido en un título clásico. Pero tal vez, y sin desmerecer su contenido, su relevancia la constituye su prólogo, escrito por José Ortega y Gasset. La reflexión cinegética del filósofo castellano, que posteriormente se tratará más detenidamente, es un texto fundamental que con el paso de los años se ha convertido en el referente intelectual de la caza, de su condición, identidad y ética, con una postura en general de aceptación de sus postulados que casi, en algunos casos, se han convertido en dogma de fe.

⁷ Entre estos títulos destacan: Bosquimano: *El lince salvador, El mejor tiro de su vida, La perdiz del cielo, Última ventisca, Memoria de África, Vista de lince y Los dientes del corazón*. Rayón: *Manuel, los furtivos y otros (I), El marrano de la encina, De macarenos y rayones, El viejo de la visera negra, Buen tiro y tiro con suerte, Tertulias Serreñas, Míticos Cazadores y Hombres de Sierra de Baños de la Encina (Jaén), Nostalgias de un serreño, La marcha de Manuel a la gran urbe y su regreso a la sierra, Los marranos de las siete vidas, Un chaval de sierra y El sueño del regreso*; Muchausen: *Cuentos de la Dehesa*.

En 1960, Jaime de Foxá publicó *Solitario*, para muchos una de las obras cumbres de la literatura cinegética. Narra en primera persona la historia de un jabalí, ofreciendo a través de una prosa poética la caza desde la óptica del cazado. La figura de Jaime de Foxá, que llegó a ser presidente de la Federación Española de Caza, es recordada como la del cazador culto y poeta, con una producción de versos sobre venatoria y con una aportación que se ha convertido en una referencia en la montería, como la *Salve Montera*, dedicada a la Virgen de la Cabeza de Andújar.

Grandes cacerías españolas y *Narraciones de un montero*, son dos títulos de Antonio Covarsí, en los que realiza una descripción de modalidades de caza mayor, algunas tradicionales como la ronda, las atalayas y el salteo. Sus escritos son una fuente de primer orden para conocer las prácticas que se daban en muchos casos hasta el primer tercio del siglo XX.

Otro título clásico es *El mundo de Juan Lobón*, escrito en 1966 por Luis Berenguer. En él narra la vida de un furtivo en la España de los años cuarenta y cincuenta del pasado siglo. La obra realiza una radiografía de un momento de la historia de España, en una zona deprimida del agro de la posguerra. El furtivo sintetiza la lucha contra el cambio, contra la *nueva ley*, en oposición a la *antigua*, entre la *justicia mala* y la *justicia buena*, entre la opresión y la libertad, entre los cazadores legales y los ilegales, en resumen, el proceso de cambio que empezaba a operarse en aquellos años. La imagen del furtivo supone para la caza la presencia permanente de aquel que no entra en las normas establecidas. Denostado en el discurso oficial, pero a la vez rodeado de mito y romanticismo, el furtivo representa la ilegalidad y, en algunos casos, la tradición pasada, presente en el hecho de cazar sin normas, sin horario y sin temporada. Desde la cárcel Juan Lobón escribe su vida y su oficio, la caza, que considerado como tal no entra en la denominación de furtivismo sino en un oficio, que es más que eso, es una necesidad vital, un animal de monte, un cazador:

“Yo soy Juan Lobón y estoy aquí no por robar una caballería, no por matar un hombre, ni por lo que es razón. Aquí me trajeron porque la cuerda siempre se rompe por lo más flojo, porque la justicia tiene la querencia del que más puede y porque la ley es mala.

Si me hubieran puesto a la sombra por hacer lo mío, a la sombra estaría por la verdad, no que ahora lo estoy por la mentira.

Soy cazador y no soy ladrón. Viví siempre de mi oficio como otros viven del suyo. Pero nadie va a la cárcel por captar cochinos, guardar cabras o herrar una bestia. Por cazar, sí.

Pero si por cazar me hubieran traído, si por trincarme en el monte me hubieran apretado, preso me vería por la verdad; no que ahora, por no haberme podido trincar en el monte, por no haberme quitado la caza, la honra me quitan y me ponen de ladrón entre rejas. Es la justicia y no soy yo quien miente, pues si ella está del lado de don

Gumersindo, que es el que más puede, la razón está del mío, aunque de nada sirva".
(BERENGUER, L. 2005: 20-21)

La caza menor tiene a Miguel Delibes como el mejor exponente literario. Su obra cinegética compone una parte importante y relevante de su producción literaria. El escritor cazador, o como él mismo se ha definido, el cazador que escribe, ofrece una visión personal y crítica de los aspectos relacionados con la caza. La estructura narrativa adoptada va desde el diario personal, al más puro estilo del diario etnográfico, en el que narra no sólo las vicisitudes de los días de caza sino también sus impresiones e inquietudes sobre los temas cinegéticos y sobre la vida, pasando por la forma ensayística o por el relato convencional, con una historia trágica y crítica en la que la caza es el elemento vertebrador de una reflexión más profunda sobre la condición humana y las desigualdades sociales, como en el caso de *Los Santos Inocentes*. Su producción cinegética se desarrolla principalmente entre las décadas de los sesenta y los setenta, aunque su interés por el tema y por los problemas medioambientales ha seguido presente en su obra, como se puede observar en *La Tierra herida* (2005) escrita junto a su hijo Miguel Delibes de Castro, en la que a través de un diálogo entre padre e hijo reflexionan sobre los problemas ecológicos más acuciantes que afectan en la actualidad al planeta.

La extensa producción dedicada a la caza por el literato castellano tiene algunos títulos imprescindibles para adentrarse y comprender todo aquello que la rodea, y sirve como punto de partida fundamental para una interpretación antropológica.

En *Diario de un cazador* (1955)⁸, Lorenzo, su protagonista, anota en su diario sus andanzas cinegéticas y sus inquietudes vitales, la relación con los amigos cazadores, con el cura del pueblo, con su madre, su primer amor, en un ambiente rural y en una España que salía de la posguerra y que, en materia cinegética, anunciaba las dificultades que para el cazador de pocos recursos se vislumbraban. Este *Diario* es más que la descripción de jornadas de caza, la descripción de la vida con el telón de fondo del canto de las perdices. El prólogo-dedicatoria de este libro, el primer párrafo del texto, define no ya su espíritu literario sino la forma de entender la caza del escritor:

“A mis amigos cazadores que, por descontado, no son gentecilla de poco más o menos, de esa de leguis calorados y Sarasqueta repetidora, sino cazadores que con arma, perro y bota componen una pieza y asoman cada domingo a las cárcavas inhóspitas de Renedo o a los mundos tesos de Aguilarejo, a lomos de una chirriante burra o en tercerola, en un mixto de mala muerte, con la Doly en el soporte o camuflada bajo el asiento, sin importarles demasiado que el revisor huelga al perro ni que el matacabras

⁸ Por esta obra obtuvo Delibes el Premio Nacional de Literatura en 1955.

azote despiadadamente la paramera; a esos amigos cazadores-digo- de buen corazón y mala lengua, para quienes cazar en mano continúa siendo un deporte, pese a que la perdiz y la liebre se muestran cada día más reacias a aguardar amonadas en un chaparro, y pese, no menos, a los multitudinarios y descansados ojeos y a los pasos de Echalar, que así, tan vergonzosamente, señores, se las ponían a Felipe II; a esos cazadores-digo- que todavía van a la pieza noblemente, porque la pieza, pese a todo, aún sigue siendo para ellos un trofeo y una succulenta merienda, va dedicado este libro” (DELIBES, M. 1955: 7)

En el texto breve de *La caza de la perdiz roja* (1963), incorporado posteriormente a la edición de "Viejas historias de Castilla la Vieja" (1969), "el Barbas", un viejo perdicero, y "el Cazador", el propio Delibes, dialogan y van glosando, en boca de uno y otro, reflexiones y comentarios sobre la caza, con una denuncia de las prácticas abusivas o de la progresiva desaparición de la caza libre. Esta reflexión y crítica es una constante en su obra cinegética.

El libro de la caza menor (1964) sigue la línea de la obra anterior, esta vez en forma de ensayo. De alguna forma amparado en las teorías de Ortega y Gasset sobre la caza, hace un recorrido y estudio de todas las especies que constituyen la llamada "caza menor", ocupándose de su hábitat, costumbres y prácticas venatorias tradicionales y lícitas. No oculta su preferencia por unas modalidades y critica abiertamente aquellas que las considera perniciosas con el medio, como en el caso de la caza de la perdiz con reclamo, a la que denostará abiertamente en varios de sus libros.

Con la escopeta al hombro (1970) es una continuación de *El libro de la caza menor*. En el prólogo, Delibes explica la angustia que siente escribiendo al entrar de lleno en la trama o la inseguridad y el hastío de no saber expresar todo lo que pretende. El “no soy feliz escribiendo” se torna en dicha cuando escribe de caza: "Para mí, escribir sobre asuntos de caza constituye, en cierto modo, una liberación de los condicionamientos que rigen el resto de mi actividad literaria. Si cazando me siento libre, escribiendo sobre caza reproduzco fielmente aquella placentera sensación, torno a sentirme libre y, por no operar, no opera sobre mí ni la coacción de la forma expresiva" (DELIBES, M. 1970: 7). El pensamiento de Delibes conjuga el respeto al medio ambiente y a los espacios naturales con la pasión y satisfacción que le proporciona la práctica de la caza.

La caza en España (1972) es la recopilación de cinco breves ensayos en los que vuelve a reflexionar sobre las perspectivas de futuro de la caza menor en España y sobre la protección y respeto a especies y medios naturales como Las Tablas de Daimiel (Ciudad Real). El primero de ellos, y que da título al libro, incide en el proceso de desnaturalización y comercialización por el que se encamina la caza de aquellos años, partiendo su reflexión de la experiencia cinegética vivida en Estados Unidos.

Aunque todavía la “caza puesta” no se había introducido en la Península, sus temores, al comparar España con Estados Unidos y Francia, le hacía prever un aumento de la llamada “caza artificial”. Este tema sigue siendo en la actualidad uno de los focos de debate más interesantes entre los cazadores y los estudiosos del tema, como se verá más adelante.

En *Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo* (1977), Delibes se desprende de su *alter ego*, Lorenzo en *Diario de un cazador*, y él es el protagonista de las jornadas de caza por tierras castellanas. Escrito en forma de diario de experiencias entre 1971 y 1974, los lances, la convivencia con la cuadrilla o el frío de la mañana, la preocupación por el medio, los problemas a los que se enfrenta la caza, la actitud de los propios cazadores o la práctica de modalidades que él considera nocivas, está presente en todo el relato.

Las perdices del domingo (1981) es otro diario de caza que abarca desde agosto de 1974 a febrero de 1978. Los lances, las anécdotas, el disfrute de la naturaleza, se une al lamento y la denuncia. El gran pesar de Delibes es ver la transformación del campo de forma rápida y descontrolada, y con ella la desaparición de “las perdices del domingo” y de su contexto de vida: la naturaleza. Para Delibes, *El último coto* (1992) es la decadencia del cazador y del hombre, de sus piernas y sus reflejos, y de la desaparición de la naturaleza, de un campo dominado por la agricultura extensiva donde las “tierras peinadas” son propicias a la producción pero no a la vida animal. Supone una visión pesimista por parte del cazador experimentado, que ha visto pasar por sus ojos las perdices de los cincuenta y la desolación castellana de los noventa. Un resumen no sólo de una experiencia cinegética sino también de un sentimiento cargado principalmente de una conciencia militante sobre la necesidad de la conservación del medio natural.

Para un estudio etnográfico de la caza, la obra cinegética de Miguel Delibes es fundamental no sólo por la rica e impresionista descripción que realiza de sus jornadas de caza, sino también por la aguda reflexión que realiza sobre temas que aún hoy siguen siendo los más discutidos.

2. Fuentes históricas para el estudio de la caza.

A lo largo de los siglos aparece una interesante producción de textos dedicados a la temática cinegética. Como actividad asociada a la nobleza, complementariamente a su poder político y acceso cultural, aparecen textos que en un análisis diacrónico muestran las técnicas y costumbres de otros tiempos. Siguiendo a López Ontiveros se

realiza un breve recorrido desde la época medieval hasta el siglo XX de las obras más significativas⁹.

En época medieval y moderna existen dos tipos de fuentes: las literario-didácticas y los textos legales. Para la Edad Media, en el primer caso destaca *El libro de la Montería* de Alfonso XI. Para el segundo caso son interesantes las ordenanzas municipales donde aparece regulada de distinta forma la actividad cinegética. Una importante fuente del s. XII, fue la obra *Paramentos de la Caza*, mandada escribir por Sancho VI de Navarra. En *Las Partidas* de Alfonso X hay referencias a las cualidades y beneficios de la caza. Para época medieval el *Libro de la Montería* de Alfonso XI y el *Libro de la Caza* del Infante Don Juan Manuel merecen ser destacados por su relevancia.

La Edad Moderna continuó la tradición medieval y aparecieron los tratados considerados como los más importantes sobre caza, lo que algunos autores llaman la “edad de oro” de la montería española. En la centuria del XVI aparecen tres títulos destacados: *Discurso sobre la Montería*, de Argote Molina, *Diálogos de la Montería*, de Barahona Soto, y *Diálogos de la Montería*, de autor anónimo. En el siglo XVII estas obras se completan con otra triada fundamental: *Libro de la Montería* de Pedroza Gaitán, *Arte de Ballestería y Montería* de Martínez Espinar, y *Origen y Dignidad de la Caza* de Juan Mateos.

La caza es privilegio de nobles y reyes, y las obras que se escriben se adecuan a esta situación. Los Austrias y posteriormente los Borbones, mostraron una pasión desmedida por la caza, que en ocasiones incluso absorbía gran parte de sus responsabilidades. Geoffrey Parker, en su biografía de Felipe II, destaca la afición del monarca por la caza, como cuidaba y observaba los cotos reales con un control exhaustivo que le llevaba a castigar el furtivismo muy severamente. Sobre la forma de cazar, señala el hispanista, la cantidad primaba sobre la calidad y las técnicas empleadas en ocasiones buscaban este fin:

“Al igual que con su pesca, lo que le causaba satisfacción era la cantidad, no la calidad, de lo que cazaba. Su técnica de caza favorita consistía en adentrarse con su familia en el bosque hasta una trampa camuflada con redes hacia la cual era ojeada una manada de ciervos. Cuando los ciervos quedaban atrapados en las redes se soltaban los perros de caza reales contra la manada, y así la mayoría eran despedazados en el lugar justo donde observaba, encantada la familia real. “En un santiamén- observó un visitante extranjero- treinta ciervos o más eran matados”. Con un dueño tan activo no había lugar para furtivos. En la década de 1590, cuando la artritis casi no le permitía moverse, el rey y su familia se dirigían a un claro en el bosque en su carroza; allí

⁹ López Ontiveros, A. (1991) “Algunos aspectos de la evolución de la caza en España”, en *Agricultura y Sociedad*, 58, Madrid; y López Ontiveros, A. (1992) *La investigación sobre la actividad cinegética en España: estado de la cuestión*, en “Coloquio de Geografía Rural VI”, Madrid.

esperaban hasta que sus numerosos monteros (había más de sesenta adscritos a la casa real) les ojeaban la caza para que la despachasen con ballesta o arcabuz". (PARKER, G. 1998: 64)

Para el s. XVIII, en el aspecto didáctico de los libros de caza, hay que señalar como ejemplo la obra de Juan Manuel de Arellano, *El cazador instruido, y arte de cazar con escopeta y perros, a pie y a caballo: que contiene todas las reglas conducentes al perfecto conocimiento de este ejercicio*. El libro es un completo catálogo en el que se describen distintos tipos de caza, actitudes, cobro de pieza, perros, etc. o como señala el propio prólogo: "si eres por fortuna aficionado á la nobilísima diversión de la caza, te ofrezco en este corto tratado las mas precisas y exquisitas reglas y preceptos, para que sin el menor rezelo, puedas lograr el apetecible fin de tu diversión".

A partir del s. XIX el régimen que hasta ese momento regía la caza empieza a cambiar. La realeza y aristocracia continúan siendo los actores, exclusivamente en caza mayor, pero comienza a abrirse una nueva dimensión. López Ontiveros señala que en España "la configuración de un nuevo régimen cinegético se gesta durante el s. XIX, pero sus consecuencias, sin rupturas apreciables, creemos, que llega hasta 1931" (LÓPEZ ONTIVEROS, A. 1991: 27). En el s. XIX siguen apareciendo títulos, que en comparación con la de siglos anteriores no centran su atención únicamente en esa caza de la realeza, sino que amplían su temática a otros aspectos. Un ejemplo es el breve pero interesante tratado *La caza bajo el punto de vista histórico, filosófico e higiénico*, escrito por José de Argullol y publicado en 1884. Justificación, referencias al origen de la caza e importancia de la misma para la salud aparecen en sus líneas¹⁰. También hay una interesante división entre caza mayor y caza menor, y el componente social de cada una, distinguiendo al cazador opulento, aristócrata, del modesto. Los aspectos legales, con la aparición de la licencia de caza, también tiene cabida en la reflexión de Argullol.

La tradicional caza con reclamo aparece por escrito en el s. XIX en una obra que aún hoy puede considerarse para ciertos temas como un precedente. *Manual del cazador de perdices con reclamos* (1874) de Jacobo G. de Escalante y Moreno, resume

¹⁰ Sobre el origen de la caza y su importancia en la configuración humana señala: "Por tanto, el ejercicio venatorio, á fuer de natural é instintivo, debe remontarse á los primeros momentos en la planta humana holló la tierra: debió començar y comenzó tan luégo como los primeros hombres vieron amenazada su existencia, tan luégo como sintieron la necesidad de alimento, y vieron por instinto, en el que, en el mamífero, el medio de satisfacerla. Y multiplicáronse los hombres inteligentes y libres: enseñoreándose del mundo y dominaron á los demás criaturas; y crecieron las necesidades, satisfaciéndolas los animales y las plantas. Aumentaron las familias, formaron tribus, y razas y pueblos, trocando unos lo sobrante por lo sobrante de otros: productos de la tierra, productos de la caza pieles, plumas, arenas, huesos, y por ahí se colige que la acción de cazar ha sido practicada por todos los hombres, en too tiempo, y que en el primitivo debió constituir importante industria; medio sino único, principal y poderosos de atender á la subsistencia" (ARGULLOL, J. 1884: 8).

esta modalidad de caza, convirtiéndose en un documento muy interesante para conocer cómo se practicaba hace más de un siglo.

En el s. XIX y comienzos del XX aparecen escritos de cazadores europeos sobre su experiencia venatoria en España. La imagen de un país idílico, con abundancia de caza y permisividad en su captura, es lo que se transmite en ellos. El británico R. Ford (1840), *Una cacería en el Coto Doñana*, contextualiza una parte de la abundancia cinegética española del diecinueve. Del mismo autor, en 1845, aparece el *Manual para viajeros por España y lectores en casa*, donde dedica un epígrafe a la caza y pesca. De la caza española señala:

“La caza es silvestre y excelente; allá donde la naturaleza ha vuelto a campar por sus derechos y a vestir el suelo con la maleza, donde los enemigos domésticos y forasteros han destruido las habitaciones del hombre, ante quien las bestias salvajes del campo y las aves del aire huyen volando, hay no sólo magníficos refugios para las lechuzas en los edificios arruinados, sino también guaridas de primera clase para toda especie de caza, que, abandonada en posesión indisputada del terreno, prospera lo indecible en esas comarcas solitarias. La caza caída de sí misma, es abundante, no tanto por estar protegida como por no ser exterminada. No es nada difícil conseguir la licencia de caza en España. Todos los naturales necesitan permiso para llevar armas de fuego, pero eso raras veces les es necesario a los ingleses: en cuanto el español sale de la ciudad, tenga o no tenga licencia, gusta de llevar una escopeta porque ir armado es aquí cosa inmemorial (véase Toledo). La espada y la lanza, las armas de los iberos, que les eran más queridas que la misma vida, siguieron siendo la base de la defensa nacional hasta el siglo XVII, y ahora el fusil y el cuchillo han ocupado su lugar. Es razonable pensar que los españoles, por haber tenido siempre estas armas en la mano, saben usarlas, y esto explica la facilidad con que se reúne lo que aquí suele llamarse un ejército.

Ningún inglés amigo de la caza debiera dejar de traer consigo a España su escopeta de dos cañones, junto con una buena provisión de cartuchos y tacos” (FORD, R. 1988: 228-229)

Junto a la descripción de las cualidades cinegéticas del país hace también una semblanza de sus gentes en relación con su posesión y adquisición de armas, relacionándolo con un carácter beligerante que proviene de tiempos prerromanos y que lo configuran como un pueblo belicoso. La España que visita Ford tiene todavía presente los ecos de la Guerra de la Independencia y la movilización popular contra la ocupación francesa, así como las constantes algaradas militares que caracterizarán el s. XIX y las guerras carlistas de las que se había desarrollado ya una y otra estaba en marcha en el momento de la publicación del libro.

Destacan también la obra de Chapman y Buck, *Wild Spain y Unexplored Spain*. La primera es de 1893, la segunda de 1910, y entre ellas hay un cambio en la imagen de la caza en España. Si en el primer libro la península se mostraba como “indómita”

y “espléndida en su salvajismo”, en la segunda se dice que “todo este espíritu salvaje vaya siendo extinguido”. Son menos de veinte años los que separan los dos relatos, pero la sensación es que la caza ha cambiado, no sólo la cantidad de especies sino también el concepto de la misma.

En el s. XX la producción de libros de caza se dispara, a nivel de relatos, didáctica, estudios técnicos y en menos ocasiones sociales, sobre ella. A los primeros se ha hecho referencia dentro del punto dedicado a la literatura, a los estudios de corte social se hace referencia en los epígrafes siguientes. A caballo entre ambos, aunque deslizándose a un campo más cercano al ensayo, hay que referirse a una reciente aportación: *La caza racional* de Patxi Andión. El polifacético músico, sociólogo y cazador (actual director de la Escuela Española de Caza), presenta un texto en el que vierte sus ideas sobre la concepción y práctica cinegética. Hay descripción de modalidades de caza, más concretamente de la Montería, de los perros de rehalas, del rito de la noviez, de las especies de caza... introduciendo también una reflexión más general sobre qué es la caza, qué significa ser cazador, la situación actual de la caza, su comercialización, su tradición y la relación con el resto de la sociedad. La base sobre la que trabaja es el concepto de *caza racional*. El cazador aparece como un elemento imbricado con el medio ambiente, que mediante una actitud respetuosa y una actuación beneficiosa aporta al medio aquello que la modernización y la industrialización le quita. Por lo tanto rechaza la idea del cazador como alterador o destructor natural debido a que su actuación acaba en muerte, al contrario, es ésta la que propicia que exista la vida, creándose una paradoja en la que se mueve la venatoria y la que reproduce un círculo que hay que entender como contexto global. Para ello al cazador se le invita, y se le solicita, a tener una actitud ética, responsable con el medio, dejando atrás prácticas furtivas, métodos no selectivos, para llegar a una racionalización que impida seguir reproduciendo estereotipos negativos hacia el exterior. Andión señala que el problema es la falta de discurso cinegético, la heterogeneidad del grupo y la desunión que provoca que a los ojos del resto de la sociedad sea reconocida por sus faltas más que por sus aciertos, mediante la práctica de una caza racional y de un compromiso colectivo esta situación podría solventarse:

“Además, la caza, no tiene discurso. No se ha preocupado de estructurarlo. La aplicación de la racionalidad a la reflexión del acto cinegético, tiene muy escasos referentes de altura intelectual contrastada y se ve abocada a la obligada referencia a Ortega (que no cazaba). Es quizá la gran preocupación. Conseguir definir un discurso. No se trata de juntar una retahíla de sentimientos y apelaciones a la conservación, la cultura, la historia, la economía, el empleo, la tradición, etc.

En los últimos tiempos hay indicios de dejar de lado el disparate y acudir a la lógica, a los planteamientos serios. Pero sólo en un gran trabajo de constatación de los datos reales, obtenidos y contrastados con el mayor rigor se puede estructurar, con la solidez precisa, un canal de comunicación con la sociedad donde se exponga la realidad

cinagética tal cual es, discutible, sin duda, pero beneficiosa y comprometida con la conservación, preservación y mejora del medio, sin duda, también. Una actividad que enorgullece a quien la practica con mesura, ética y respeto por el paisaje, las poblaciones salvajes y las leyes. Quien practica la caza racional en suma. Y no otra” (ANDIÓN, P. 2003: 25)

La imagen del cazador tiene dedicado un capítulo concreto y en él se desgrana, como en todo el texto, la vivencia personal del autor pero también la reflexión más intensa sobre la caza como acto social. Es ésta una de las virtudes del libro, partir de la idea de la caza como fenómeno social, no quedándose únicamente en la narración de experiencias personales, sino imbricarlas en un discurso conjunto, con un destinatario que es el cazador, pero que también puede ser cualquier otro lector no necesariamente vinculado con la caza. A lo largo del trabajo se va a hacer referencia varias veces a esta obra, tanto para la descripción etnográfica, como en el caso del rito de la noviez, como para reflexiones sobre la idea misma de la caza y los procesos de cambio. En el prólogo que escribe al libro de Félix Díaz del Campo, y que tuve la posibilidad de leer antes de su publicación, deferencia que agradezco enormemente a Patxi Andión, el carácter de acto social de la caza se explicita, mostrando la idea sobre la que gira su reflexión:

“La caza es un asunto social porque nuestro país está lleno de territorios salvajes donde habitan poblaciones salvajes entre cuyos miembros se cuenta como responsable fundamental el hombre. Porque la naturaleza salvaje de hoy lo es con el hombre dentro, pero con el hombre cazando dentro. El orbe entero es un ecosistema modelado por la presencia humana y obviarla es ante todo una falacia ciega. Lo que tenemos lo ha traído el hombre y lo que mantenemos lo mantiene el hombre en tanto que cazador. Si se trata de conservar, tendremos también por tanto que conservar el cazador. Sea deportivo, cazador de fortuna o profesional. La caza como actividad social, ejercida por el colectivo que consideremos, es propia de la conservación completa, (con el hombre incluido) no la que pueda desarrollarse desde instancias ignorantes o falaces.

La caza como acción social es imprescindible. Las poblaciones salvajes no podrían sobrevivir a sí mismas sin la acción quirúrgica que el cazador social ejerce sobre ellas. Su supervivencia, desarrollo y mejora genética depende de la acción cinagética, ejercida esta por quien la ejerza. La conservación, desarrollo y mejora de los santuarios vegetales que protegen las poblaciones salvajes solo puede tener éxito si aquellas son controladas, lo que significa una acción cinagética, cuantitativa y cualitativa.

Y aún más, la caza es socialmente deseable porque ella asegura la posibilidad de que determinada población humana que aún nos remite al medio y que perviven en condiciones precarias en los territorios de rentabilidad marginal como las sierras, permanezca. Y no se trata de mantener en el ghetto a los serranos. Si los perdemos, no solo los perderán los salvajes, sino que el expolio cultural y antropológico será

imperdonable. El hombre que habita los territorios cinegéticos es parte esencial e imprescindible de la real naturaleza de los mismos”.

3. Los estudios geográficos de la actividad cinegética

Desde la geografía el interés sobre la caza como objeto de estudio, sobre todo a partir de la década de los ochenta del pasado siglo, ha sido significativo, proporcionando una interesante batería de trabajos de importancia para un estudio etnográfico. No se pretende una exhaustividad en las referencias sino que se plantea un somero repaso por las aportaciones consideradas más significativas.

Antonio López Ontiveros, en el marco del VI Coloquio de Geografía Rural (1991), desarrolló un interesante estado de la cuestión sobre la actividad cinegética en España, donde aporta fuentes y caminos para la búsqueda de referencias bibliográficas en el estudio de la caza. Si bien el estudio se centra en la geografía, aporta referencias muy interesantes sobre cómo las ciencias sociales abordaron hasta ese momento el tema de la caza. En 1990, López Ontiveros publicó *Bibliografía Cinegética de España y Andalucía*, obra en la que junto con referencias de estudios geográficos, como geografía de la caza, ordenación y gestión de la caza, repercusiones de la actividad cinegética, aparecen otros temas: modalidades y técnicas de caza, sociología y antropología de la caza, actividad cinegética y legislación, literatura, artes y caza, e incluso arte, gastronomía, taxidermia y caza. Entre los títulos incluidos en esta bibliografía se encuentran textos de divulgación y opinión aparecidos en revistas cinegéticas, que no tienen un carácter específicamente científico pero que aportan información sobre los aspectos humanos de la caza.

A nivel teórico hay una compilación a tener en cuenta por la importancia que tuvo en el desarrollo de los estudios sociales de la caza, es el monográfico publicado en 1991 en la revista *Agricultura y Sociedad*, nº 58, “La caza en España”. En este volumen, coordinado por López Ontiveros, las aportaciones varían desde el estudio de las especies cinegéticas españolas, las modalidades de caza y trofeo, hasta artículos más específicos sobre geografía cinegética en España a nivel general, y en casos como Extremadura, Asturias, Castilla-La Mancha, Comunidad Valenciana, Galicia, Córdoba y Jaén, aspectos parciales y una interesante síntesis bibliográfica.

El denominado *boom* cinegético de la caza en España alentó distintos trabajos, que consideraron relevantes la repercusión de la actividad cinegética. Distintos autores se han acercado al tema bajo una reflexión similar, la importancia de la caza tras el final de la Guerra Civil y su componente de recreación rural. Destacan en este sentido los trabajos de López Ontiveros (1981), Cecilia Gómez y Martínez Garrido (1986), García Munuaga (1988), Mulero Mendigorri (1991) y Rivera Mateos (1991), entre otros.

La caza es una manifestación espacial y humana, por lo que la Geografía la ha considerado como objeto de estudio. López Ontiveros (1992) considera que son tres los campos en los que la Geografía puede centrarse para el análisis del tema: el estudio del ámbito *natural*, la Geografía del Ocio y la Geografía Rural.

Los aspectos naturales, físicos y biológicos, con relación a la adaptación al contexto ecológico de los recursos faunísticos-cinegéticos, espacios de caza, técnicas y prácticas de la misma, es la base sobre la que iniciar el estudio. A pesar de que los estudios zoogeográficos han ido reduciéndose dentro de los geógrafos españoles, hay que destacar las aportaciones que Hernández Pacheco realizó en los artículos *El solar de historia hispana* (1952) y *Fisiografía del Solar hispano* (1956) en los que estudió la caza, tanto sus especies como los cazaderos, dentro de su marco geográfico. Terrón Albarán (1975), *De la panorámica de la caza en Extremadura*, y Rubio Recio (1988), *Biogeografía, Paisajes Vegetales y Vida Animal*, aportan una interesante vertiente naturalista al estudio geográfico, que hace hincapié en aspectos faunísticos y físicos.

La Geografía del Ocio ha reivindicado la caza como objeto de estudio, dentro del concepto de “recreación rural”, utilizado por López Ontiveros (1981), apoyándose en la obra de Simmons, *Rural Recreation in the Industrial World*. Las líneas principales de investigación geográfica que parten del concepto de “recreación rural” son, según López Ontiveros y Mulero Mendigorri (1997), la geografía de la caza, el turismo cinegético, las derivaciones agrarias de la caza y los conflictos actuales de la caza. Estos campos abiertos son una guía sobre las posibilidades de estudios que existen dentro de la disciplina. En este sentido, Mulero Mendigorri (1991), *Turismo y caza en España. Estado de la cuestión*, propone, en un interesante artículo, las líneas maestras sobre la relación entre turismo y caza, a la vez que analiza las razones de la poca atención prestada al tema desde los estudios científicos, proponiendo nuevas vías de análisis y reflexión para suplir estas carencias. Pone el acento en una cuestión que más de una década después no termina de estar suficientemente clara: la relevancia de la caza para las poblaciones rurales. Hay posicionamientos a favor y en contra, es decir, los que consideran que la caza supone una fuente de recursos para las poblaciones cercanas a los cotos y una forma de dinamización de los espacios rurales, y aquellos que consideran que repercuten escasamente sobre las poblaciones receptoras¹¹.

¹¹ “No obstante y pese a que se trata de cifras discretas la valoración no estaría completa sin considerar el destino de esas rentas. Es decir, ¿suponen verdaderamente un complemento para las economías rurales, como se quiere hacer ver por los defensores a ultranza de la actividad cinegética?, o bien se trata de una actividad (la caza en general) “con la que se persiguen fines extraeconómicos, no genera riqueza ni social ni individual, y no se gestiona ni explota según los usos económicos. Aunque otra cosa es que se esgriman unas cuantas excepciones, siempre respetables, y que al amparo de la caza y precisamente por su forma de llevarla unos cuantos obtengan pingües beneficios”. Aquí radica a nuestro entender la clave para desvelar el verdadero significado socioeconómico de la caza en España, para cuyo desenlace definitivo harán falta aún muchos estudios rigurosos sobre actividad cinegética en general y turismo en particular. De momento, con los datos disponibles, los defensores de la primera postura esgrimen como

Relacionado con el tema de la Geografía del Ocio y la “recreación rural”, es fundamental la tesis doctoral de Alfonso Mulero Mendigorri, *Los espacios rurales de ocio: su significado general y análisis en la Sierra Morena cordobesa*, defendida en 1992. Es importante el marco teórico que propone porque supuso la elaboración de un esquema inexistente hasta ese momento. El estudio se ubica en Andalucía, más concretamente en la provincia de Córdoba, centrándose con mayor atención en Sierra Morena. El estudio de la significación territorial y de la relación de los espacios recreativos supone un avance sustancial en el análisis de la cuestión.

Martínez Garrido ha defendido la actividad cinegética inmersa en la actividad agraria, añadiendo al componente recreativo expuesto por la Geografía del Ocio y la “recreación rural”, el componente económico ligado al sistema de explotación agrario. Son muy interesantes sus artículos entre los que cabe mencionar el publicado en 1988, *Propiedad y regímenes de tenencia en los cotos privados de Ciudad Real*, y en 1991 *La geografía de la caza en Castilla-La Mancha y Los cotos sociales de Castilla-La Mancha: evolución, gestión y explotación*.

La caza en la provincia de Ciudad Real. Su análisis geográfico como aprovechamiento reciente, es la tesis doctoral de Emilia Martínez Garrido, defendida en el año 2000. Dentro de la línea de investigación geográfica señalada se aborda el análisis territorial de la actividad cinegética a diferentes escalas: España, región castellano-manchega y provincia de Ciudad Real -comarcas agrarias, municipios y cotos privados de caza-. El estudio realizado de la Geografía de la Caza de la provincia de Ciudad Real, una de las provincias de mayor potencialidad y protagonismo cinegético, se imbrica en el proceso de transformaciones que ha sufrido la caza en España durante la segunda mitad del siglo XX. Por ello se analiza la evolución en este período, haciendo especial hincapié en el denominado *boom* cinegético -cronología, causas, indicadores, etapas e incidencia territorial-, en los nuevos planteamientos de la caza en el marco de la conservación de la naturaleza a partir de 1989 y en el surgimiento de distintos modelos regionales de gestión cinegética a partir de la aprobación de las leyes autonómicas de caza.

De las más recientes aportaciones por parte de la geografía hay que citar la de López Ontiveros (2003), *La caza en Andalucía*, dentro del libro *Geografía de Andalucía*. También, aunque no en un plano estrictamente geográfico, pero que combina el análisis físico, biológico y de gestión cinegética, hay que destacar la aportación de

principales argumentos cuando ensalzan la magnificencia económica del turismo cinegético que éste genera divisas, que repercute directa e indirectamente en las poblaciones cercanas a los terrenos cinegéticos, a la vez que resulta ser un complemento ideal para el sector hostelero ya que la actividad se lleva a cabo mayoritariamente en temporada baja. Éste último factor es perfectamente defendible y positivo sea cual sea el número de cazadores turistas que afluayan a España; los otros dos, pesa el gran número de veladores que los sustentan, no dejan de ser cuando menos discutibles, puesto que aún considerando las estimaciones más optimistas la trascendencia económica de esta actividad es poco significativa en comparación con las rentas generadas por otras ramas del sector turístico u otros sectores de actividad” (MULERO MENDIGORRI, A. 1991: 167).

Miguel A. Sánchez Sánchez, Ángel Guardiola y Emilio Díez de Revenga en *Ordenación y Gestión de la caza en los sistemas forestales de la Región de Murcia* (2003).

Una reciente e interesante tesis doctoral dedicada a la caza desde la geografía es la de Froilán Bajo Cuadrado, presentada en el año 2005 en la Universidad de Oviedo bajo el título de *La caza en Asturias. Análisis geográfico del aprovechamiento de un recurso natural*. Se basa en un estudio diacrónico de los modelos de gestión de recursos cinegéticos del Principado, estableciendo una relación con los factores físicos y humanos en los que se mueven, así como las derivaciones socioeconómicas que de ella surgen.

De las aportaciones realizadas desde otras disciplinas hay que destacar varias tesis doctorales. Desde un prisma jurídico hay que hacer referencia al trabajo doctoral de Elisa Martínez Jiménez, *El régimen jurídico-administrativo de la caza*, defendida en el año 2000. El objeto de estudio es el análisis de los problemas que presenta el régimen jurídico-administrativo de la caza, es decir, la forma de compaginar los distintos intereses que en la actividad cinegética siempre se han presentado, con la decidida intervención pública que una materia tan ligada a la protección del medio ambiente demanda. El trabajo se divide en tres partes, partiendo la primera de ellas del estudio de la génesis y del marco constitucional, para subrayar los principios históricos y constitucionales que han de centrar el tema. En la parte segunda, y dada la importancia desde el punto medioambiental que presenta la actuación venatoria, se analiza la normativa que sirve de referencia a las actividades cinegéticas. La última parte estudia el régimen actual de la caza a través del examen de la configuración jurídica del objeto de la actividad, piezas de caza, y de la naturaleza del derecho de caza, además de las formas de intervención administrativa, para lograr una gestión nacional del recurso cinegético y un ejercicio controlado del derecho.

También dentro del campo jurídico destaca la tesis defendida en el 2004 por Remedios Gálvez Cano, *Régimen Jurídico de la actividad cinegética en España. Análisis de las disposiciones autonómicas e intervención pública*, presentada en la Universidad de Málaga. En ella se abordan aspectos como los conceptos y elementos jurídicos básicos sobre la acción de cazador, la consideración de cazador, los requisitos mínimos, licencias de caza, etc. Sigue el texto con el régimen legal de los terrenos de caza, la evolución de la normativa, la clasificación de los terrenos cinegéticos y la relación entre espacios protegidos y caza. Se adentra en la normativa internacional y concretamente de la Unión Europea, con la influencia de las mismas a nivel nacional. Las especies cinegéticas son analizadas desde un prisma jurídico, donde entraría el concepto de *res nullius*. No escapa al texto el análisis de las medidas de protección de la fauna cinegética, la ordenación de la caza y la responsabilidad legal de la caza, tanto la civil derivada de la producción de daños, como la penal y administrativa por infracciones cometidas por cazadores.

Rodolfo Bernabeu Cañete, en su tesis doctoral defendida en 1999, *Evaluación económica de la caza en Castilla La Mancha. Estrategias de desarrollo*, plantea, desde un análisis de las denominadas ciencias agrarias, la descripción de la situación de la actividad cinegética en la provincia de Ciudad Real, al mismo tiempo que cuantifica los gastos en los que incurre el cazador por la práctica de cazar. Mediante una evaluación econométrica, determina las funciones de gasto del cazador, según se dediquen a la caza menor o mayor, sea en exclusividad o no y mediante simulación de todos los cazadores con licencia de caza en Castilla-La Mancha, inferir una cifra aproximada de gasto de los cazadores en la Comunidad, para así intentar determinar una de las dos componentes de entrada, la otra es el importe de las piezas cobradas, al sistema económico-cinegético¹².

José González Arenas, en su tesis doctoral, defendida en 1999, *La caza en Córdoba. Caracterización ambiental, económica y social de su gestión y desarrollo*, aborda la profundización en el conocimiento de la realidad cinegética cordobesa desde una óptica ambiental, económica y social. Se analizan las principales características de los cotos de caza cordobeses, así como su funcionamiento. Igualmente, se estudian las señas de identidad comunes de los titulares de coto y sus actitudes. Se constata la existencia de una estrecha relación para cotos de 500 a 1.500 ha. entre presencia de mallas cinegéticas y ejemplares enfermos que serán decomisados con posterioridad a la celebración de la cacería. También se estudian las características y principales diferencias entre cazadores. El estudio económico de la caza se centra principalmente en los seguros de caza, las armas, la munición y la comercialización de la carne de monte. De la misma manera, se profundiza en la investigación de las características de los incendios forestales por motivaciones cinegéticas. Por último, se prospecta sobre ¿qué ocurriría en España si se plantease mañana un referéndum para prohibir o restringir la caza?

La Consejería de Medio Ambiente de la Junta de Andalucía publicó en el año 2002, dentro de la revista "Medio Ambiente", nº 41, un monográfico dedicado a la caza en Andalucía. Los análisis de científicos de varias universidades andaluzas y de la Universidad de Extremadura, se unen a las opiniones del presidente de la Federación Andaluza de Caza o la de grupos ecologistas como ADENA o Seo-Birdlife que transmiten su concepto sobre caza y la relación con la biodiversidad y el desarrollo sostenible. Los distintos artículos permiten un recorrido por aspectos relacionados con el desarrollo sostenible, con el espacio rural y la agricultura, con la conservación del medio, con la gestión de la actividad cinegética o la problemática de la caza mayor y menor. De los últimos intentos sistemáticos de estudios sobre caza, este monográfico supone, no ya desde un punto de vista estrictamente científico, un interesante marco

¹² Esta tesis fue publicada en el año 2002 por la Universidad de Castilla-La Mancha con el título *La caza en Castilla-La Mancha y sus estrategias de desarrollo*.

de información de la situación de la caza actual en Andalucía, vislumbrando cuestiones ampliables a otras regiones del país.

A esta dualidad de estudios científicos de corte académico, con análisis y ensayos fuera de la universidad, hay que sumar las publicaciones que nacen de congresos, seminarios y jornadas realizadas por organismos y asociaciones vinculadas de una forma u otra con el sector cinegético. Las jornadas que se desarrollan anualmente en la población extremeña de Azuaga (Badajoz), con la publicación de sus actas, suponen un ejemplo significativo de este intento de divulgación de resultados. Las “Jornadas Europeas Eurocaza” vienen desarrollándose desde el año 2000 dentro del marco del programa de desarrollo rural de la campiña sur de Extremadura, en el marco de los proyectos Leader y Leader Plus de la Unión Europea. El trabajo de este grupo dentro de la revitalización rural de la zona, con una parte dedicada al fomento del desarrollo mediante el turismo, observó la importancia y tradición cinegética de la zona y decidió crear las jornadas para analizar, desde distintos puntos de vista, la repercusión y el trabajo que se podría realizar a partir de la caza. Además de las valoraciones realizadas en este sentido, la aportación de trabajos científicos concretos ha convertido a estas jornadas en un referente no sólo para cazadores sino también para estudiantes, profesionales y universidades.

Hasta el momento se ha revisado una parte concreta relacionada con el objeto de estudio. Los trabajos derivados propiamente de las ciencias sociales, más concretamente con una perspectiva etnográfica, se analizan en el siguiente capítulo, dentro de una reflexión más amplia del marco teórico.

CAPÍTULO III

Los significados de la caza

1. Los estudios antropológicos sobre la actividad cinegética

Desde una perspectiva etnográfica, los estudios sobre la actual actividad cinegética tienen una producción que dista mucho de ser extensa. Esta producción es desigual a nivel regional, si bien los estudios franceses han mostrado atención a este fenómeno, con una interesante producción desde la década de los ochenta, no se puede decir lo mismo para el caso español, en los que los trabajos son reducidos y no han desarrollado líneas de investigación tan fructíferas. Se presenta en las siguientes páginas las aportaciones que se consideran más destacadas sobre el tema, de estudios nacionales y aquellos que hacen referencia al contexto europeo.

La caza como manifestación social ha sido objeto de distintos estudios en el país galo. Su repercusión social, su importancia económica y sus características simbólicas le han hecho objeto del interés etnológico que hasta fechas recientes no ha tenido en España. A ello contribuyó en cierta forma el cambio de los lugares de investigación antropológica a partir de la década de los 60, con el proceso de descolonización. La mirada hacia el interior que se produjo y la primitivización de espacios y costumbres, como ocurrió por ejemplo para los países mediterráneos, visibilizó a esos otros cazadores que secularmente practicaban su actividad en toda Europa y que no eran aquellos lejanos cazadores-recolectores de las selvas tropicales. Esta visión ha propiciado que en algunos casos el acercamiento se produzca bajo una centralidad de los aspectos rituales y simbólicos. No hay que quedarse sólo en esta idea, también aparece una preocupación sobre la estructura de la actividad, la modificación de paisajes, la organización social de la caza, los conflictos cinegéticos, etc.

El punto de partida de esta revisión la constituye el monográfico de la revista *Etudes Rurales*, publicado en 1982, nº 87-88, dedicado a la caza y al espacio rural. Desde la antropología y la sociología se evidencia la importancia de la caza como materia de estudio, siguiendo líneas de investigación abiertas anteriormente por los trabajos de Chamboredon, Bozon y Fabián. Al igual que se ha señalado la importancia de los textos procedentes de la geografía y otras disciplinas, lo propio hace López Ontiveros al referirse a la importancia que estas investigaciones tuvieron para el tratamiento de la caza desde la geografía. Para este autor son tres las aportaciones básicas, que se hacen extensible para este estudio: primero destaca la importancia de los datos sobre la evolución de la caza; segundo, considera que los estudios, aunque sean para el caso francés, pueden servir como modelos para el caso español; y tercero,

habla de la interdisciplinariedad y la importancia para la geografía, y recíprocamente desde la antropología con ella.

En este número hay importantes aportaciones de las que se destacan algunas a continuación. Bomberger y Lenclud, en el artículo *La chasse et la cuillete aujourd'hui. Un champ de recherche anthropologique*, se preguntaban sobre la importancia de la caza como objeto de investigación científica, al considerarse como actividades residuales no insertas dentro del proceso económico de la sociedad francesa del momento. La importancia que enmascara tras la actividad de ocio que representa, a nivel económico, social y cultural, contrasta sin lugar a dudas con su relevancia para el estudio científico. El artículo de Chamborendon, *La difusión de la chasse et la traformation des usages sociaux de l'espace rural*, parte de un análisis estadístico del número de cazadores en Francia y constata que su número no es proporcional a la población rural. La explicación de la caza la sitúa en relación entre la estructura de la propiedad, la estructura agrícola y su desarrollo económico, el acceso de los cazadores al territorio, la naturaleza de las relaciones campo-ciudad y los temas relacionados con el prestigio social que supone la práctica venatoria. Estos elementos serían algunos de los que, según el autor, servirían para explicar la práctica cinegética. En este marco, las relaciones entre agricultores y cazadores, y la importancia económica que adquiere en ciertas zonas la caza, afecta a los usos sociales del territorio rural. El tema territorial, el uso del espacio rural y agrícola, la relación entre caza y agricultura, la primera como rentas adicionales al agricultor pero también como conflicto al perjudicar a cultivos, la mecanización y fertilización de éstos como elementos agresores de la fauna, son elementos a tener en cuenta.

Por lo que se refiere a la caza como deporte, el artículo de Jean-Louis Fabián, *Quan le chasse populaire devient un sport. La redefinition d'un loisir traditionnel*, habla de la nueva imagen del cazador como "deportista" respetuoso con el medio natural, así como de las necesidades de cambio de la práctica de la caza y de las estrategias de algunos cazadores con respecto al medio.

Sobre la propiedad de la tierra y la caza hay que destacar a Michel Bozon, *Chasse, territoire, groupements de chasseurs*, donde hace referencia a los conflictos que se dan entre cazadores locales y aquellos que llegan de la ciudad, en relación con la utilización del territorio y con la manifestación de ostentación por parte de los llegados desde la urbe.

Interesantes son las aportaciones de Charles-Henry Pradelles de Latour, *La passion de la chasse dans une commune cévenole*, que analiza el caso concreto de la caza del jabalí en Valleraugue (Francia) y su evolución desde principios de siglo XX hasta la década de los setenta del mismo; y la de Valentin Pelosse y Anne Vaourc'h, que analizan en su artículo *Chasse au sanglier en Cévennes*, una práctica cinegética propia del Cevennes: la huella del jabalí. Esta práctica, caracterizada por la socialización del territorio y la sociabilidad masculina, se enmarca dentro de un

contexto rural, con el impacto que supuso la declaración de la zona estudiada como parque natural.

Por último, hay que referirse a la extendida costumbre de castración del jabalí una vez muerto, entendida por muchos como un elemento simbólico dentro de un ritual cinegético. *Un rite de chasse au sanglier* de Claudine Fabre-Vassas describe esta costumbre extendida no sólo en Francia sino también en España y en otras zonas europeas. En un interesante artículo se expone la importancia que para los cazadores tiene el hecho de la castración, tanto por el sabor que atribuyen a la carne no castrada como a la significación simbólica del hecho de desposeer al animal muerto de sus signos viriles.

Para el caso español, como se ha apuntado en el punto anterior, y no desde un posicionamiento antropológico sino geográfico, el correlato al monográfico francés fue el número 58 de la revista *Agricultura y Sociedad*, aparecido en 1991, que es un intento de sistematizar los estudios que en materia cinegética se estaban realizando, proponiendo la apertura de un nuevo campo de investigación, que ha sido recorrido desigualmente.

Una aportación reseñable es la realizada por el antropólogo italiano Sergio Dalla Bernardina. En *Il miraggio animale. Per un'a antropologia della caccia nella società contemporanea* (1987), analiza la imagen del campesino, el cazador y el furtivo, así como el simbolismo cinegético que a través de la literatura decimonónica rodea en los Alpes Italianos al “chasseur de chamois” y al “chasseur de faisan”. La figura del furtivo, así como el nacimiento del cazador moderno, son puntos de atención de este libro. La aportación de esta obra, a pesar de centrarse en un contexto geográfico como el de los Alpes, radica en el andamiaje teórico que desarrollará en obras posteriores como en *“L’innocente piacer”. La caccia e le sue rappresentazioni nelle Prealpi del Veneto* (1989). Esta obra continúa el análisis de las prácticas venatorias en los Alpes Italianos, concretamente en la zona de Bellunesi. Junto con la descripción de las técnicas y modalidades cinegéticas, realiza una interpretación partiendo de las fuentes literarias y de las fuentes orales recogidas durante el trabajo de campo, sobre los conceptos y la ideología que rodea la caza en una zona rural de montaña.

De esta última obra se desarrolla, de forma más extensa y ampliada, el prefacio de la misma en el artículo *Una persona no completamente como las demás. El animal y su estatuto*, publicado originariamente en 1991 por la revista *L’Homme*, 120, y traducido al castellano y publicado en *Gazeta de Antropología*, año 2000, nº 16. El objeto del texto es interpretar, mediante la comparación de distintos ejemplos etnográficos, el estatus que al animal se le otorga en la sociedad. Los conceptos ahondan en cómo la visión del animal se debate entre la bestialidad y la humanidad, no siendo estados inmutables y pudiendo variar según el contexto, poniendo en este caso el ejemplo del cazador que humaniza y bestializa a la presa según la secuencia temporal en la que se encuentre. La interpretación de aspectos simbólicos se une a la

posición que los cazadores adoptan en uno u otro sentido, moviéndose en un campo que abre una reflexión sobre la relación animal-hombre, tanto en la vida como en la muerte.

En 1989 publicó en la revista *Terrain* un interesante artículo titulado *L'invention du chasseur ecologiste: un exemple italien*. En él se parte de un caso particular y de la "invención" de las tradiciones, adecuadas al tiempo en el que se desarrollan, que afectan de forma clara a la concepción cinegética, tanto en la definición de la caza como a la condición de cazador. Es interesante el punto, por otra parte perfectamente exportable al caso español, de la autodefinición del cazador como "ecologista", como "el verdadero ecologista", que según Dalla Bernardina parte de una necesidad de justificación de la misma actividad en sí, en un contexto en el que pierde la autoridad de la "tradición" debido a los cuestionamientos que de ella se realizan. Este caso, que se abordará en un punto del trabajo, entra de lleno en la consideración y relación del hombre con el medio, en el sentido de percepción, aprovechamiento y reacción hacia el exterior, creando, en esa reacción, figuras antagónicas, en muchos casos "grupos ecologistas", sobre la que construir su identidad.

Una aportación sobre la que merece detenerse es el libro *Il ritorno a la Natura. L'utopia verde tra caccia ed ecologia* (1996). Dalla Bernardina se adentra en la concepción que sobre el medio natural se tiene desde la vertiente cinegética. Cabe señalar cómo la naturaleza se concibe desde las Ciencias Sociales como una construcción humana (*la natura, dal punto di vista delle scienze sociali, è un prodotto umano*) y a partir de este hecho hay que interpretar la relación que el cazador establece con ella. El cazador tiene presente que la naturaleza ya no es lo que era y que las relaciones que se establecen con ella tampoco son las mismas, la caza no es ahora una forma de subsistencia, ni tiene un fin propedéutico para la guerra, sino que su sentido, y las razones que llevan a su práctica, son otras. Hay, no obstante, un regreso a la naturaleza, lejos de la vida urbana, en la que el ser humano vuelve a ocupar su lugar, acompañado de su perro que se convierte en mediador ritual, humanizando su conducta, guiando al cazador y transformándose en *quasi bestia intelligente*. La naturaleza prístina que busca está no obstante mercantilizada y la vivencia "auténtica" se compagina en las reservas de caza, en los cotos privados, con la inversión realizada en la que *"ogni cliente può godere di una dose di natura proporzionale alla quantità del denaro investito"* (DALLA BERNARDINA, S. 1996: 145). Junto con la vivencia del cazador, analiza también la opinión ecologista, que si bien en gran medida es común a la del cazador, con la conservación de los espacios naturales y una vuelta a los espacios no manipulados por el hombre, no comparte el hecho de la muerte de la pieza. Una reflexión muy interesante en este sentido es la que realiza sobre las fotografías y documentales naturales, en los que se muestra la actividad predatoria de los grandes depredadores y que es aceptada, y consumida, por el público en general. Según Dalla Bernardina, en este hecho la consecuencia moral no

existe, debido a que la escena se da en el seno de la naturaleza, pero la visualización de estas escenas acercan en un plano simbólico al ecologista y al cazador, que se mueven en una atracción atávica hacia la predación. Esta provocativa postura iguala a ambos colectivos afirmando que lo único que hay entre el lector de publicaciones sobre fauna salvaje y el cazador es una cuestión de distancia. La vuelta a la infancia, no sólo a la propia sino a la de los instintos atávicos, es lo que para el autor supone la posición tanto del cazador como del ecologista con relación al medio ambiente. La provocación está presente en todo el libro mediante un análisis de los datos, que abre la reflexión sobre la actividad venatoria creando nexos de unión, por ejemplo, entre las razones que tanto ecologistas como cazadores tiene en su contacto con el medio, a esto se le une temas tratados en estudios anteriores como la animalidad-humanidad, la estética y el carácter erótico de la caza, o el mundo simbólico presente en la actividad cinegética.

Por último, hay que señalar su artículo *Homo Pragmaticus. Per un'etnografia venatoria alpina* (2002), en el que realiza una breve descripción de la caza en los Alpes italianos, con un recorrido histórico en el que intercala tanto tradiciones y creencias populares en torno a los animales de caza, como el caso del *camoscio*, que es asociado a la figura del demonio, y la relación con la concepción de la caza actual. Los animales de caza no son para los habitantes locales un bien prioritario sino que eran en otro tiempo un recurso en momentos de carestía. Este concepto, distinto al del cazador de ciudad, conlleva una diferencia en la construcción de la naturaleza de uno y otro, en la propia definición de caza, adaptándose al marco actual zonas en las que la práctica venatoria era una tradición local y en las que también, en tiempos donde la regulación legal era inexistente, los cazadores foráneos llegaban a ella en gran número. La descripción de técnicas, modalidades, costumbres, cazadores, así como el proceso de cambio, hacen que este breve artículo sea una aportación a tener en cuenta.

El artículo de Odile Vincent, *Chasse et rituale*, publicado en el número 8 de la revista *Terrain*, en 1987, se centra en los aspectos rituales cinegéticos¹³. A partir del caso de la caza del jabalí se estudian los momentos de interacción colectiva, sus significaciones y su relación con los ritmos rituales. La caza tiene un espacio y tiempo concreto, delimitado por una serie de marcajes que representan distintos estadios vivenciales para sus actores y donde se celebran actos liminales alejados de la cotidianeidad. El cazador “cambia de piel”, en sentido figurado y real, con su vestimenta de “cazador”, adopta un nuevo rol, tiene un status dentro del grupo y está sujeto a unas obligaciones implícitas. La masculinidad es la reinante y dentro de ella se establecen normas de sociabilidad y socialización. La comensalidad es un elemento clave, significando buena parte del carácter del grupo y siendo un elemento fundamental para la reproducción del mismo. La colectividad, frente a la

¹³ Hay que destacar también su tesis de tercer ciclo realizada en 1984 con el título *Chasse au renard et chasse au sanglier dans les Ardennes françaises*, en la Universidad de París X.

individualidad, es donde el cazador se forja como tal. Dentro de este período liminal hay una serie de ritmos y símbolos, como el castrado del jabalí, las prescripciones sobre el consumo de carne de caza, etc. Es en todo este ambiente en el que se construye la definición de cazador, de aquel cazador puro frente al cazador de domingo, del que siente la “fiebre” de la caza a aquel otro que racionaliza su actividad bajo el término de afición. Este artículo profundiza de forma sugerente en estos y otros temas estableciendo una relación entre caza y ritual pero sin perder de vista lo que podríamos denominar “secularización” del mismo y con ello las nuevas actitudes adoptadas por los cazadores.

Una aportación ineludible para el estudio de la caza en Europa son los textos de Bertrand Hell. En libros como *Le sang noir. Chasse et mythe du Sauvage en Europe* (1994) el antropólogo francés desarrolla, bajo una estrategia donde domina la importancia dada a los aspectos simbólicos, las razones que llevan al hombre actual a cazar, en un momento donde el aporte cárnico de esta actividad no es necesario. Esa necesidad, la “fiebre” de la caza, provoca una clasificación y una relación con los animales, que a la vez se amplía al medio que los alberga. El autor habla del “sistema de la sangre negra” como metáfora de salvajismo animal, que se convierte en fiebre en el caso del cazador, legitimando su actividad y explicando su carácter masculino:

“Los cazadores europeos suelen decir que la caza “se lleva en la sangre”. Al hacerlo, establecen una demarcación natural absoluta entre los cazadores y los no cazadores. Los cazadores no se convierten en tales por elección ni por azar, su destino está escrito en su “sangre negra”, que es la legitimación final de su estatus particular. El efecto de la circulación de ese específico fluido interno es un deseo irresistible de matar y derramar la sangre de animales cazables de los bosques, compulsión que los hombres comunes no sienten. La exclusión de las mujeres de la caza en los bosques-realidad social confirmada por los datos estadísticos de la caza- se justifica sobre esas mismas bases: se dice que las mujeres y la sangre negra son absolutamente incompatibles. En general, se considera que la ausencia de fiebre de cazar indica la exterioridad de los no cazadores respecto de ese dominio”. (HELL, B. 2001: 242)

Esta “sangre negra” obra como transmisión entre cazadores que, si se tiene suficiente fuerza, activarán el resorte cinegético del que la recibe. La metáfora de la sangre negra, de la “fiebre” de cazar, sirve también para determinar todo aquello que rodea a la caza, su espacio y tiempo, el grupo, la sociabilidad, los comportamientos sociales y las relaciones hombre-animal, que parte, según el autor, del pensamiento simbólico que sirve para determinar la práctica.

Entre chien et loups. Faits et dits de chasse dans la France de l'Est, es un magnífico ejemplo del tratamiento que Hell hace de la caza. No es únicamente el relato de un caso concreto, aunque tenga su acción perfectamente delimitada, ni una modalidad que se describe exhaustivamente, sino que su objetivo es más global. Un

trabajo de campo de cuatro años es el que proporciona los datos y permite la reflexión. La caza se considera un hecho social con unos significados que afectan a la actitud de los cazadores, sus representaciones simbólicas y su relación con los animales, pero también la influencia de la misma en la ordenación y estructuración del espacio rural, sus características legales, repercusiones económicas y elementos sociales. El camino seguido por el antropólogo parte de la evolución histórica de la caza en el marco regional estudiado, las peculiaridades legales y su influencia, la organización de las sociedades de cazadores y su componente social, distinguiendo entre el “cazador popular” y el “cazador burgués”, influyendo en la acción cinegética y en la elaboración de los discursos. Este primer paso lleva al armazón analítico de la obra de Hell: « la compréhension du status particulier du chasseur et du “Jagdfieber”, pivots de l’armature conceptuelle dans laquelle s’inscrivent toutes les pratiques, et en fin la conception caractéristique de la chasse-récolte, principe s’opposant fortement à la chasse-cuillette, prédation non ordonnée, nous paraissent les clés indispensables à toute compréhension de la véritable nature de l’acte de la chasse».

Se ha señalado la aportación de la metáfora de la sangre negra y la escala de la fiebre del cazador. En el libro la desarrolla más detenidamente, apoyándose en los comentarios de los informantes y analizando los datos obtenidos durante el trabajo de campo. En el punto dedicado a la montería y a sus aspectos rituales se retomará esta metáfora y la pertinencia o no en el caso hispano. Un interesante punto sobre el que repara Hell es la diferencia entre la caza como recolección y la caza como cosecha. En este análisis, enmarcado en su caso en la relación con la escala de la “fiebre”, abre la percepción del territorio y el uso del mismo según el interés que se tenga y la rentabilidad que se pretenda. De distintas formas vamos a tratar esta línea en el texto, convirtiéndose en uno de los pilares explicativos al entender que la relación integrada va a determinar muchos de los aspectos, conceptos y actitudes cinegéticas y de construcción social fuera del grupo. Los datos y el análisis realizado en una zona concreta francesa la considera el autor como válida para el análisis de una zona más amplia, como la Europa Noroccidental y Europa Central, sobre las que habría que trabajar para desentrañar sus particularidades¹⁴.

Una de las últimas aportaciones, en este breve repaso por la producción de temáticas dedicadas a la caza en el ámbito francés, es la memoria para la obtención del master en sociología de la Universidad Víctor Segalen, Burdeos III, realizada por Ludovic Ginelli en el año 2004, con el título *Des “chasses de plumes” aux “chasses de tous poils”*. Desde una perspectiva sociológica, aunque valorando los trabajos realizados por la antropología, centra su estudio en el Parque Nacional de los Pirineos,

¹⁴ Un interesante artículo sobre el libro de B. Hell es el de Alain Testart, *De la chasse en France, du sang, et de bien d’autres choses encare (A propos de Bertrand Hell, Entre chien et loup)*, publicado en la revista *L’Homme* en 1987, donde analiza distintos aspectos del texto y el hilo conductor de la “sangre negra” y la “fiebre” como elemento simbólico que sirve para la explicación del hecho social que es la caza, que serviría como marco para otras investigaciones.

concretamente en la población de Villelongue. El trabajo está basado principalmente en entrevistas realizadas a cazadores y no cazadores vinculados con la zona, de las que se extraen, entre otros, los datos que explican la situación de la caza en la actualidad, los cambios acaecidos en la zona, las definiciones y categorizaciones que se realizan entre los propios cazadores, las que realizan de ellos los no cazadores y las relaciones que se establecen entre ambos. Realiza previamente un estudio a nivel agrícola, los cambios que se han dado en ella en ese lugar de montaña, para posteriormente, en un interesante punto, hacer un breve recorrido por la situación de la caza en Francia, principalmente a partir de los años 60. Sus prácticas, los cambios que los actores observan en ella, la tradición familiar, el cazador popular que es sustituido por el cazador foráneo, refleja como las modificaciones al otro lado del Pirineo son muy similares a las españolas, con un proceso de comercialización que hace cambiar el propio concepto de caza y que provoca reacciones de defensa y adaptación. La relación con el territorio, la concepción del paisaje, las nuevas formas y relaciones entre cazadores, agricultores, no-cazadores... aportan, a través de este ejemplo, modelos que se ven repetidos en nuestro propio trabajo de campo.

En este apartado se ha reducido la nómina de autores y obras, incluyendo las consideradas como más significativas y que han sido más útiles en la confección del trabajo.

Al contrario que el caso francés, la atención que la antropología en España le ha dado a la caza ha sido menor. Como estudios específicos, y dentro de un prisma etnográfico, aparecen de forma destacada los textos de Celeste Jiménez de Madariaga y Joseba Zulaika. También hay que citar un artículo sobre un caso concreto de una sociedad de cazadores, publicado en 1993 y presentado al VI Congreso de Antropología de la FAAEE celebrado en Tenerife, firmado por Inmaculada Aladró, donde analiza la gestión de espacios comunales a través de una sociedad de cazadores en la provincia de León.

De forma transversal la caza aparecerá en algunos trabajos, atendiendo a su actividad dentro del contexto de estudio, principalmente el medio rural, aunque no otorgándole la primacía de la problemática, por lo que la información que ofrece es en unos casos puntual, adquiriendo en otros cierto interés debido a esa imbricación con otra temática. A lo largo de la tesis se utilizarán algunos de estos textos, en el capítulo dedicado a la bibliografía pueden rastrearse más detenidamente los títulos, centrándonos a continuación en los estudios que tienen como objeto central a la caza.

Monterías. Aproximación antropológica a la práctica de la Caza Mayor, apareció en el *Anuario Etnológico de Andalucía 1998-1999*. Este artículo es una primera toma de contacto con la modalidad de la montería. A partir de la experiencia etnográfica, el texto relata en qué consiste una montería, cómo se organiza, qué relación se establece entre los *monteros*, qué se entiende por “mancha”, qué son las rehalas, rehaleros, etc. La elección de la montería como tema se hace por la tradición que tiene en Andalucía

y por sus significados, o como señala la autora: “la conjunción de rasgos, acciones, secuencias, personajes, instrumentos, escenarios y discursos nos refleja el carácter integrador de este fenómeno, la articulación de dimensiones económicas, sociales, políticas, simbólicas... y el interés de profundizar en este tipo de prácticas que, desde la tradición, se revisten de actualidad bajo un redefinido concepto de gestión y aprovechamiento de recursos cinegéticos” (JIMÉNEZ DE MADARIAGA, C. 2000: 165)

En la primera parte del texto se hace referencia a distintas “dimensiones” de la caza: la explotación económica, la relación con los ecosistemas, la comercialización de la carne, la actividad deportiva, las relaciones sociales y asociativas, y sus implicaciones jurídicas. Tal y como reconoce la propia antropóloga, el carácter escueto de la descripción y de los apuntes teóricos, le da un carácter aproximativo y se convierte en un primer paso a seguir en trabajos posteriores. Sus carencias se deben a esto y su virtud el de abrir un análisis hasta cierto punto inédito.

Siguiendo la línea marcada en este artículo, en el marco del VIII Congreso de Antropología de la FAAEE (1999), publicó la comunicación *Aprovechamiento y gestión de recursos cinegéticos*. Aquí introduce de forma más detallada el tema de la gestión y organización cinegética, las disposiciones legales, las implicaciones de sociabilidad y asociacionismo, así como lo que denomina “cultura corporativa” y “cultura organizativa”. Dentro de ellas se atiende a las distintas formas de organizar monterías y quién las organiza. Muy acertadamente, señala que el “proceso de globalización de las economías de mercado ha influido, igualmente, en los aprovechamientos tradicionales de recursos cinegéticos y en las formas de aplicar su gestión” (JIMÉNEZ DE MADARIAGA, C. 1999: 74), y que el cazador ha pasado a ser “un montero-consumidor con una actuación contractual”.

Este tema se desarrollará con detenimiento en el capítulo dedicado a los impactos económicos de la caza, aunque aparece de forma constante a lo largo del trabajo. En esa organización de las monterías y en el objetivo económico que las mueve aparecen tres modelos: uno netamente societario, peñas y sociedades de cazadores, y otra de corte comercial, empresas cinegéticas:

“Las empresas cinegéticas actúan bajo la perspectiva del cazador como consumidor de manera que, cuando les es posible, trazan la fragmentación de sus productos para ofrecer servicios concretos a consumidores con necesidades específicas: monterías y caza mayor, caza menor, caza a gran escala en otros países, etc. Se trata de facilitar el acceso de los cazadores al producto incitando, en ocasiones, mediante la influencia de la publicidad. La relación entre el montero-consumidor y los organizadores-empresas es contractual, de tal forma que si las prestaciones y servicios no satisfacen al montero, éste podrá reclamar y negar su confianza en la organizadora al contratar nuevas monterías. Las empresas adaptan su producto, por tanto, a las expectativas de los cazadores que, además de buenos trofeos, pretenden gozar de una jornada de caza con

todas las implicaciones culturales que esta conlleva. Por ello, las empresas recrean la tradición". (JIMÉNEZ DE MADARIAGA, C. 1999: 76)

Nuevamente, la extensión del texto impide profundizar en campos trazados, pero, no obstante, ofrece una idea general de la realidad cinegética actual.

En 2005 apareció *Ritos y mitos en torno a la caza*, capítulo del libro *Los animales. Del mito al rito*. En esta ocasión, siguiendo con el análisis de la montería, Jiménez de Madariaga se centra en los aspectos rituales cinegéticos, en un recorrido histórico desde el origen de la caza y el origen del hombre, pasando por distintos mitos de la antigüedad clásica, la Edad Media y Moderna, hasta la actualidad. Este recorrido llega hasta la montería y sus aspectos rituales, concretamente el rito de la noviez¹⁵. De éste se hablará con más detalle en el apartado dedicado a las modalidades de caza. El texto imbrica aspectos tratados en los artículos anteriores, como la situación comercial de la caza, la relación cazador-medio ambiente, o la misma descripción de la modalidad, con el análisis del rito, entendiéndolo como un todo y con distintos vectores explicativos de un fenómeno social más amplio. La "noviez" ha sido relatada en distintas obras, en relatos y fuentes, pero faltaba una aproximación más antropológica. Esto es lo que realiza Jiménez de Madariaga, siguiendo los esquemas clásicos propuestos entre otros por Van Gennep o Victor Turner.

Joseba Zulaika, en *Caza, Símbolo y Eros* (1992) realiza un magnífico trabajo sobre la caza y los cazadores. Este libro interpreta la actividad venatoria de forma distinta de como lo hace Jiménez de Madariaga. Partiendo de un trabajo de campo realizado entre una cuadrilla de cazadores vascos durante cuatro otoños en batidas de jabalíes, analiza la caza no ya desde los aspectos que podríamos considerar como más sociales, sino desde una vertiente más "intimista", proponiendo una "erótica de la caza que reflexione sobre la relación especial de amor y muerte que tiene el cazador con su objeto" (ZULAIKA, J. 1992: 16). Si bien en ocasiones parece que el autor llega en su interpretación más allá del concepto que el cazador tiene de lo que hace, sus sugerencias incitan a reflexionar sobre temas clásicos de la antropología como el tiempo, el espacio, el ritual, el simbolismo, etc. Los cazadores están presentes durante todo el libro, al igual que el jabalí y los perros, la emoción y los sentimientos de personas que manifiestan en su actividad un complejo universo. Una de las virtudes del libro es la de conjugar el ensayo emotivo, "este trabajo me ha servido de excusa para conocer y también negar aspectos íntimos de mi herencia cultural (ZULAIKA, J. 1992: 16), y la rigurosidad en el análisis y en la interpretación, que parte de un

¹⁵ "Los ritos de iniciación a la caza se han dado en muchas culturas, ya que la superación por primera vez de una práctica tan difícil y arriesgada demuestra la madurez del joven cazador y supone una entrada en el colectivo de los adultos. En nuestra sociedad, la iniciación a la caza mayor también se ha reutilizado. En las cacerías españolas, se suele "hacer novio" a aquel que mata por primera vez, una antigua tradición que se mantiene hoy día" (JIMÉNEZ DE MADARIAGA, C. 2005: 113).

prolongado trabajo de campo. A lo largo del texto se retoma la obra de Zulaika y las aportaciones que realiza, con una sugerencia destacada, que no ha tenido continuidad en otros trabajos del antropólogo vasco, pero que dejó un texto fundamental en materia cinegética, que conjuga ese interés por una tradición personal y colectiva de su origen euskera, y que sirve a su vez en el análisis de otros contextos culturales y geográficos.

Un ensayo que no puede considerarse como etnográfico, pero que es utilizado durante el trabajo en varias ocasiones, es el libro *Socioecología de la caza* (1982) de Ramón Grande del Brío. En él se realizan interesantes reflexiones sobre el carácter humano de la caza y lo que ésta implica para el cazador, a nivel individual y colectivo, así como su relación con el contexto ecológico. Parte de la tesis que la caza actual, el “cazador moderno”, es un agente distorsionador del medio, en el sentido que lo modifica y altera para una mercantilización intencionada, sin integrarse como predador, que sería el caso del “cazador primitivo”, sino como destructor del ecosistema. Su postura crítica desde el primer momento adquiere una defensa ecológica del medio frente a la injerencia humana. Se podría decir que el cazador no es más que el símbolo de la sociedad tecnificada y depredadora, que utiliza, modifica y destruye el medio según el interés que disponga en ese momento¹⁶.

La brevedad de las referencias anteriores pretenden no saturar con un análisis más amplio debido a que en los capítulos siguientes irán apareciendo referencias a estos textos, que contextualizarán sus aportaciones dentro de la narración. Evidentemente, el marco teórico de la caza quedaría inacabado sino se atiende al hecho fundamental de la relación del hombre con el medio.

¹⁶ Las primeras líneas del libro explicita esta idea y el posicionamiento que va a seguir el autor: “El autor no pretende erigirse en detractor de la caza practicada por el hombre civilizado. Con ello tampoco quiere decir que justifique dicha actividad. En realidad, lo que expone el presente libro pudiera considerarse como un ensayo de exégesis del fenómeno de la caza. Sin hipocresías ni paralogsismos, el hombre civilizado debe enfrentarse en postura crítica ante su propia obra. Su primitiva condición de animal pensante y cazador no ha variado sustancialmente, pero es notorio que en el caso del hombre civilizado esto se manifiesta bajo el signo del ocio. Desprovisto de sus motivaciones originales, carente de la función específicamente depredadora, la práctica venatoria ha derivado hacia el puro deporte, conservando, no obstante, su carga inercial de competitividad, de reencuentro- no fusión- con la Naturaleza” (GRANDE DEL BRÍO, R. 1982: 13).

2. Relaciones humano-ambientales y antropología. La construcción cultural del medio ambiente: naturaleza y cultura

Dentro de la antropología se ha contemplado la relación entre naturaleza y sociedad, naturaleza y cultura, como uno de los elementos básicos que de alguna forma condicionan el desarrollo de las comunidades humanas sobre el territorio. El análisis partía en la mayoría de casos de una dicotomía que no integraba teóricamente los dos conceptos, sino que los relacionaba teniendo en cuenta una estructura jerarquizada, basada en la tradición de pensamiento científico occidental, en la que la cultura aparecía como elemento superior y dominador del sustrato natural. Esta postura partía de un sesgo etnocéntrico, pero también reflejaba las relaciones humano-ambientales del lugar de origen de la disciplina. Se estudiaban comunidades lejanas, o se hacían investigaciones en la propia sociedad de origen, pero se aplicaban para su interpretación un modelo diferenciado que no integraba al ser humano como una parte más de la naturaleza, sino que reproducía lo que a nivel político, económico y social ocurría en su contexto. Esta situación sigue presente actualmente tanto en lo que se refiere a la teoría antropológica como en la práctica económico-social occidental. No obstante, en las últimas décadas se ha replanteado esa relación naturaleza-sociedad a través de los datos proporcionados por los trabajos etnográficos, proponiendo nuevos paradigmas donde se imbrique al ser humano como un elemento del medio natural y a partir de ahí comprender las actitudes que desarrolla en él y su confianza ilimitada en el progreso. A lo largo de este trabajo se van a ir desgranando parte de estas teorías, contextualizadas en el objeto de estudio, en el caso de la actividad cinegética y en el disfrute económico y social de un espacio natural.

Sin ánimo de exhaustividad, a continuación se plantea un breve recorrido por las teorías que se han trabajado dentro de la antropología ecológica. Este camino sirve para entender las propuestas actuales sobre relaciones humano-ambientales y la consideración de la “naturaleza” como una construcción cultural de la realidad, tema sobre el que se incidirá en capítulos posteriores¹⁷.

Pero antes de describir estas corrientes cabría preguntarse, como ejercicio reflexivo, por qué dedicar una investigación a un tema relacionado con aspectos ecológicos y de uso del espacio natural. Los estudios científicos son reflejo de la sociedad en la que aparecen y tienen sentido en su seno. No es extraño que ante una crisis ecológica como la que afecta a nivel planetario, la antropología preste su atención a ella, a partir de ejemplos locales y reflexiones globales, aumentando su interés académico en los últimos años. Para el caso español, en el contexto del

¹⁷ El breve recorrido teórico se basa en el artículo de Kay Milton, “Ecologías: antropología, cultura y entorno”, Juan Oliver Sánchez Fernández, “Ecología y cultura”, y Leticia Durand “La relación ambiente-cultura en antropología: recuento y perspectivas”; así como en el libro de Pedro Tomé Martín, “Antropología ecológica. Influencias, aportaciones e insuficiencias”.

congreso de antropología de la FAAEE celebrado en 1993 en Tenerife, en el simposium dedicado a los procesos de apropiación y gestión de recursos comunales, su coordinador, José Pascual Fernández, incidía en la necesidad de la actuación y en el riesgo ecológico del planeta. Han pasado más de diez años y la antropología como disciplina sigue reproduciendo la reflexión sobre estos temas, reflejo no de una mejora de la situación ecológica a nivel planetario, al contrario, sino como evidencia de una situación cada vez más crítica¹⁸.

La antropología ecológica, desde una perspectiva determinista, surgió bajo la premisa que la sociedad y la cultura podía explicarse en base al entorno que lo albergaba, considerando por tanto que los factores medioambientales eran determinantes para las manifestaciones socioculturales. Esta postura surgía del éxito de la teoría de Darwin, si la evolución biológica se debía a la adaptación a las condiciones ecológicas lo mismo podría aplicarse para la complejidad cultural.

Clifford Geertz catalogó a este tipo de posturas como “antropogeografía”. Ellsworth Huntington fue el exponente más destacado de esta corriente. El objetivo era conocer de qué forma la cultura era moldeada por las condiciones ambientales, partiendo de la base que las diferencias culturales lo eran con relación al ambiente, y por tanto la diversidad cultural era producto de este condicionante. Según fueron apareciendo trabajos etnográficos, las bases del determinismo ambiental mostraron sus lagunas, ya que la complejidad de los datos obtenidos no se amoldaba al rígido esquema propuesto. Surge el “posibilismo” como etiqueta que reduce la importancia de la adaptación ecológica, que no incide de forma tan determinante como se había defendido hasta ese momento.

Frank Boas y sus seguidores realizaron una importante crítica al evolucionismo, considerando que descontextualizaba los rasgos y variables culturales, haciendo que éstas perdieran su significado real a favor de la teoría. La importancia de los acontecimientos históricos para la conformación de las peculiaridades culturales cobraban importancia mientras que el determinismo geográfico no servía *per se* para explicar las diferencias entre sociedades. Boas no fue antievolucionista, defendía la existencia de regularidades en los procesos históricos, pero se aleja de un determinismo radical y plantea serias dudas al mismo¹⁹.

¹⁸ “Quizás uno de los mayores desafíos que se enfrenta la especie humana sea la remodelación de la economía para hacerla compatible con la supervivencia del planeta (Aguilera, e.v.). No debemos olvidar que la gestión de algunos recursos (aire, agua, océanos, etc.) puede tener una dimensión que escapa al ámbito de las naciones, pues las consecuencias de ciertos usos llegan a tener una escala continental o mundial (p.e., desecho de contaminantes, etc.). Por ello, la gestión común llega a ser imprescindible para la subsistencia de la especie sobre el planeta. Acado algunas de las soluciones que han desarrollado las “comunidades” para la gestión de sus recursos puedan ser útiles para desenmarañar el caos de la gestión medioambiental a escala mundial” (PASCUAL FERNÁNDEZ, J. 1993: 9)

¹⁹ “Si sostuviéramos que el medio geográfico es la única determinante que obra sobre una mentalidad supuestamente idéntica en todas las razas de la humanidad, deberíamos llegar a la conclusión de que el mismo medio producirá los mismos resultados culturales en todas partes.

Como alumno de Boas, Alfred Kroeber entra de lleno en la dicotomía naturaleza-cultura, defendiendo que un fenómeno cultural no puede ser explicado a partir de la expresión biológica, es decir, no puede ser explicada a través de causas externas sino que hay que buscar en ella misma, en la cultura, su explicación, en el caso de una visión primaria, a la que luego habría que considerar fenómenos no culturales, como los condicionantes ambientales, para su comprensión. Esta es la evolución que se desarrolla entre el texto de 1917 *The superorganic*, hasta el de 1939 *Cultural and natural areas of native North America*.

Antropogeografía y posibilismo se consideran bases de un mismo patrón, el determinismo ambiental, pero con dos posicionamientos distintos. El primero considerando que es el ambiente el determinante de los rasgos culturales, y el segundo en sentido opuesto, es decir, que son los rasgos culturales los que se explican a sí mismos y que el ambiente tiene una influencia destacada pero no completamente determinante.

Un nuevo intento de explicar la diversidad cultural humana y su relación con el medio ambiente surgió a mediados del s. XX con la conocida como “ecología

Sin embargo no es así, pues a menudo las formas de culturas de pueblos que viven en el mismo tipo de ambiente muestran marcadas diferencias. No necesito ilustrar esto comparando al poblador americano con el indio norteamericano, o las sucesivas razas de pueblos que vivieron en Inglaterra y evolucionaron desde la Edad de Piedra hasta el inglés moderno. (...)

El ambiente siempre opera sobre una cultura preexistente, no sobre un grupo hipotético sin cultura. Por lo tanto es sólo importante en cuanto limita o favorece las actividades. Hasta puede demostrarse que antiguas costumbres, que pueden haber armonizado con cierto tipo de ambiente, tienden a sobrevivir en condiciones nuevas, donde representan más bien un obstáculo que una ventaja para un pueblo. Un ejemplo de este tipo, tomado de nuestra propia civilización, es nuestra incapacidad de utilizar tipos de alimentos para nosotros desconocidos que suelen hallarse en países recién colonizados. Otro ejemplo lo ofrece el chukchee criador de renos, que transporta en su vida de nómada una tienda de complicadísima estructura, del tipo de la antigua casa permanente de los pobladores costeros, y ofrece el más vivo contraste con la simplicidad y liviano pesa de la tienda del esquimal. Aún entre los esquimales, que han logrado adaptarse tan maravillosamente bien a su medio geográfico, costumbres como el tabú respecto al uso promiscuo del caribú y la foca, impiden el total aprovechamiento de las oportunidades que el país ofrece.

Así parecería que el ambiente tiene un efecto importante sobre las costumbres y creencias del hombre, pero sólo en cuanto ayuda a determinar las formas especiales de las costumbres y creencias. Empero éstas se basan primordialmente en condiciones culturales, que en sí mismas se deben a otras causas.

En este punto, los estudiantes de antropogeografía que intentan explicar todo el desarrollo cultural sobre la base de condiciones ambientales geográficas suelen proclamar que estas mismas causas se fundan en condiciones más antiguas cuyo origen se debe a la presión del ambiente. Esta teoría es inadmisibile, porque la investigación de cada característica cultura demuestra que la influencia del ambiente produce cierto grado de adaptación entre éste y la vida social, pero que no es posible una explicación completa de las condiciones prevalecientes, basada tan sólo en la acción del ambiente. Debemos recordar que, por grande que sea la influencia que atribuimos al ambiente, ésta se hace activa sólo cuando se ejerce sobre la mentalidad; de modo que las características de la mente deben intervenir en las formas resultantes de la actividad social. Se concibe tan poco que la vida mental pueda explicar satisfactoriamente sólo por el medio, como que el medio pueda explicarse por la influencia del hombre sobre la naturaleza, que, como todos sabemos, provocó cambios en los cursos de las aguas, destruyó bosques y modificó la fauna. En otras palabras, parece por completo arbitrario olvidar la parte que desempeñan los elementos psíquicos o sociales en la determinación de las formas de actividades y creencias que se presentan con gran frecuencia en todo el mundo” (BOAS, F. 1990: 187-188).

cultural”. James Steward acuñó el término y su objetivo era realizar un análisis más detallado del que había realizado tanto el posibilismo como la antropogeografía. Su aportación ha sido importante para el desarrollo de la antropología ecológica. Parte de la base que los rasgos culturales se adaptan al entorno local, existiendo un conjunto de rasgos dentro de una misma cultura, que estarán más o menos influidos por los factores medioambientales. Diferencia en este sentido el “núcleo cultural”, “constelación de rasgos o instituciones sociales, políticas y religiosas estrechamente relacionadas con actividades de subsistencia y económicas” (OLIVER SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, J. 1996: 52), o en palabras del propio Steward, “la constelación de características que están más relacionadas con las actividades de subsistencia y las disposiciones económicas” (STEWART, J. 1975: 339).

La postura de la ecología cultural se oponía a la posición de la ecología biológica, al conceder al entorno un papel activo y no pasivo, rechazando las uniformidades culturales en áreas de uniformidades espaciales, y también “difiere de la ecología humana o social a medida en que no busca principios generales aplicables a cualquier situación cultural o ambiental sino que intenta explicar el origen de los modelos culturales que caracterizan áreas diferentes” (TOMÉ MARTÍN, P. 1996: 117).

Entre la crítica que se realizó a la teoría de Steward fue la vaguedad de la definición de núcleo cultural y la poca importancia que le daba a la cultura como unidad analítica primaria. Otro de los cuestionamientos es la línea que marca la división entre el núcleo cultural y los rasgos secundarios. Rasgos culturales quedaban a merced de considerarlos como influidos por el entorno y pertenecientes al núcleo cultural, o fuera de él como rasgos secundarios. La interrelación entre los dos tipos de rasgos supone una indefinición del lugar que ocupa cada uno. E. Service cuestionó el modelo de Steward a consecuencia de su teoría de bandas, y la producción de energía y recursos a partir del medio. A partir de aquí Sahlins elabora una posición evolutiva-ecológica, conciliando en cierta forma las ideas de Steward y de L. White, elaborando una evolución cultural en la que se incluya una evolución específica, en contextos determinados, y una evolución general fijada en etapas:

“En última instancia, según Sahlins la diferencia fundamental entre evolución específica y general estriba en que la primera es sólo una secuencia histórica y relacionada de formas mientras que la evolución general sería, sin embargo, una secuencia de etapas ejemplificada por las formas concretas adaptadas en un orden dado de desarrollo. Por tanto, en una evolución de carácter universal cualquier representante de una etapa dada elegido al azar es tan bueno como cualquiera otro para el análisis de los procesos evolutivos. Es decir, la unidad taxonómica de la evolución general es siempre un sistema cultural propio” (TOMÉ MARTÍN, P. 1996: 121)

Un intento de superar las dificultades de la ecología cultural, pero partiendo de la idea de adaptación fue el “materialismo cultural” de Marvin Harris. Intenta demostrar la existencia de una racionalidad adaptativa materialista de todos los rasgos culturales, tanto a nivel infraestructural como superestructural. Partiendo de unas bases marxistas, el materialismo cultural pretende abandonar el método dialéctico para explicar la realidad, haciendo hincapié en un determinismo infraestructural, aunque se le deja un margen de acción a la superestructura aunque la prioridad se le da a la primera²⁰. Kay Milton señala que “el objetivo explícito de Harris no era demostrar que ciertas condiciones ambientales causan directamente la evolución de rasgos culturales específicos sino que, dentro de las condiciones materiales impuestas por el entorno, todos los rasgos culturales tienen un sentido ecológico”. El papel que se le otorga al ambiente hace que su posicionamiento se acerque al determinismo. El materialismo cultural ha sido puesto en duda por su excesivo determinismo, por las deficiencias en las interpretaciones que hace de antropólogos, filósofos o incluso datos históricos, y por forzar los hechos con el fin de encajarlos en sus postulados teóricos. No obstante, la obra de Harris es tal vez la más difundida a nivel antropológico y de ahí su influencia²¹.

A partir de la década de los 60 y 70 los enfoques deterministas van perdiendo fuerza, sobre todo por los numerosos datos procedentes de etnografías que ponían en duda estos esquemas teóricos. No todos los rasgos culturales parecían tener un carácter adaptativo, por lo que tanto la ecología cultural como el materialismo cultural mostraban deficiencias teóricas. Las explicaciones causales que hasta ese momento estaban en boga (funcionalismo, estructuralismo, corrientes marxistas, etc.) fueron cediendo paso a otras que buscaban analizar los procesos de toma de decisiones y las formas de actuación sociales.

Dentro de la antropología ecológica cabe señalar la importancia que tuvo la introducción del concepto “ecosistema”²². La importancia de Roy A. Rappaport en el

²⁰ “Esto es, si lo expresamos en una terminología más tradicional, el materialismo cultural se dedica a investigar lo infraestructural, lo estructural y lo superestructural desde el punto de vista de las conductas. El recurso a la infraestructura, como nivel más elevado de determinación, garantiza la posibilidad de incorporar regularidades sujetas a las leyes de la naturaleza. o dicho, una vez más, en terminología tradicional, la infraestructura supone el nexo de unión entre naturaleza y cultura” (TOMÉ MARTÍN, P. 1996: 281).

²¹ En “Antropología ecológica. Influencias, aportaciones e insuficiencias”, de P. Tomé Martín hay un interesante capítulo dedicado al materialismo cultural y sus críticas.

²² “Todos los grupos humanos viven insertos en un determinado ecosistema. En aras del rigor conviene precisar que un ecosistema es un sistema funcional de relaciones entre seres vivos que ocupa un espacio determinado y que se traduce en una corriente energética en continua circulación. Dicha corriente energética conduce a la creación y mantenimiento de distintas estructuras tróficas. Un sistema de las características del citado es siempre dinámico y, por tanto, incompatible con la estabilidad absoluta. La existencia de una energía en continua circulación y vinculada a un conjunto de cadenas tróficas es el motivo. En el caso de los ecosistemas con presencia humana es aún más notorio: en la medida en que se establecen interrelaciones entre los hombres y el resto de los seres vivos el espacio deja de ser natural para convertirse en una naturaleza culturalmente mediada. Siempre que un grupo humano esté

desarrollo de este tipo de corriente es fundamental. Considera como ecosistema al conjunto de seres vivos y no vivos que tienen relaciones de intercambio entre sí en un ambiente concreto. Hay en esta definición una postura que considera que el sistema de intercambios no toma una dirección unilineal sino que tanto el ser humano ejerce un impacto sobre el entorno y a su vez lo recibe y es afectado por él. Esta postura implica un cambio en el análisis que se había realizado hasta ese momento, no sólo había que centrarse en culturas y sociedades humanas sino que había que incluir en el análisis esa relación con el medio que lo alberga en dirección tanto de influencia humana como influencia del medio, tomándolo como un conjunto perteneciente a un “sistema ecológico”²³. Rappaport advirtió que la cultura no tiene una autonomía funcional del medio, a pesar de sus peculiaridades. Esta corriente se ha conocido como funcionalismo ecológico, y analiza cómo funciona o qué papel cumple la conducta cultural en interacción con los fenómenos ambientales (SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, J. 1996: 53). De este funcionalismo-ecológico surgió la ecología de

presente en un contexto natural este deja de serlo para convertirse en un espacio cultural” (TOMÉ MARTÍ, P. 1996: 94)

²³ “Además, hemos considerado el territorio tsembaga como un ecosistema, un trozo delimitado de la biosfera que incluye organismos vivos y sustancias no vivas cuya interacción genera un intercambio sistémico de materiales entre los componentes animados, y entre éstos y las sustancias inanimadas. Esta delimitación estuvo guiada por metas analíticas concretas, pero no fue totalmente arbitraria. Los ecosistemas se definen en función de un intercambio trófico, y sólo los tsembaga, entre los seres humanos, se hallan directamente implicados en intercambios tróficos con las entidades no humanas con las que comparten el territorio. Por el contrario, los tsembaga no se hallan directamente implicados en intercambios tróficos con entidades no humanas en los territorios de otras poblaciones locales. Esta delimitación del ecosistema no es indebidamente antropocéntrica, pues el ciclo de materias resultante de los intercambios tróficos está muy localizado, en general, en las pluvisilvas tropicales.

Aunque es posible, aplicando criterios tomados de la ecología animal, considerar el territorio del grupo local como un ecosistema no debemos olvidar que el entorno de todo grupo local humano puede incluir algo más que esas entidades de sus inmediaciones gracias a las cuales subsiste y que subsisten gracias a él. Otros componentes del mundo exterior afectan a su supervivencia y bienestar de otras maneras. Los grupos humanos vecinos son menos significativos para la supervivencia de los tsembaga que el bosque secundario en el que disponen sus huertos, pero quizá más significativos que el bosque primario en el que capturan marsupiales. Así como participan en una serie de intercambios tróficos con los miembros de otras especies con las que comparten el territorio, así también intercambian materiales genéticos, personal y bienes con miembros de otras poblaciones locales que ocupan otros territorios. Además, es en este campo más amplio en el que se redistribuye la tierra por medio de la guerra. Creo que estas relaciones supralocales difícilmente pueden ser ignoradas en el análisis ecológico, y les he concedido tanta atención en el presente trabajo como a las relaciones tróficas más relacionadas.

De todas maneras, el concepto de ecosistema, que proporciona un marco o modelo apropiado para el análisis de los intercambios tróficos entre poblaciones ecológicamente diferentes que ocupan un mismo lugar, sólo puede aplicarse si se introducen de forma analógica intercambios materiales no tróficos entre poblaciones ecológicamente semejantes que ocupan lugares separados. Sugiero que, en vez de ampliar el concepto de ecosistema (sistema de intercambios tróficos localizados) para que incluya intercambios (por lo regular no tróficos) entre distintas poblaciones locales de seres humanos que explotan áreas separadas, reconozcamos que es probable que poblaciones locales de seres humanos (y otras muchas especies) participen también en sistemas regionales. Tales sistemas, como ya he indicado, incluirán, entre sus componentes más importantes las diversas poblaciones locales humanas que ocupan áreas distintas en regiones comunes. Tales agregados de poblaciones locales pueden ser denominados “poblaciones regionales” (RAPPAPORT, R. 1987: 244-245).

sistemas y la ecología de poblaciones, centrada la primera en el ecosistema como unidad de análisis y la segunda en el comportamiento de la población.

La conocida como “etnoecología” se desarrolló a partir de la década de los 70, aunque el término lo empleó por primera vez Harold Conklon en 1954. Parte del interés por la percepción y el modo de interpretación que los actores sociales tienen de su entorno y de la toma de decisiones que esto conlleva. La diferencia entre ecología y etnoecología se planteó en un principio como “la ecología es una disciplina científica cuyas premisas y descubrimientos son asumidos por la mayoría como de aplicación universal, la etnoecología es el conocimiento ambiental que pertenece a tradiciones culturales concretas y sólo es válido en el contexto de dichas tradiciones” (MILTON, K. 2004). Los distintos modelos, percepciones de aprehensión de la realidad, unido al desarrollo del relativismo, hizo desarrollar el concepto de que el medio natural entra dentro de la construcción social de la realidad, y que las tradiciones locales no occidentales son tan válidas como las occidentales, por lo que la “ecología”, como ciencia occidental, puede considerarse como una “etnoecología”. La cultura es la que modela el ambiente, como construcción del mismo, llegando a posicionarse cerca del determinismo cultural. La producción de campo se ha basado en un conjunto más o menos considerable de monografías donde se atiende a los sistemas clasificatorios ambientales de las comunidades estudiadas, dejando a un lado, según autores como R. Ellen o Toledo, la relación entre el conjunto global de la cultura y la disección de una parte determinada de ella, sin imbricar la interacción entre ambos y entre los aspectos globales que la condicionan.

La evidencia de los problemas ambientales dio impulso a esta corriente, que se interesó por las construcciones y las relaciones con el medio ambiente de comunidades que vivían de forma armónica con él, en oposición a lo que ocurría en el mundo occidental. De aquí parte una de las críticas que se le han realizado, se idealiza a las comunidades indígenas, exóticas, alejadas de la civilización y su relación con su entorno, poniendo el contraste con la modernidad, no advirtiendo, según sus críticos, que la globalización afecta al medio ambiente y a las relaciones entre comunidades que se creen aisladas con la realidad capitalista mundial. Es decir, no se tiene en cuenta esta eventualidad y se corre el peligro del idealismo como forma de salvación, en una realidad que a nivel de relación humano-ambiental se ve cada vez más oscura.

En este breve y básico recorrido, que deja en el aire muchas cuestiones que pueden ampliarse a partir de las referencias bibliográficas, se llega a las posiciones que a partir de mediados de los ochenta y la década de los noventa hasta la actualidad, influyen en el campo teórico de la relación entre naturaleza y sociedad. Hasta este momento la antropología y su estudio más específico del medio ambiente ha oscilado entre el determinismo ambiental, propio de la antropogeografía, el posibilismo y la ecología cultural, el determinismo cultural, representado por la etnoecología, en la que es la cultura la que construye el ambiente, y la relación entre

cultura y medio natural como influencia mutua, que sería un campo que genéricamente entraría en el terreno de la antropología ecológica.

Los últimos años reaccionan ante el relativismo cultural excesivo llevado a cabo desde los años 70 y a los modelos dicotómicos modernistas, entre los que hay que incluir la división naturaleza-cultura. Los excesos del relativismo cultural y las corrientes postmodernistas, han llevado a la idea de que las culturas sólo pueden comprenderse desde dentro, sin sesgos etnocéntricos, ofreciendo una explicación coherente de su realidad, sin extraer rasgos o normas válidas de explicación general, ya que es la particularidad la única explicación, siendo por tanto el método comparativo una falacia y una herramienta inservible. Esta postura, según muchos investigadores, implica la desaparición, tal y como se ha entendido hasta ahora, de la antropología. Se critica y se considera la necesidad de un relativismo moderado que sirva para el desarrollo de la disciplina y la necesidad de la comparación para interpretar la realidad de los fenómenos socioculturales. Para los estudios sobre naturaleza, sociedad y cultura, autores como Philippe Descola, Gísli Pálsson o Tim Ingold, por citar algunos, contemplan la necesidad de reformular los contenidos del relativismo y la vuelta a un trabajo comparativo que permita establecer unas pautas comunes entre los procesos documentados en distintos trabajos de campo. El relativismo cultural moderado sigue teniendo actualmente una fuerte aceptación, así como que las culturas se deben entender dentro de sí mismas y a través de un trabajo de campo intensivo en su seno. Por otro lado, como veremos más adelante en otros capítulos, naturaleza y cultura dejan de verse como conceptos independientes y se pasa a entenderlos como un sistema integrado. Ejemplos etnográficos demuestran que en distintas comunidades de cazadores-recolectores no existe el concepto de naturaleza, debido a que la vida está integrada en un conjunto global sin esas categorizaciones. Ingold, Dwyer y Howell dan muestra de esto en sus investigaciones, al constatar que no existe una dicotomía naturaleza-cultura como tradicionalmente se ha analizado en el caso occidental. Volviendo a Kay Milton, la antropóloga irlandesa se refiere a la difícil línea que separa el análisis entre naturaleza y cultura con relación al relativismo cultural y a la necesidad de la comparación: “El debate entre naturaleza y cultura muestra que por más que los antropólogos intenten ‘ser sensibles’ a los relativismos culturales para comprender las culturas desde su propio punto de vista, su propia disciplina marca un límite a esta pretensión. La comparación intercultural requiere que interpretemos las culturas desde el punto de vista de las ideas importadas desde fuera de esas culturas, y sin comparación no había generalización posible ya que encallaríamos de nuevo en la imagen irreal y estéril de las culturas consideradas como entidades autosuficientes y separadas”.

Este repaso por la teoría relacionada con la dicotomía naturaleza y cultura, lleva a la situación actual de la discusión, que partiendo de esta tradición y del momento post-postmodernista antropológico, y la actual realidad ambiental del

planeta, se plantea la situación del debate y el punto teórico a adoptar en los nuevos trabajos. La base, irresoluble hasta el momento, es la de discernir si existe una división entre naturaleza y cultura, o hay que tomar el binomio como algo completamente integrado. Tres son los autores destacados que se van a seguir, tanto por la relevancia de su obra como por servir en distintos análisis que se harán a lo largo de la tesis, son Philippe Descola, Gisli Pálsson y Tim Ingold.

P. Descola, director del Laboratoire d'Anthropologie Sociale de París, es uno de los antropólogos actuales más interesantes en el análisis de la relación naturaleza-cultura. Entre sus obras destacan las procedentes de su investigación de campo, *La nature domestique. Symbolisme et praxis dans l'écologie des Achuar* (1986), y *Las lanzas del crepúsculo. Relatos jíbaros Alta Amazonia* (1993). De corte más analítico hay que destacar la coordinación del influyente volumen *Naturaleza y Sociedad. Perspectivas antropológicas* (1996), y *Antropología de la Naturaleza* (2003) y *Par-delà de la nature* (2005). Descola critica el dualismo naturaleza-cultura que tradicionalmente ha desarrollado la antropología, aun cuando ha intentado sopesar, según la corriente teórica, la importancia de cada una de ellas, pero que no han conseguido liberar la fuerza de esta división. La situación actual en la que se demuestra que la naturaleza es afectada por el ser humano en cualquier espacio y tiempo y viceversa, hace aún más patente esa imbricación, que no puede entender la relación más que como algo completamente unido:

“Por lo demás, la elección misma de la designación de ‘medio ambiente’, preferida a la de ‘naturaleza’ indica ya un deslizamiento de perspectiva, en su sentido más corriente, la naturaleza era antropocéntrica de manera casi clandestina, en la medida en que abarcaba por preterición un ámbito ontológico definido por su falta de humanidad- sin azar ni artificio-, mientras que se destaca claramente el antropocentrismo de la expresión “medio ambiente”: es el mundo sublunar de Aristóteles en cuanto se halla habitado por el hombre. De la estratosfera a los océanos, pasando por los bosques tropicales, nadie lo ignora en la actualidad, nuestra influencia se hace sentir por doquier, y por lo tanto se admitirá sin dificultad que, al estar nuestro entorno ‘natural’ antropizados por doquier en diversos grados, su existencia como entidad autónoma no es más que una ficción filosófica. Hay otra dimensión de la naturaleza que se halla, de modo más particular, cuestionada por los procesos de la genética, es el sustrato biológico de la humanidad en cuanto materia, forma y proceso totalmente ajenos al control domesticador de la educación y de la costumbre. La importancia cada vez más evidente de la epigénesis en la individuación, el desarrollo de la reproducción asistida, desde la fecundación in vitro hasta el clonaje de mamíferos, el perfeccionamiento de las técnicas de injerto y de trasplante, la abierta ambición de algunos de intervenir en el genoma humano en un estadio precoz de la embriogénesis, todo ello, ya sea que se lo deplora o se lo celebre, torna menos nítida que antes la separación de derecho entre la parte natural y la parte cultural del hombre”. (DESCOLA, P. 2003: 20)

La base sobre la que trabaja Descola, junto con Pálsson, en la introducción del libro *Naturaleza y Sociedad. Perspectivas antropológicas* (1996), es la consecuencia que ha tenido la separación entre naturaleza y cultura, y el intento de integrar ambos elementos para el desarrollo de una teoría antropológica general. El dualismo entre naturaleza y cultura con determinaciones en uno y otro sentido, tal y como se ha visto en el recorrido por la cuestión ecológica dentro de la antropología, que según estos autores ha impedido una comprensión integral de la relación humano-ambiental, entendiéndose como un todo integrado y no como un binomio en contacto pero separado.

La división entre cultura y naturaleza parte de un sesgo etnocéntrico. Los trabajos de campo en distintas sociedades desmonta esta consideración puramente occidental, poniendo el acento en esas otras relaciones en la que los fenómenos naturales no son considerados ajenos a los culturales. Hay una ruptura del dualismo que la antropología ha realizado en otros casos, con notable éxito en oposiciones binarias como mente-cuerpo, sujeto-objeto o individuo-sociedad. Sin embargo, esto no ha sido igual para el caso naturaleza-cultura. Algunas voces críticas han visto en ella una fase más de la reacción postmodernista, sin embargo, para Descola y Pálsson, el cambio viene propiciado por los propios datos etnográficos: “Para muchos antropólogos- incluyendo varios de los autores de este libro- el viraje desde una perspectiva dualista hacia una monista parece haber sido desencadenado por el trabajo de campo entre pueblos para los cuales la dicotomía naturaleza-sociedad no tenía ningún sentido. Tal es, por ejemplo, el caso de los ashuar del Alto Amazonas, quienes, según Descola, consideran a la mayoría de las plantas y los animales como personas que viven en sus propias sociedades y se relacionan con los humanos de acuerdo con estrictas reglas de comportamiento social: los animales de cacería son tratados como afines a los hombres, mientras que las plantas cultivadas son tratadas como parientes de las mujeres” (DESCOLA, P., PÁLSSON, G. 2001: 18).

El cuestionamiento del dualismo naturaleza-cultura, naturaleza-sociedad, puede ser interpretado como un elemento más de la “autocrítica” antropológica, dentro del revisionismo de sus campos, teorías y objetos de estudio. Antes esto, los dos coordinadores del volumen, defienden que preguntarse sobre la separación de naturaleza y cultura lleva implícita la profundidad de cuestionar directamente la base del conocimiento occidental, porque de hecho, las dos categorías básicas sobre las que se fundamentan entrarían en crisis. Sin embargo, no creemos que los posicionamientos de Descola y Pálsson lleven al postmodernismo, al contrario, su revitalización del trabajo de campo como fuente de datos y conocimiento, su duda ante el relativismo radical y la necesidad de un prisma generalizador adecuado a las circunstancias, los sitúan en un paradigma que se aleja de los postulados postmodernistas.

Descola insiste en que las concepciones de la naturaleza son construidas socialmente y que el dualismo occidental no debe ser el prisma de valoración a usar, sino que los datos etnográficos deben servir para constatar la imbricación existente en muchas sociedades de estos dos aspectos²⁴. En nuestro caso, a la hora del análisis de las relaciones con el medio, no sólo se advertirá que la percepción de la naturaleza es distinta según la sociedad que la realiza, sino que dentro de la misma sociedad aparecen distintas percepciones de un mismo fenómeno.

En este sentido se sigue a Gísli Pálsson en el terreno de la distinción entre tres paradigmas de relación entre el ser humano y la naturaleza: orientalismo, paternalismo y comunalismo:

“Del mismo modo, poniendo el acento en el contraste entre dominación y protección con respecto al medio ambiente, podemos distinguir entre dos tipos radicalmente diferentes de relaciones humano-ambientales: el orientalismo y el paternalismo ambiental. La diferencia clave entre ambos es que el primero "explota", mientras que el segundo "protege". El orientalismo ambiental sugiere reciprocidad negativa en las relaciones humano-ambientales, mientras que el paternalismo implica una reciprocidad equilibrada, presuponiendo la responsabilidad humana. Tanto en el orientalismo como en el paternalismo ambiental, los hombres son amos de la naturaleza. Rechazando la separación radical entre naturaleza y sociedad, el objeto y el sujeto, así como las presunciones modernistas de otredad, certeza y monólogo, y agregando la dimensión de continuidad y discontinuidad, obtenemos un tercer paradigma que podríamos llamar comunalismo (véase la fig. 4.1.). Este paradigma sugiere una reciprocidad generalizada en las relaciones humano-ambientales, invocando los conceptos de contingencia, participación y diálogo”. (PÁLSSON, G. 2001: 84)

La opción de Pálsson a nivel teórico y práctico se decanta por el comunalismo como “camino para salir del proyecto modernista y de los dilemas de hoy” (PÁLSSON, G., 2001: 97). En él se imbricaría naturaleza y sociedad, según el autor, como

²⁴ En este sentido se manifiesta Arturo Escobar sobre las diferentes formas de “construcción” de la naturaleza en distintas zonas del planeta:

“Antropólogos, geógrafos y ecologistas políticas han demostrado con creciente elocuencia que muchas comunidades rurales del Tercer Mundo “constituyen” la naturaleza de formas impresionantemente diferentes a las formas modernas dominantes: ellos designan, y por ende utilizan, los ambientes naturales de maneras muy particulares. Estudios etnográficos de los escenarios del Tercer Mundo descubren una cantidad de prácticas- significativamente diferentes- de pensar, relacionarse, construir y experimentar lo biológico y lo natural. Este proyecto se formuló hace un tiempo y ha alcanzado un nivel de sofisticación muy alto en los últimos años. En un artículo clásico sobre el tema, Marilyn Strathern (1980) sostiene que no podemos interpretar los mapas nativos (no modernos) de lo social y lo biológico en términos de nuestros conceptos de la naturaleza, la cultura y la sociedad. Para empezar, para muchos grupos indígenas y rurales, “la cultura” no provee una cantidad particular de objetos con los cuales se pueda manipular ‘la naturaleza’... la naturaleza no se ‘manipula’ (174, 175). La “naturaleza” y la “cultura” deben ser analizadas, sino como constructor culturales, si es que deseamos determinar sus funcionamientos como dispositivos para la construcción cultural, de la sociedad humana, del género y de la economía (MacCormack y Strathern, editores 1980)”. (ESCOBAR, A. 2005)

elemento único, dejando atrás el dualismo y partiendo de una reciprocidad generalizada que sostenga al ser humano y la naturaleza como algo inseparable.

Tim Ingold, con relación a la dicotomía naturaleza-cultura, parte del problema de la oposición binaria de ambas categorías y propone una fusión entre ambas. Para ello es necesario abandonar la idea de la cultura como adaptación al medio o que la cultura es parte de un mundo construido por entero culturalmente, proponiendo la consideración de ambiente y cultura imbricados en un proceso único. Ingold hace una separación entre naturaleza, como objeto neutro, y ambiente, que sería la interpretación cultural de la naturaleza²⁵. Esta es una reflexión muy interesante porque distingue entre la construcción social y la base que la sustenta. Para Ingold los seres humanos están arraigados en la naturaleza, así como su conocimiento, por lo que su estudio debe atender a esta eventualidad: “un enfoque genuinamente ecológico, en mi opinión, tendría que establecer la intención y la acción humana en el contexto de una relación permanente y mutuamente constitutiva entre la gente y su medio ambiente” (INGOLD, T. 2001: 38). En ese sentido se opone a la antropología evolucionista en su artículo “El forrajero óptimo y el hombre económico”, señalando que la ecología evolucionista crea personajes imaginarios que adapta a sus teorías, dentro de su medio: “la imagen científica de la caza y la recolección como un curso naturalmente prescrito de maximización de aptitudes es tan ilusoria como la imagen que la ciencia tiene de su propia empresa, como un monumento a la libertad y la supremacía de la razón humana. Lejos de enfrentarse desde los dos lados de la frontera de la naturaleza, tanto las personas que se autodenominan científicos como las personas que los científicos denominan cazadores-recolectores son igualmente pasajeros en este mundo nuestro, que se ocupan del oficio de vivir y, al hacerlo, desarrollan sus capacidades y sus aspiraciones, dentro de una historia aún en marcha de reraconamiento con los componentes humanos y no humanos de nuestro medio ambiente. Si hemos de desarrollar una comprensión ecológica exhaustiva de cómo se relacionan las personas reales con esos ambientes, y de la sensibilidad y habilidad con que lo hacen, es imperativo tomar esa condición como punto de partida” (INGOLD, T. 2001: 57).

²⁵ “Of all species of animals, the argument goes, humans are uniu in that they occupy what Richard Shweder (1990:2) calls ‘intentional worlds’. For the inhabitants of such a world, things do not exist ‘in themselves’, as indifferent objets, but only as they are given form or meaning within systems of mental representations. Thus to individuals who belong to different intentional worlds, the same objets in the same physical surroundings may mean quite different things. And when people act towards these objects, or whit them in mind, their actions respond to the ways they are already appropriated, categorised or valorised in terms of a particular, pre-existent design. That design, transmitted across the generations in the form of receveid conceptual schemata, and manifested physically in the artificial products of their implementation, is what is comnmonly known as ‘culture’. The envioronments of human beings, therefore, are culturally constituted. And when we refer to an envioronment- or more specifically to the part of it consistintg of animate and inanimate things- as ‘nature’, then this too has to be understood as an artefact of cultural construction. ‘Natura is to culture’, writes Marshall Shalins, ‘as the constituted is to the constituting’ (1976: 209). Culture provides the building plan, nature is the building; but whence come the raw materials?” (INGOLD, T. 2000: 40-41)

Las aportaciones de Descola, Pálsson e Ingold, entre otras, aparecen de forma explícita e implícita a lo largo del texto, por lo que en este momento no se va a profundizar más en ellas, dejando su desarrollo interno en el texto y en los planteamientos interpretativos propuestos. A estos autores hay que unir otros nombres propios como Edgar Morin, Ulrich Beck, Arturo Escobar, Joan Martínez Alier o Kay Milton, que tendrán su protagonismo en la narración, siendo sus aportaciones guías de reflexión, que junto con las anteriores, pretenden elaborar un conjunto imbricado e interdisciplinar, que sirvan de guía para enjuiciar los distintos aspectos de la tesis.

Pedro Tomé, resumiendo en gran medida la situación actual de la reflexión dentro de la ecología cultural, señala que el interés viene dado no ya por la comprensión de la forma en la que el ambiente modela las conductas humanas, sino la forma en la que las culturas piensan y expresan su interrelación con el entorno (TOMÉ MARTÍN, P. 2005: 53). Partiendo de aquí, conceptos como entorno, medio ambiente, aún siendo términos claramente occidentales, adquieren una nueva significación para interpretar las relaciones humano-ambientales. Para llegar a un corpus de conocimiento efectivo, la comparación, el método comparativo etnográfico, sigue considerándose la herramienta fundamental, matizada, eso sí, sobre qué es aquello comparable y de qué forma debe realizarse la comparación. Dentro de ella pueden aparecer distintas percepciones, orientaciones teóricas, modelos explicativos, que sin perder su independencia pueden ordenar los estudios ambientales antropológicos, o en palabras del propio Pedro Tomé Martín: “la ecología cultural contemporánea, propongo considerarla como una orientación teórica que incluye en su seno múltiples teorías particulares que manifiestan coincidencias en un modo de acercamiento que abarca desde problemas teóricos semejantes a técnicas similares para abordarlos, pasando por conceptos que se aproximan y explicaciones empíricas producidas desde postulados teóricos compatibles” (TOMÉ MARTÍN, P. 2005: 54)

3. Los discursos de la caza

Detrás del término “caza” y “cazador” para sus actores se esconde una complejidad de conceptos e identificaciones con un fuerte componente sentimental y existencial. Las definiciones de un fenómeno sociocultural dependen de la profundidad pretendida, con una reducción de significados que atienda únicamente a la acción misma, o en una profundidad que interprete aquello que se oculta y que surge como elemento definitorio. La antropología se caracteriza por el trabajo de interpretación complejo, por no quedarse en un análisis superficial sino intentar llegar a valorar todos los factores para comprender en su globalidad el fenómeno.

Este tipo de análisis corre el riesgo de profundizar hasta tal punto que esa definición clara y precisa quede difuminada en una reflexión de más amplio calado,

que demuestra la complejidad y los matices que presentan la interpretación de los fenómenos sociales. No significa, o al menos no se pretende, ocultar tras ellos la incapacidad de dar una respuesta clara y contundente a una pregunta. Tampoco adoptar una de las lacras de la disciplina, la complejidad textual, que convierte a numerosos textos en inteligibles debido a un afán bien de erudición mal entendida o a un intelectualismo recalcitrante. Para entender la actividad en su conjunto, y contextualizar los capítulos posteriores, se debe partir de analizar las bases que configuran la caza y al cazador. Las preguntas de partida son ¿qué es la caza? y ¿qué define a un cazador? A partir de aquí la reflexión se amplía, se complejiza más si cabe cuando el análisis es externo. Los datos del trabajo de campo, de la *recolección* etnográfica, cimientan la base de la narración. No se pretende tratar en este capítulo los aspectos que se van a desarrollar en otros posteriores, se apuntan las interpretaciones, los análisis, que se detallan al hilo de la narración, entendiendo que de esta forma son más fáciles de comprender en su contexto que el hacerlo de forma analítica en un relato al uso. Por lo tanto, lo que sigue son apuntes introductorios, que la lectura posterior irá desgranando para completar un marco teórico integrado en la experiencia y reflexión producida por el objeto de estudio.

No existe una respuesta única a la pregunta ¿qué es la caza? dentro del mismo colectivo de cazadores, aunque sí que aparecen una serie de nexos comunes. Junto a la consideración de afición, diversión, gestión, deporte, etc. la caza representa en su concepto algo más. Nos enfrentamos a una polisemia que va más allá de la definición del diccionario de la RAE: “buscar o seguir a las aves, fieras y otras muchas clases de animales para cobrarlos o matarlos”. Esta definición se basa en el acto de la caza, pero obvia la globalidad del tema, en el que hay que incluir elementos de socialización, categorización y simbolización reproducidos entre los cazadores. Siguiendo las oportunas anotaciones del profesor Enrique Couceiro sobre la profundidad conceptual de la empresa, hay que tener en cuenta la polisemia de los términos “caza” y “cazador”, que actúan como una proyección simbólica, dependiendo de los contextos discursivos y de acción donde son sacados a colación, de los que habría que dar cuenta. Está de acuerdo, tal y como defiende el texto, en que no existe una respuesta única a la pregunta ¿qué es la caza? pero habría que tener en cuenta la existencia de nexos comunes entre los cazadores y las conexiones semánticas o de sentido, más que de “esencias” sustantivas.

La hipótesis planteada divide la caza en tres momentos interrelacionados entre sí: creación, recreación y representación. La creación se refiere al acto en sí, al hecho de ir a cazar, a la actividad propiamente dicha. La recreación se contextualiza dentro de la interacción social entre los cazadores, entendida como diálogo y comunicación, ligada invariablemente con el acto de creación y punto de partida de categorizaciones colectivas. La representación supone el último elemento, dependiente de los dos anteriores, en el que se interiorizan los conocimientos, actitudes, opiniones,

impresiones, a nivel individual y en comparación con otros, construyendo teóricamente y simbolizando, formándose una noción y atribuyendo unos valores a la acción realizada, para de esta forma, en el proceso comunicativo, hacerlos presente. No sería un punto final sino un bucle retroactivo que volvería al acto de creación y que lo modelaría dependiendo del contexto espacio-temporal.

Una de las críticas que se le pueden hacer a este planteamiento, y que de alguna forma se han hecho, se centra en el momento de la “recreación”. Más que “recreación”, el profesor Couceiro señala que se podría hablar de “recreaciones” e “interpretaciones”. A la excesiva generalidad del concepto se le objeta que las categorizaciones colectivas pueden no ser tan colectivas- o compactadas- como se pretende. El ejemplo que ilustra esta opinión viene de la explicación del lance por parte de un cazador. La narración puede ser reinventada en comentario irónico a sus espaldas, cosa bastante frecuente, lo que implica que no se derivaría necesariamente de la acción sino que a partir de ella se bifurcaría según la interpretación de la narración. Sin duda es una aportación interesante que matiza y completa el cuadro interpretativo propuesto. De alguna forma esta matización está implícitamente resuelta en el texto, al señalar que la recreación, en la interacción social, es punto de partida de categorizaciones colectivas. Ahí aparecerían las recreaciones de lo narrado, de ahí se pasaría externamente a situar al cazador, sus cualidades, virtudes y defectos, dentro de aquello que cuenta, y también éste ejecutaría lo mismo con aquello que le cuentan.

La acción se puede considerar un acto individual, independiente de la modalidad de caza practicada. Aunque la técnica en muchas de ellas sea colectiva, el hecho de considerar la acción como individual se basa en que es el cazador en última instancia el que tiene la capacidad de elección, que condicionado por una serie de factores, que van desde su posicionamiento personal al lugar que en ese momento está ocupando, e incluso el momento emocional, da forma a una actuación o a otra. De ésta puede ser el único juez, aunque también, según los casos, pueden ser observadas sus acciones por otros cazadores o acompañantes. La creación de la caza, la acción, sirve para realizar una primera categorización de la imagen del cazador. Qué caza, dónde caza y cómo caza sirven como elementos de análisis. A éstos hay que sumarle la construcción que el cazador individual realiza de su acción, así como las que hacen el resto de compañeros. Es en el proceso de interacción social, en el proceso de recreación y también en la representación, cuando se constituyen estas categorizaciones.

La información que llega al grupo está tamizada por los cazadores, que ocultan acciones que saben podrían alterar la concepción que sobre su forma de cazar tienen los demás. Por ejemplo, pocos van a decir que han disparado a una perdiz “a peón”, que se han desplazado en coche por el acotado buscando a los animales, o que han

esperado en un lugar ventajoso mientras el resto de compañeros hacían la “mano”. De esta forma alterarían las normas tácitas de las buenas prácticas.

Aparece una sanción social a las prácticas cinegéticas con un carácter difuso, en el sentido de expresiones espontáneas de aprobación o reprobación, pero a su vez con un carácter organizado, si se entienden como atentadoras contra unos conceptos tradicionales o contra una legalidad vigente. Estas sanciones tendrían para el individuo la función de integrar sus acciones dentro de la comunidad, evitando la desaprobación y el castigo, y a su vez le serviría al mismo como normativización de sus acciones individuales dentro de su contexto, estableciendo una conciencia, en sentido lato, como “el reflejo en el individuo de las sanciones de la comunidad” (RADCLIFFE-BROWN 1986: 234). Para la caza se podría objetar que si bien existe una sanción organizada, con un carácter reprobatorio (sanciones negativas), encarnada en la legalidad aplicable, junto con una idea general, interiorizada por los cazadores, sobre las buenas y malas prácticas, que recorrería de forma transversal pero no determinante su labor, aparece un elemento contextual que varía la percepción de la práctica y de la sanción en virtud del espacio y tiempo en el que se produce. Esta variante conlleva que según el grupo y la relación que se establece en su seno, junto a una idea generalista, basado en una teorización colectiva sobre la caza y en la normativa aplicable, aparezcan unas peculiaridades locales en las que matizan el concepto general, que determinarán la relación que se establece en su seno, produciendo disfunciones en el mismo, que saldrán a relucir en la acción y en la creación de discursos. La hipótesis manejada defiende que la acción viene determinada por dos elementos: el concepto y el contexto, explicando este último que las prácticas reprobadas y sancionadas el día anterior en un lugar distinto por el mismo cazador, al día siguiente sea él mismo el hacedor, adecuándose a un contexto determinado y a una peculiaridad colectiva.

En este caso, siguiendo a Berger y Luckman, se construye la realidad, la vivida momentos antes, la “organizada alrededor del ‘aquí’ de mi cuerpo y el ‘ahora’ de mi presente” (BERGER Y LUCKMAN 2003: 37). Lo que horas antes era impensable es, horas después, la práctica a seguir. Hay que tener en cuenta que el “aquí y ahora” no es sólo el momento sino también las experiencias interiorizadas y la comunicación e interacción con el grupo, modeladas en función del contexto. Entonces, ¿podría decirse que es el grupo el que se convierte en factor detonante de la acción de sus miembros? o ¿son las normas establecidas en ese grupo las que determinan esta acción? La caza se vería afectada por la situación, es decir, por las normas, grupo y acción, en ese orden. Si la norma es difusa y variable, así lo será la percepción de la misma y el acto a seguir. Si la norma es clara y fija, la sanción social será el mecanismo regulador del grupo. En uno y otro caso, los discursos creados a partir de la interacción vienen condicionados y suponen una forma de aprehender la realidad en la que se mueven.

La recreación de la experiencia individual se produce en la interacción con el grupo. Esto no quiere decir que no se pueda realizar fuera de él, pero adquieren significados distintos, siendo aquel que crea la imagen de cazador el que se realiza entre iguales. Como interacción, y siguiendo a Erving Goffman, se entiende “la influencia recíproca de un individuo sobre las acciones del otro cuando se encuentran ambos en presencia física inmediata” (GOFFMAN, E. 2004: 27). El individuo, en nuestro caso el cazador, proyecta una imagen determinada al grupo, y a su vez recibe las definiciones del resto, creándose una comunicación entre iguales que construyen una identificación colectiva, con una serie de valores que se ven modelados por las experiencias de sus componentes²⁶. Las conversaciones sobre caza son tal vez uno de los elementos más destacados de la actividad, porque en ellas se asientan las bases definitorias, que sirven tanto al grupo como al individuo para ir conformando unos discursos que serán reproducidos posteriormente tanto dentro como fuera del grupo.

En estas conversaciones el “cazador” representa el papel de “cazador”. Transmite a los demás sus experiencias a partir del detalle de la jornada, del dato “objetivo” al dato “construido”, que es aquel que ha sido sentido en el momento, que se ha interiorizado y que se transmite a través de una serie de expresiones y giros con la intención de ser verificados por el receptor. El cazador crea una fachada que lo va a definir ante el resto del colectivo y que a su vez se adecuará al grupo en el que se integra, se podría decir que representa un papel dentro de un contexto físico-geográfico y significativo. La información que se transmite se selecciona, ocultándose aquella que no es procedente, evitando de esta forma una situación que podría ser conflictiva en determinados momentos, lo que no implica que se reproduzca en otros cuando las circunstancias lo permitan.

En toda esta trama la acción inicial, lo que se ha hecho en el campo, está siendo construida y reconstruida a través de la narración del actor, que enfatiza unos aspectos, minimiza otros y oculta los que considera necesarios. A la vez que transmite su experiencia escucha la de los demás, creándose un diálogo, una comunicación que va configurando la identidad y el saber cinegético. Se vuelve a cazar aunque no esté en el campo, y esta fase es tan importante que algunos lo consideran casi un lance más. A pesar de la individualidad que se ha mencionado, o de las modalidades de caza y sus estrategias, la caza es un acto colectivo como fenómeno social. Son muchos los

²⁶ “La sociedad está organizada sobre el principio de que todo individuo que posee ciertas características sociales tienen un derecho moral a esperar que otros la valoren y lo traten de un modo apropiado. En conexión con este principio hay un segundo, a saber: que un individuo que implícita o explícitamente pretende tener ciertas características sociales deberá ser en la realidad lo que alega ser. En consecuencia, cuando un individuo proyecta una definición de la situación y con ello hace una demanda implícita o explícita de ser una persona de determinado tipo, automáticamente presenta una exigencia moral a los otros, obligándolos a valorarlo y tratarlo de la manera que tienen derecho a esperar las personas de su tipo. También implícitamente renuncia a toda demanda a ser lo que él no parece ser, y en consecuencia renuncia al tratamiento que sería apropiado para dichos individuos. Los otros descubren, entonces, que el individuo les ha informado acerca de lo que ‘es’ y de lo que ellos ‘deberían’ ver que ese ‘es’” (GOFFMAN, E. 2004: 24-25).

que priman ese carácter de la cuadrilla, el compartir experiencias, jornadas, camaradería con el resto de cazadores, no entendiendo un acto solitario en el sentido de falta de relación social.

Como más adelante se tratará, la caza es un acto colectivo y masculino, pero con el referente individual que anteriormente se ha mencionado. Los momentos de sociabilidad ayudan a perpetuar al colectivo y a reproducir sus características, transmitiéndose unos valores compartidos e interiorizados por los actores. Bares, sedes de sociedades de cazadores, o lugares de reunión en los mismos cotos de caza, entre otros, son los más comunes donde se producen estos encuentros. El proceso de recreación es comunicativo, en el sentido que el cazador aporta como emisor pero también percibe como receptor, interiorizando y seleccionando a su saber las nuevas informaciones. Pero este proceso no habría que circunscribirlo a la transmisión tradicional, “cara a cara”, o incluso vía telefónica o postal, sino que habría que añadirle las nuevas formas de comunicación, y las nuevas tecnologías que permiten diálogos virtuales a través de foros y chats, que permiten reproducir un espacio cinegético en “red”, con participantes que interactúan entre ellos aprovechando la técnica, pero que se basa en un principio común que es la socialización en unos valores cinegéticos y la internalización de los mismos.

La socialización humana es la base no sólo del comportamiento sino de su sentido como ser social y, en consecuencia, como ser humano. El proceso de internalización de normas y valores básicos, la aprehensión del complejo social y cultural es lo que se considera aquí, siguiendo a Berger y Luckman, como socialización. La idea es que un individuo “no nace miembro de una sociedad: nace con una predisposición hacia la socialidad, y luego llega a ser miembro de una sociedad” (BERGER Y LUCKMAN 2003: 162). Se internaliza como “aprehensión o interpretación inmediata de un acontecimiento objetivo en cuanto expresa significado, o sea, en cuanto es una manifestación de los procesos subjetivos de otro que, en consecuencia, se vuelven subjetivamente significativos para mí” (BERGER Y LUCKMAN 2003: 163). Mediante este proceso de aprendizaje cognitivo se llega a pertenecer como miembro de una sociedad, a través de la socialización primaria y secundaria: “la socialización primaria es la primera por la que el individuo atraviesa en la niñez; por medio de ella se convierte en miembro de la sociedad. La socialización secundaria es cualquier proceso posterior que induce al individuo ya socializado a nuevos sectores del mundo objetivo de su sociedad” (BERGER Y LUCKMAN 2003: 164).

Partiendo de una de las variables que determinan el concepto de caza, habría que tener en cuenta, para su interpretación, estas socializaciones. En principio, el cazador, en un momento y en una circunstancia determinada, entraría dentro de un proceso de socialización secundaria, en el que se internalizará un “submundo” determinado, con un conocimiento especializado que, no obstante, se matiza, tanto a

nivel individual como social, en las bases de su socialización primaria. De forma vulgar estaríamos en el estadio hacedor, es decir, “el cazador se hace”. La adquisición de un determinado rol, la integración en un determinado grupo, con una trayectoria de vida diferente según cada caso, parte de un momento posterior a la socialización primaria. Empíricamente, según los datos manejados, los cazadores marcan el momento en el que empezaron a cazar y el porqué: afición que les transmitió algún familiar, interés que despertó en él un amigo, interés que nació interiormente, o, incluso, necesidad para comer, entre otras. Los discursos muestran algo que aparece en un momento, más o menos temprano, y que permanece, o varía, a lo largo de los años.

A esta internalización se une otra que defiende: “yo soy cazador desde que nací”, “tengo 29 años y soy cazador 30 años”. Estaríamos, nuevamente de forma coloquial, en el “cazador nace”. Hay, al menos, tres aspectos interesantes a tener en cuenta en esta afirmación. La predisposición genética, ese cazador que nace, es lo que justifica, en estos discursos, el atavismo de la condición humana de cazador. No ya la socialización secundaria, ni siquiera la primaria, tendrían efectos sobre el individuo, porque se está percibiendo algo más allá, se concibe una *realidad* genotípica, que mediante el ambiente, el fenotipo, en este caso la socialización, sacaría a la luz el instinto cazador de todo ser humano. No es un discurso cultural, al contrario, es una afirmación natural, una evidencia irrevocable para esta concepción, que implica que sea el macho el portador de ese gen, al igual que la hembra lo tiene con la maternidad, y que sea explicativo, de esa forma, no ya sólo la mínima presencia de la mujer en la caza, sino, incluso, el rechazo que hacia ella se produce. En estos discursos, el elemento natural reduce al cultural a un segundo plano, es una de las formas de justificar la expresión “el cazador nace”. La explicación giraría alrededor del planteamiento etológico de Konrad Lorenz en el sentido que las conductas de las especies animales son innatas y van desarrollándose a lo largo de la existencia de los individuos. Si el cazador nace, el que “no se hace” es porque no activa el resorte genético, la socialización primaria es el momento fundamental del proceso. La socialización secundaria pierde, de esta forma, la primigenia, la autenticidad, el atavismo, la pureza, y modifica ese gen en función del contexto.

La caza se convierte, para algunos, en uno de los hechos fundamentales de su vida, definiendo su propia personalidad: “Un cazador es cazador desde que se levanta hasta que se vuelve a levantar” (01-F. 17 de febrero de 2005). En este caso, se exagera la condición de cazador sirviendo además de categorización entre los distintos tipos de cazadores, como se verá más adelante. En un aspecto emotivo, ciertos cazadores llegan con la caza a una especie de catarsis en la que el ser humano, concretamente el macho, vuelve a reencontrarse con su esencia, con un “instinto atávico por capturar animales” (02-F. 18 de febrero de 2005).

La caza es entonces una actividad permanente, más allá de la temporada en sí, trabajando en ella, preocupada por ella, pensando y reflexionando sobre ella. Las palabras de un cazador sobre los distintos momentos que se podrían considerar como caza, sirven como descripción de esa postura que defiende que la caza no es algo puntual, sino que es parte de la vida de sus actores:

“La caza es una disciplina que engloba muchas actuaciones:

Se inicia no en el momento en el que se pisa el campo con la escopeta, sino en el momento en el que pensamos ir de caza a algún sitio determinado, a intentar abatir una especie determinada y con una modalidad determinada. Es en ese momento, en el que realmente empezamos a cazar, pues en ese instante empezamos a saborear LA CAZA.

Empezamos a hacernos una idea de cómo será el cazadero si no lo conocemos o, en caso afirmativo de en qué lugar de él comenzaremos a cazar. Es en ese momento, cuando empezaremos a elaborar nuestra estrategia a seguir, para conseguir vencer a la pieza en cuestión cuando llegue el momento, y esta estrategia, será distinta dependiendo del lugar, de la especie a cazar, de la modalidad de caza que se vaya a utilizar, incluso haremos varias suposiciones dependiendo de otros factores variables (meteorología que hará ese día, etc.). Esta disciplina, nos hará discurrir y trabajar la mente para conseguir, como último fin, vencer y abatir una pieza noblemente en su terreno.

La caza continuará, en los días sucesivos hasta el día de la cacería, revisando nuestra estrategia, aguantando la impaciencia hasta que llegue el día, haciendo elucubraciones sobre las piezas que abatiremos, de cómo serán los lances, etc... Si además llevamos compañía (un hijo, por ejemplo), estaremos deseando que llegue ese día e iremos pensando cómo le enseñaremos a vencer a las piezas, esa ilusión de transmitirle el verdadero sentido de la caza, de hacer comprender a ese hijo nuestro (que aunque no lleve escopeta ya es un cazador) que la caza es un arte noble, en donde hay que respetar al animal que se caza, y hay que darle las suficientes ventajas de defensa, y cazarlo en su terreno, vencéndolo a base de pensar como él, hacer ejercicio y sudar la pieza, y darla una muerte noble, y que en caso de que ella nos toree nos habrá vencido y se merecerá sobrevivir para transmitir su genética a su descendencia. (...)

Y, por fin, llegará el día de la cacería, aplicaremos nuestra estrategia en el lugar elegido y buscaremos la especie escogida, y, probablemente, los lances no coincidirán con lo que nos habíamos imaginado. Esto es lo bueno, pues la caza, por mucho que discurramos, es imprevisible; la pieza se arranca donde quiere, y hay infinitos lances posibles, incluso sacando un animal en el mismo sitio que otro, el lance siempre será distinto, y su resultado también. (...)

Pero la caza, no acaba aquí, continuará en nuestros pensamientos en los días posteriores reviendo en nuestra cabeza los lances efectuados, y haciendo elucubraciones de lo que hubiera pasado si en lugar de entrarle por aquí, le hubiera entrado por allá. Y comenzaremos a elaborar nuestra próxima estrategia, de cómo intentaremos cazar ese bando o ese conejo, o ese jabalí o ese corzo que nos ha vencido, pero al que intentaremos vencer en la próxima jornada.

Y la caza continúa, cuando pelamos esa perdiz y comprobamos que el tiro se nos quedó algo trasero como habíamos creído, o cuando comprobamos que la torre la hizo por ese perdigón que comprobamos que tiene en la cabeza, o cuando al desollar al cochino vemos que tuvimos que pistearlo porque el balazo lo tenía en la barriga.

Y la caza sigue, cuando la cocinamos o nos la cocinan de esta u otra manera. Y continúa cuando nos sirven en el plato la pieza que habíamos conseguido sacar a tiro y abatir, y que en definitiva habíamos vencido. Y sigue todavía cuando la probamos, y nos sabe mejor que esa otra perdiz que está en la misma olla pero que abatió nuestro padre, hermano o amigo. Porque mientras nos alimentamos, revivimos ese lance, y olvidamos de nuevo nuestros problemas.

Y ya estamos deseando que llegue el fin de semana para volver a empezar". (03-F. 19 de febrero de 2005)

Lo que se está realizando, más allá de la emotividad de estas palabras, es un principio de categorización y clasificación del grupo, en la medida que el cazador que desde niño, ha vivido la caza, tiene un sentimiento más fuerte hacia ella. Pero ¿por qué este constante intento de categorización? Hay detrás de ella una reacción frente al cambio, frente a temas como la mercantilización de la caza, la artificialidad de la misma, su conversión en una rica fuente de ingresos, en un escaparate de status social y de *intrusos* cazadores, que no proceden de la socialización sino que la buscan por unos intereses determinados y, normalmente, aquellos que defienden el carácter atávico de la caza son los más combativos y críticos ante lo que consideran una no-caza y unos no-cazadores.

Con relación a la socialización hay que hablar de la transmisión familiar de la caza. En la mayoría de las ocasiones hay un referente familiar que sirvió de *introito* para el aprendiz. Pocos son los casos en los que la afición nazca de por sí, o a una edad tardía, la edad es temprana y el referente, un familiar:

"Yo, por mi padre, porque de chiquillos los fines de semana mi hermano y yo nos pegábamos: que el fin de semana pasao te fuiste tú, que este me toca a mí. (...)

Yo siempre me he ido con mi padre, mi hermano también, mi hermano, y también mi tío es cazador, mis primos, mi tío Pedro, y siempre hemos estaos metíos ahí dentro... siempre hemos estao ahí metío y parece que no y eso... ahora mismo los hijos de mi primo siempre han estao ahí cazando, pero no le des una escopeta que no..., a mí por un lao te tiene que gustar. (...)". (04-E. 4 de junio de 2005)

"Yo no tenía ni la edad para llevar escopeta ni nada. Mi padre cazaba y yo me iba con él de morralero, iba con él, empiezas a salir con él, empiezas a picarte y llega un momento en que antes, a lo mejor tenía que levantarse a las cinco de la mañana y tú te levantabas antes que él, porque para irte iba sin escopeta ni nada. De la ilusión que tenías de irte y tú no tirabas, yo el primer tiro lo tiré cuando tenía 16 años, 17 años con la escopeta". (05-E. 30 de abril de 2005)

“En el fondo siempre he pensado que esa afición, de alguna manera, la heredamos. Mi abuelo materno, fue mi maestro, y aunque además de dos hijas, tuvo un hijo, éste en la vida se le ocurrió coger alguna de las armas que había en casa y salir al monte, ya que no sentía absolutamente nada por la caza; sin embargo, yo desde muy pequeño, ya sentía ese instinto atávico por capturar animales”. (02-F. 18 de febrero 2006)

En la última cita aparece el concepto de herencia. El saber, la transmisión de saber, es la base fundamental de la mente humana. La transmisión no implica sólo una habilidad técnica, conlleva unas formas de actuar en relación con esa técnica, una educación, que se interioriza y que se modifica según las actitudes personales y ambientales. La transmisión implica cultura. La interiorización de conocimiento supone una sedimentación, intersubjetiva o social, cuando se objetivizan las experiencias compartidas, de esta forma existe la posibilidad de la transmisión de una generación a otra y de una colectividad a otra (BERGER Y LUCKMAN 2003: 89). En este caso, partiendo de esta base, sería la transmisión de un individuo a otro. No sería una comunicación exclusivamente lingüística sino que la experiencia directa, el acto, supondría el hecho fundamental. El cazador, ese que acompaña a otro cazador en sus primeras experiencias, no aprende únicamente mediante la palabra, sino que, básicamente, y teniendo en cuenta el silencio característico del momento de la caza, aprende de la acción, del lenguaje no verbal y del contexto medioambiental. Hay un proceso, más o menos amplio, hasta el momento en el que se enfrenta en solitario a la acción, donde pondrá en práctica el conocimiento adquirido y su propia actitud personal. Posteriormente, en la re-creación, en la reflexión, será cuando el lenguaje verbal se convierta en medio de expresión de la experiencia colectiva, aprendiendo de ella y matizando el proceso de acción.

Nos encontramos todavía en la fase de la recreación cinegética. El cazador aglutina en sí el conocimiento práctico desarrollado en el campo y los procedentes de la interacción social. El último peldaño correspondería a la que se ha llamado representación. En esta fase se internaliza y se interpretan las dos anteriores, se construyen individualmente las imágenes y los conceptos que deben definir la caza, también los atributos que corresponden al cazador, que se clasifican según ese criterio que viene determinado por el influjo del contexto de cada uno. En esta fase digamos que se definen las bases teóricas que posteriormente serán expresadas y que encontrarán retroactividad en el proceso comunicativo. La caza debe ser natural, salvaje, pura, en espacios naturales, no cercados, o no, puede proceder de sueltas, en vallados cinegéticos, con un interés expreso en el trofeo o en la cantidad. Serán las bases ideológicas y la gama de valores del cazador la que vaya modelando sus opiniones. Es evidente que esto es un círculo en constante movimiento, es decir, la acción va a venir condicionada de alguna forma por la representación, la recreación, el

contacto con otros, provocará nuevas cuestiones representativas de cómo debe ser la caza, que la modificarán o las reforzarán. Sin este movimiento se entraría en un inmovilismo que impediría cualquier tipo de variación conceptual y actitudinal. Pero en este esquema adquiere una importancia fundamental el contexto. En el capítulo dedicado a las modalidades de caza se verá como, entre otras muchas características, hay que tener presente su condicionamiento geográfico, a nivel macro y micro, sin caer evidentemente en un determinismo ecológico que sirva para explicar su práctica. Se crean a partir de aquí modelos explicativos de qué es y cómo debe ser la caza, que difieren de otros cazadores, en otras modalidades o en otros lugares.

Si se quiere complicar aún más la cuestión, el cazador llega a mutar sus acciones, coherentes con la idea y actitud cinegética, cuando el contexto así lo determina y con el objetivo de no quedar atrás o de rentabilizar de alguna forma la inversión realizada, aunque se entre en conflicto con la ética como cazador. Es evidente que la generalización en un sector tan amplio como heterogéneo corre el peligro de naufragar, pero la relativización del caso al extremo llevaría a ese mismo fracaso. Por lo tanto, entre dos aguas hay que tomar el ejemplo como evidencia de actos que ocurren, que se han documentado tanto en conversaciones como en observaciones directas durante el trabajo de campo. En el caso de un coto privado de caza menor estudiado en la provincia de Albacete, la oposición al titular y gestor del acotado hacía que los cazadores no sólo variaran la adecuación a su discurso, sino que también se comportaran de forma diferente de sábado a domingo al variar el cazadero y el colectivo.

El contexto tiene una influencia que no se puede obviar, adecuándose a él la acción. En algunos casos se defiende a ultranza la llamada caza natural, lo que no es óbice para la participación en cacerías donde los animales proceden de granjas cinegéticas. A pesar de la defensa de la actitud responsable en el medio, muchas actuaciones rozan la catalogación de furtivismo o de malas prácticas, aunque dentro del grupo no sean consideradas como tal. Aún con la consideración del trabajo colectivo, en ocasiones, dependiendo del contexto, las actuaciones realizadas no redundan en el grupo, más bien al contrario. Por un lado está el discurso formal, como decía uno de los informantes: “una cosa es lo que dicen y otra es lo que te vas a encontrar”. Pero, ¿qué determina esta acción? La respuesta lleva a la tesis mencionada: el contexto. La individualidad de cada cazador queda sumida en la actitud del grupo, en él puede ser acorde o divergente, es decir, la actuación real, no aquella que se dice hacer sino la que se hace, puede suponer que se adapte al concepto que se tiene sobre la caza o no. En esta situación hay dos reacciones, o la de mantener el concepto originario, aunque esto suponga una merma en la cantidad de la acción, o adecuarse a la dinámica colectiva. En el segundo caso no supondría una alteración de la idea original, no afectaría este hecho sino que podría considerarse como una aceptación coyuntural, es decir, iría en paralelo la acción y la

representación, encontrándose en un punto que sería el de la vuelta al lugar donde el concepto original se hace presente.

Esta reflexión surge de lo documentado, en el sentido en el que se puede variar en cuestión de horas lo que se considera como la verdadera caza, con un trabajo en común, un reparto de piezas visible, sin ocultación, una cordialidad en el grupo, un buscar la caza, a otra actitud en la que domina una adecuación de formas a lo que hace el grupo mayoritario, participando por tanto de éstas, aunque para ello la actitud a tomar sea distinta de la que se considera como correcta. Las razones de esto son varias, dependiendo, en este caso, de la individualidad del cazador, pero teniendo presente un hecho fundamental en la actividad cinegética actual: su mercantilización. La caza supone una inversión de dinero elevada por parte de los cazadores, fundamentalmente las cuotas de los cotos de caza, a las que se añaden los desplazamientos, las armas, la munición, la ropa, la manutención, los perros, etc. El hecho monetario, el haber pagado un precio por unos servicios, implica que, si bien pueden entrar en conflicto con ese concepto aludido, sirva de aliciente para continuar con la actividad. Evidentemente, no se está generalizando, sino que se está exponiendo un caso concreto, que habría que constatar con otros.

Para el ejemplo que nos ocupa se crea alrededor de la actividad colectiva una serie de actitudes que se han estructurado y denominados como discursos. En principio habría una norma general de funcionamiento, matizada en la práctica con variables que no quedan suficientemente explicitadas en el inicio, según algunas de las informaciones recogidas. Por lo tanto hay que hablar de un discurso hegemónico, que es el impuesto por el órgano de gestión del coto, teniendo en cuenta su organización. Sobre este discurso se articulan otros según el grado de conformidad con el mismo. Suponen una acción y deriva en unas consecuencias.

Ante esta situación, cada cazador, dependiendo del discurso manejado, actuará de una forma u otra, adecuándose al contexto en el que desarrolla la acción, modificando el concepto de caza que tiene. Se podría decir, por tanto, que el contexto determina la acción en los siguientes puntos: tipo de coto, tipo de caza, relación con los cazadores, implicación en la gestión del coto, percepción del territorio, contexto socio cultural, estereotipos, lugar geográfico. Por lo tanto, la caza sería contexto, y éste la determina, en otra fase está la representación, que se basará en una idea más general en la que se modelará de la forma más conveniente esa influencia del contexto.

Hasta ahora se ha propuesto la hipótesis de dividir la caza en acción, recreación y representación. Junto a ella hay que analizar las aportaciones que se han hecho para definir la caza. Tal vez la más importante y reconocida es la realizada por Ortega y Gasset en 1942, en el prólogo que escribió para el libro del Conde de Yebes, *Veinte años de caza mayor*. Las reflexiones del filósofo castellano se han convertido, para gran parte del colectivo, en un referente, mereciendo por tanto una atención que

sin ánimo de ser exhaustiva, pretende interpretar su influencia dentro de los sectores cinegéticos más reflexivos.

El intento de definir, o al menos dilucidar, aquello que es la caza, provoca una reflexión de amplio calado, que según Ortega llega a los fundamentos vitales humanos. El hecho de ser una actividad que en la evolución y en la sociogénesis se ha mostrado como básica, y que desde un punto recreativo fuera, en el momento en el que escribió el texto, un importante campo, preocupó al filósofo. Algunas de las críticas que se han realizado al texto se debe a su propio origen, es decir, ser un escrito realizado por y para un colectivo determinado, que practicaba una caza por ocio, en una España marcada por el hambre, donde en el medio rural, en muchas ocasiones, se cazaba por necesidad, empleando métodos que diferían de los autorizados. Más que la crónica de la realidad, el texto orteguiano es una amplia reflexión de la venatoria, partiendo de ese carácter recreativo con el que observaba la caza.

A pesar de ello, es decir, a pesar de ser una actividad de ocio, no quiere decir que no sea una actividad seria. La caza como diversión puede ser considerada como un *asunto poco serio*, pero para Ortega nada más lejos de la realidad, la caza es un *asunto serio*, tanto por los significados que encierra como por el mismo hecho de la diversión, a la que en su característica liminal se le otorga una importancia renovadora²⁷.

La diversión no está reñida a la comodidad, y aunque parezca paradójico se encuentra a veces en actividades fatigosas, en opinión de Ortega, como es la caza. En esa conversión del animal al ser humano, un inconsciente atávico puede explicar la afición a cazar, retornando a los instintos perdidos y sintiéndose feliz en ellos. En una forma de vida que ya Ortega adivinaba como presurosa, breve y urgente, “consistente sobre todo en prisa, y no hay más remedio que escoger un programa de existencia, con exclusión de los restantes” (ORTEGA Y GASSET, J. 1960: 17), la caza vuelve a mostrar aquello que se fue, residiendo en su carácter instintivo las características de vitalidad y felicidad²⁸. Un informante relataba de esta forma esa integración y el resurgir del instinto que supone la caza:

²⁷ “He ahí, sin más, el tema sobre que reflexionan las páginas siguientes. Se trata de aclararnos un poco eso que con tanta escrupulosidad, constancia, dedicación hace el conde de Yebes y que se llama “cazar”. ¿Qué género de ocupación es esa? Nuestro tiempo- que es un tiempo bastante estúpido- no considera la caza como un asunto serio. Cree haber dicho lo suficiente sobre ella llamándola diversión y dando- ¡claro está!- por supuesto que la diversión, a fuer de tal, no es un asunto serio. Aunque el más sobrio examen debiera hacernos caer en la cuenta de lo desazonador y sorprendente que es el hecho de existir en el universo una criatura- el hombre- a quien es menester divertirse. Porque divertirse es apartarse provisionalmente de lo que solíamos ser, cambiar durante algún tiempo nuestra personalidad efectiva por otra en apariencia arbitraria, intentar evadirnos un momento de nuestro mundo a otros que no son el nuestro” (ORTEGA Y GASSET, J. 1960: 14-15).

²⁸ “Cazar así es un menester duro, que exige mucho del hombre: hay que mantenerse entrenado, arrostrar cansancios extremos, aceptar el peligro. Implica toda una moral y del más egregio gálibo. Porque el cazador que acepta la moral deportiva cumple sus mandamientos en la

“Pero si de verdad quieres integrarte en esa Naturaleza, formar de verdad parte de ella, entrar en su juego, ser un engranaje más en su funcionamiento, si quieres ser un protagonista de ella y no un mero espectador, la única manera de conseguirlo es cazando. Jadeando al apretar el paso tras el bando de perdices, con un ojo avizorando el campo y con el otro leyendo los mensajes que en su idioma corporal te va mandando tu perro; o aferrando la culata del rifle con los músculos en tensión y los sentidos alerta, sobresaltado por el ruido de un hayuco o una bellota que cae sobre la hojarasca mientras un sabueso late lúgubre en lo más hondo de la espesura; o en multitud más de situaciones que cualquier forero te podrá contar, pues son vivencias personales y únicas. Hasta cuando tiras de navaja y te llenas las manos de sangre para eviscerar y desollar una res, si se da el caso. Entonces vuelves al origen de la especie y eres un poco Cromagnon, un poco águila, un poco lince, un poco lobo”. (06-F. 17 de febrero de 2005)

Una de las divisiones que realiza Ortega sobre la caza es su carácter utilitario y deportivo. La primera tendría una función principalmente alimenticia, mientras que la segunda primaría su aspecto de diversión, lo que no impide su aprovechamiento cárnico. Estas actuaciones no son las que definen la caza, son aplicaciones de la misma, así como las técnicas empleadas. Lo que busca es una definición de amplias miras, que condense la importancia y la relevancia de la misma: “extraerlo de la misma finalidad interna que se hace patente en la actividad del cazador”. La conclusión, el cobro, es el fin de la caza, tanto del cazador utilitario como el del deportivo. La definición que defiende Ortega no es un punto final sino el inicio de parte de sus reflexiones:

“Caza es lo que un animal hace para apoderarse, vivo o muerto, de otro que pertenece a una especie vitalmente inferior a la suya. Viceversa, esa superioridad del cazador sobre la pieza no puede ser absoluta ni ha de haber caza” (ORTEGA Y GASSET, J. 1960: 38).

Cazar no significa exterminar, desde un punto de vista deportivo, sino que el “hombre” imita a la naturaleza para ingresar en ella y en su contexto adecuarse a la búsqueda de la caza. En todo caso, Ortega defiende la superioridad de la cultura sobre la naturaleza, de sus artefactos sobre los rudimentos naturales, por ello el ser

mayor soledad, sin otros testigos ni público que los picachos serranos, la nube vaga, la encina ceñuda, la sabina temblorosa y el animal transeúnte. Se empareja así la caza con la regla monástica y la ordenanza militar. Por eso al presentarla yo como lo que es, como una forma de felicidad, he evitado llamarla placer. Sin duda que en toda felicidad hay placer, pero el placer es lo menos en la felicidad. El placer es un acontecimiento pasivo, y conviene volver a Aristóteles, para quien era evidente consistir siempre la felicidad en una actuación, en una energía y en un esfuerzo. Que este esfuerzo, conforme se va haciendo, segregue placer no es sino un añadido y, si se quiere, uno de los ingredientes que componen la situación. Pero junto a los placeres que hay en la caza hay en ella innumerables molestias. ¿Con qué derecho se la toma por aquel asa y no por esta? La verdad es que ni lo uno ni lo otro son lo importante en la caza y lo que la hace apetecible, sino la actividad misma en que consiste” (ORTEGA Y GASSET, J. 1960: 24-25).

humano busca sus instintos, dejando a un lado parte de sus modernos conocimientos, para ejercitar la caza y llegar con ella a la felicidad que supone volver a los orígenes. En la caza como deporte, no utilitaria, no es únicamente la muerte del animal el objetivo, hay toda una serie de actitudes previas que hace que el medio se convierta en finalidad:

“En la caza utilitaria constituye la verdadera finalidad del cazador, lo que busca y estima: la muerte del animal. Todo lo demás que hace antes es puro medio para lograr ese fin, que es su formal propósito. Pero en la caza deportiva este orden de medio-fin se vuelca del revés. Al deportista no le interesa la muerte de la pieza, no es eso lo que se propone. Lo que le interesa es todo lo que antes ha tenido que hacer para lograrla; esto es, cazar. Con lo cual se convierte en efectiva finalidad lo que antes era sólo medio. La muerte es esencial porque sin ella no hay auténtica cacería; la occisión del bicho es el término natural de ésta y su finalidad: la de la caza en su mismidad, no la del cazador. Este la procura porque es el signo que da realidad a todo proceso venatorio, nada más. En suma, que no se caza para matar, sino, al revés, se mata para haber cazado. Si al deportista le regalan la muerte del animal, renuncia a ella. Lo que busca es ganársela, vencer con su propio esfuerzo y destreza al bruto arisco, con todos los aditamentos que esto lleva a la zaga: la inmersión en la campiña, la salubridad del ejercicio, la distracción de los trabajos, etc.”. (ORTEGA Y GASSET, J.1960: 77)

En su proceso definitorio, el siguiente paso es reunir el carácter atávico de la caza en la figura del cazador, no ya animalizándolo sino convirtiéndolo en un especialista de la naturaleza, que con su conocimiento y dejando de lado parte de su humanidad, llega a dominarla²⁹. Cazar significa una vuelta a los orígenes, no total debido a los condicionantes técnicos y legales a cumplir, pero sí de espíritu, una intención, una predisposición cinegética.

Aunque sea arriesgado tratándose de Ortega, no hay que dejar la ocasión de cuestionarse no ya sus planteamientos teóricos sino aquello que se obvia, ya sea por el carácter mismo de la publicación, el contexto histórico y político del momento, o por el mismo cambio que vislumbra hoy nuevas actitudes cinegéticas. El punto de partida de Ortega al analizar la llamada por él “caza deportiva”, tiene una fuerte carga de

²⁹ “Mas al cazar el hombre logra, en efecto, anular toda la evolución histórica, desprenderse de la actualidad y renovar la situación primigenia. Para que la cacería sea posible es menester, ciertamente, una preparación artificial. Incluso hace falta que el Estado intervenga, protegiendo los cotos o imponiendo la veda, sin lo cual no habría piezas. Pero no confundamos artificio y ficción: lo que la caza tiene de artificioso queda previo al cazar mismo y fuera de él. Cuando dentro de ese ámbito de condiciones que el artificio ha aprontado el hombre de hoy se pone a cazar, eso que hace no es una ficción, no es una farsa; es, esencialmente, lo mismo que hacía el paleolítico. La única diferencia, decisiva sin duda, está en que para éste cazar era centro gravitatorio de su vida toda, mientras para el cazador deportivo se trata no más que de una transitoria suspensión y como paréntesis en su auténtico vivir. Pero esa otra criatura que va a ocupar el paréntesis no es tampoco inauténtica. En esto estriba la duplicidad de la situación que hace tan difícil formularla. El cazador es, a la vez, el hombre de hoy y el de hace diez mil años. En la cacería el larguísimo proceso de la historia universal se enrosca y se muerde la cola” (ORTEGA Y GASSET, J. 1960: 92).

elitismo, en el sentido que relega en gran medida al “cazador modesto”, que retomará años más tarde en sus escritos Miguel Delibes. De hecho, el prólogo es a una obra del Conde de Yebes, aristócrata, titulada *Veinte años de caza mayor*. Más por omisión que por expresión directa, las reflexiones sobre caza y cazador parecen más inspiradas en ese gran cazador, aunque reconoce que la ocupación feliz cinegética es común a reyes y nobles, pero también “el burgués y el miserable han solido hacer de la caza su más feliz ocupación” (ORTEGA Y GASSET, J.1960: 21)

Lo genérico de la reflexión orteguiana la hace no entrar de lleno en aspectos tales como las motivaciones sociales que llevan a la práctica cinegética, la emulación pecuniaria y ociosa, los distintos tipos de cazadores, las categorizaciones que se realizan dentro del grupo, la socialización cinegética y la puesta en duda del discurso atávico, o la reproducción social, económica y política que en su momento representaba la caza. No obstante, sus aportaciones son básicas en una definición general venatoria y de hecho sus repercusiones siguen hoy en día vigentes. Pero, tal vez, es el hecho de ser un prólogo de “encargo” para un texto cinegético, lo que impide una mayor profundidad crítica en el análisis. Es un prólogo para cazadores en toda su extensión, para que en él se sientan identificados y sirva como pilar maestro en la construcción teórica, también en la justificación práctica, de la venatoria. Incluso en ocasiones pide perdón, en un alarde de control del *tempo* narrativo y de complicidad con el lector, al igualar la caza con la actividad animal, lo que no deja de ser un artificio que gusta al cazador, al considerarse en su actividad como parte y conocedor del medio natural. El éxito del texto reside en la profundidad de lo expuesto, no hay que dejar de reconocerlo, que sirve para aquel no-cazador que se acerca a él, y que sobrepasa en muchas ocasiones el mero interés cinegético, y para el cazador condensa parte de sus sentimientos, que le ofrece una base teórica de uno de los más importantes intelectuales españoles del s. XX, marcando la reflexión que autores posteriores han desarrollado partiendo de las premisas orteguianas.

El colectivo de cazadores maneja una serie de discursos que en su conjunto van conformando la significación global de su actividad, en un proceso más de explicitación de aceptación de normas no escritas, que se reproducen a partir de los procesos de acción-recreación y representación.

Un primer punto aceptado en el colectivo es lo que se podría denominar como discurso atávico. Ortega ha hecho referencia a ello al asimilar la caza con un reducto que queda en el hombre producto de su animalidad. El hombre cazador, en un acto que lo ha ido configurando evolutivamente en lo que actualmente es, se convierte en una de las explicaciones al uso, que intenta profundizar en la razón última justificativa de la práctica cinegética. Es evidente, como ya se ha señalado, la importancia de la caza en la sociogénesis humana, pero a partir de ahí, y después de millones de años de existencia, mantener este discurso puede deberse a varias

razones: una explicación propia de los cazadores para su afición, una justificación externa ante los no-cazadores, una versión ecológica sobre el control de la naturaleza.

Al hablar, al preguntar a los cazadores sobre las razones por las que practican la caza, unidas a las de tipo físico, recreativo o de sociabilidad, hay una parte que escapa a la “lógica” y que atribuyen a un instinto natural. Algunos hablan de una llamada del campo, del monte, de la naturaleza, que a pesar de su dureza, del esfuerzo y de la poca recompensa que en muchas ocasiones proporciona, los lleva año tras año, domingo a domingo, a seguir las perdices o a esperar al jabalí. A ello se refieren como algo que no pueden controlar, un instinto indomable, que no dudan en relacionar, en ausencia de otra explicación, con el carácter primitivo interno. Algunos ejemplos de esta reflexión pueden servir:

“Conforme transcurren los días, los cazadores se muestran inquietos, con una inquietud soterrada, tímida y vergonzante. Algo en la luz, en la fronda decididamente decadente de los inicios del otoño, les encandila. El Cazador le dice a esto la llamada del campo; otros dicen que es la afición” (DELIBES, M. 1980: 9)

“Cazamos generalmente porque lo necesitamos, aunque no sea para sobrevivir. Pero lo llevamos, quizás, en los genes desde nuestros ancestros. La mayoría se introduce en la caza por tradición. La afición y pasión se transmite de padres a hijos, de generación en generación. Los hay, como yo, que además de la inculcación familiar, precisamos contactar periódicamente con el campo, disfrutar de la Naturaleza y compartir con naturalidad y sin saña su proceso evolutivo, incluyendo el sustento animal y vegetal” (07-F. 11 de diciembre de 2006).

“Es público que lo que primero fuimos como “ser”, fue cazadores. Fue el aporte proteico el que permitió el desarrollo cerebral. La paradoja continúa, porque hoy, algunos millones de años después, seguimos siéndolo. La bestia, aún palpita acechando entre nuestros aún eficientes caninos de fiera. No hemos conseguido que nuestro desarrollo mental corra paralelo la de nuestro físico, pues mantenemos la misma dentadura de predador omnívoro apenas “erectus”. Los mismos ojos carniceros colocados de frente, para atacar. Parece por tanto que al menos hasta hoy, el hecho cinegético ha tenido razón de ser, merece por tanto ser sentido y pensado. Otra paradoja más”. (ANDIÓN, P. 2003: 12)

En 1884, José de Argullol hacía referencia a ese carácter atávico de la práctica cinegética:

“Por tanto, el ejercicio venatorio, á fuer de natural é instintivo, debe remontarse á los primeros momentos en la planta humana holló la tierra: debió comenzar y comenzó tan luégo como los primeros hombre vieron amenazada su existencia, tan luégo como

sintieron la necesidad de alimento, y vieron por instinto, en el ave, en el mamífero, el medio de satisfacerlo.

Y multiplicáronse los hombres inteligentes y libres: enseñoreáronse del mundo y dominaron á las demás criaturas; y crecieron las necesidades, satisfaciéndolas los animales y las plantas. Aumentaron las familias, formaron tribus, y razas y pueblos, trocando unos lo sobrante por lo sobrante de otros: productos de la tierra, productos de la caza, pieles, plumas, cuernos, huesos, y por ahí se colige que la acción de cazar ha sido practicada por todos los hombres, en todo tiempo, y que en el primitivo debió constituir importante industria; medio sino único, principal y poderoso de atender á la subsistencia” (ARGULLOL, J. 1884: 8)

La internalización del sentimiento atávico sirve como seña de identidad, y como elemento de “nobleza” de la actividad frente a sus detractores. El hecho de practicar algo que se lleva haciendo desde los albores de la humanidad se esgrime frente a los no-cazadores para la comprensión e importancia de la caza. A su vez, este razonamiento está imbricado con el papel de control ecológico de la caza. En un momento donde ésta no es necesaria para la supervivencia, se aboga por su importancia para la supervivencia de las especies cinegéticas. La caza pasa a ser reguladora de la vida en su paradoja de la muerte, como se analizará en el capítulo dedicado a los impactos medioambientales, así como salvaguarda de espacios que de otra forma habrían desaparecido debido a la presión humana.

Las razones esgrimidas son de tipo cuantitativo, la caza permite la existencia de un mayor número de animales, y cualitativos, éstos, sobre todo para la caza mayor, presentan las mejores condiciones debido a su selección como trofeo. La función ecológica es una de las más importantes y repetidas por los cazadores, así como de las más convincentes, aceptadas por el poder político así como por grupos conservacionistas y ecologistas que mantienen sus fuertes reticencias no ya contra la caza en sí sino con la forma de realizarla y los intereses económicos que se mueven a su alrededor, que condicionan cualquier tipo de posicionamiento ecológico.

Una elaboración teórica sobre la caza la plantea Patxi Andión, que imbrica el planteamiento de la actividad cinegética como forma de control de equilibrio ecológico a partir de su importancia social y económica:

“Ya lo hemos dicho. Comprender la caza, asimilar porqué el cazador lo hace y expresarlo a los que no lo entienden no es tarea fácil. Pero hay que proponérselo en serio por costoso que sea. Necesitamos hacernos entender. No oír, sino que se escuche nuestro discurso que no es banal ni inclemente, ni impío, ni ventajista, ni destructor. Es una actitud que dio origen al hombre moderno y que no hemos abandonado desde la noche de los tiempos. Los que hoy, llamándonos cazadores nos consideramos los más responsabilizados con el medio. (...)

El ejercicio de la caza ética. Racional. Es imprescindible para la supervivencia de las especies. Si la practica el cazador deportivo, pagará por ello y la renta vendrá a permitir la existencia de los seres humanos que pueblan el bosque mediterráneo. Si no es así. Serán los guardas los que tendrán que matar como pasó en Cazorla, machos, hembras y crías de forma salvaje e indiscriminada, a costa del contribuyente, una vez que la Reserva estuvo despoblada en la práctica". (ANDIÓN, P. 2003: 22-24)

El conocimiento y la acción cinegética presentan una transmisión donde es fundamental la socialización familiar. En la mayoría de ocasiones es este referente el que introduce y forma en sus comienzos al futuro cazador. El varón, generalizando a partir de los datos obtenidos y de las evidencias del trabajo de campo, es en la mayoría de ocasiones el receptor del conocimiento cinegético. La mujer queda al margen y son pocos los casos en los que aparece en el contexto de la cacería como un cazador más, siendo más habitual, como por ejemplo en las monterías, su papel de acompañante.

¿Cuál es el modelo de masculinidad que por lo general aparece en el colectivo cinegético? Desde la década de los ochenta, con precedentes anteriores, se han desarrollado dentro de la antropología y otras ciencias sociales, un interés cada vez mayor sobre el estudio de las masculinidades. Para el caso que nos ocupa, encontramos momentos de exacerbación de un determinado tipo de masculinidad y una construcción de la misma a partir de un modelo hegemónico, heterosexual y reproductor. El hombre como actor del espacio público, y la mujer en la esfera de lo doméstico, podría considerarse como un punto de partida de análisis. La caza no es únicamente una necesidad atávica, instintiva, sino que tiene un componente de sociabilidad desarrollado fuera del espacio privado, también fuera de la cotidianidad laboral y familiar, que viene marcado por la propia división sexual del trabajo, que marcaría un tiempo de ocio cargado de significaciones donde el hombre establecería sus relaciones. Este hecho, evidentemente, ha ido modificándose con el paso del tiempo, pero puede tenerse como una de las razones, entre otras, para que el componente masculino domine en la caza. En ese espacio público se desarrollan relaciones donde se reproducen construcciones alrededor de aspectos sociales, económicos y de prestigio del hombre frente a sus iguales, y que determinan en parte la situación y la valoración que sobre ellas se van a hacer. El ambiente de la caza reproduce la complejidad sociocultural de su contexto, siendo una actividad plurisignificativa en el sentido que en ella se pueden documentar desde aspectos intelectuales sobre la condición de cazador, intereses económicos, intereses políticos, demostraciones de clase, prestigio, etc. hasta mera tradición y ocio. En ese dominio del espacio público por el hombre, y con un carácter tan masculino, la mujer encuentra una barrera que es difícil de superar, no tanto por la oposición que puede

encontrar explícitamente por los cazadores, sino por el ambiente mismo que hace difícil su integración.

La masculinidad hegemónica tradicional ha creado su identidad a partir de su oposición a lo que se considera ser mujer. Las crisis de la masculinidad que destacan distintos autores se atenúa de alguna forma en el ambiente cinegético, donde si bien se vive de acuerdo con la realidad del momento, y no se obvia la no consideración como cierta del “hombre macho”, se mantiene tanto en ambiente como en las palabras y conversaciones esa idea tradicional de hombre, hablando de forma general. El hombre tiene toda una serie de cualidades, físicas y mentales, que para el caso cinegético le facultan frente a la mujer. A ella se le atribuyen estereotipos como la delicadeza, sensibilidad, menor fuerza física con relación al hombre, carácter maternal, dulzura, erotismo, etc. al contrario, el hombre se define por oposición, marcando las diferencias y por tanto definiendo su identidad. Ante esta serie de atributos relacionados con la mujer, es complicado que acceda a una actividad donde domina la fuerza y resistencia física, la violencia, no hay que olvidar el juego vida-muerte que conlleva la caza, el peligro y la muerte, entre otras cuestiones.

La caza se constituye por tanto en una actividad fundamentalmente masculina. A ello se puede unir el discurso atávico de considerar un instinto indomable el que provoca la salida al monte, transmitido genéticamente por vía masculina y que se remonta a los primeros cazadores paleolíticos.

Dentro del grupo de cazadores, a partir de los elementos socializadores y sociabilizadores, se construye un determinado tipo de identidad masculina que es aceptado, al menos, en el contexto de la cacería, lo que no implica que varíen o puedan variar fuera de ella, dependiendo del ambiente.

La denominada masculinidad hegemónica, con su característica heterosexual-reproductora, es un referente a partir del cual se construye y reconstruye la identidad masculina de género. Elisabeth Badinter establece tres criterios a partir de los que se construye este tipo de masculinidad: la huida de todo rasgo considerado como femenino, el temor a la homosexualidad y la homosociabilidad.

En un caso tan amplio como el estudiado, intentar asimilar estos conceptos no sería solo arriesgado sino hasta cierto punto correría el peligro de distorsionar la explicación en base a la adecuación a un modelo teórico. Hay características que se repiten en los distintos grupos y en la información recogida durante el trabajo de campo:

- Escasa presencia femenina. Cuando aparece lo hace normalmente asociada a la caza mayor, principalmente en monterías. En caza menor es muy poco su número, salvo en ojeos, y prácticamente nula en caza al salto o en mano.
- En la transmisión familiar las niñas no entran dentro del proceso cinegético. Es algo obvio entre los cazadores, se socializa al niño pero en contadas ocasiones se hace con las niñas. Se recogen opiniones del estilo que a las niñas no les gusta el

campo, madrugar, andar, pasar frío, es demasiado duro para ellas, sin embargo cambia la percepción cuando es niño, al ser algo propio de su condición. En otros casos se verbaliza una idea existente entre muchos cazadores: “las chicas no cazan”.

- Las jornadas de caza suponen un espacio y tiempo de separación, con una convivencia entre iguales, donde la imagen de la mujer, como compañera y/o compromiso, se diluye, retomando una identidad compartida, con unos códigos determinados y con un período liminal en el que se separan de la cotidianidad. La pareja de uno de los cazadores con los que se ha compartido jornadas de caza definía la percepción que tiene sobre la caza y el hecho de que la mujer no se integre en ella:

“Yo pienso, por ejemplo, que es un deporte un poco machista, pero también así se separan un poco de la mujer, son hombres solos, con las groserías que dicen los hombres, hablan de lo que les gusta a los hombres, de las mujeres y todas esas cosas, yo creo que por eso es más machista, por eso, es su mundo, es el mundo de ellos y por eso están un rato, están hasta el mediodía o están hasta la noche, y se olvidan, se olvidan de las mujeres y se olvidan de todo”. (08-E. 1 de mayo de 2005)

En estas palabras reproduce desde la vertiente femenina el estereotipo hegemónico heterosexual masculino, aceptando un espacio y tiempo necesario para la regeneración de relaciones, y obviando la existencia de otro tipo de formas de “ser hombre”.

- Se habla de conflictos debido a la caza. El tiempo de descanso de parte del año se dedica a la caza, lo que supone para algunos un problema constante en el seno de su pareja. Esta opinión está muy extendida, son muchos los que consideran que caza y mujer no se llevan bien, relatándolo esto Miguel Delibes en *Diario de un Cazador*:

“Buscamos la abrigada para comer y entonces le conté a Melecio que estuve con la chica de la buñolería la otra noche. Le dije también que me había citado para esta tarde y que se mosqueó cuando le dije que salía al campo. Dice Melecio que a las mujeres les cabrea la escopeta. Le pregunté la razón y él dijo que les estropea el domingo, y que recordase que la Amparo, mientras no tuvo el primer chico, siempre le ponía jeta”. (DELIBES, M. 2003: 51-52)

- A pesar de que la mujer como tal no está presente en la mayoría de casos, el lenguaje femenino es característico en muchas expresiones y conceptos cinegéticos. Desde el perro a la perdiz, el cazador utiliza lo femenino para referirse a aquello que asimila con el estereotipo: belleza, dulzura, sensibilidad... al

contrario, lo masculino tiene también su correlato en expresiones cercanas al valor, la fuerza o la nobleza.

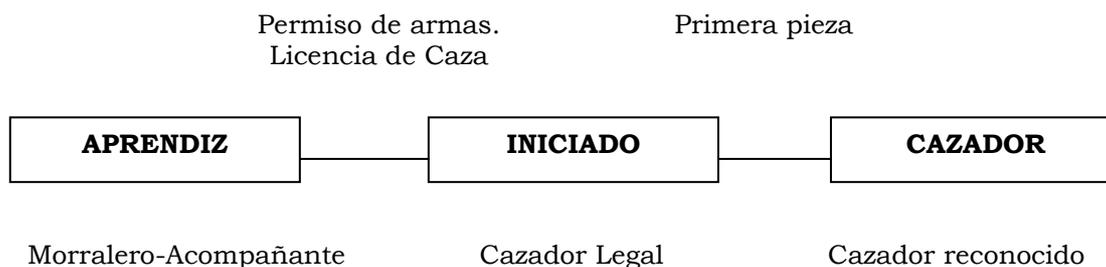
No se puede negar que la caza tiene un carácter plenamente masculino, que es tipificada como tal y que aquellas mujeres que se acercan a ella se les cataloga o como poco femeninas, en el caso por ejemplo de rehileras o cazadores de menor, a rabo o en mano; o como “grandes señoras”, cuando su práctica se relaciona con modalidades “nobles” como la montería o el ojeo. No obstante, se corre el peligro nuevamente de la generalización, por lo que hay que ser cauteloso con este tipo de análisis.

Relacionado con esta masculinidad es conveniente detenernos brevemente en los ciclos rituales cinegéticos. El más llamativo, “la noviez”, será relatado en el contexto de la montería, pero no es el único, sino que se podría considerar como rito de paso la constantemente narrada “primera perdiz”. En el caso masculino, también en el femenino cuando ocurre, la importancia radica en la consecución de un nuevo status en el grupo, la conversión en cazador de pleno derecho. Miguel Delibes, en su libro *Dos días de caza* ilustra esta situación. La obra literaria se toma como fuente etnográfica, pero no descontextualizada sino integrada en un trabajo de campo etnográfico, lo que permite una mayor profundidad sobre ella. Se sigue la opinión de Joan Frigolé (1995) de un conocimiento de la realidad del objeto de estudio y de la realidad del autor literario para plantear un análisis profundo del texto³⁰.

La entrada al campo del cazador novel es un hito que marcará su posterior devenir cinegético. Es usual, ya sea en caza menor como en mayor, que el nuevo cazador haya tenido un proceso de aprendizaje directo previo, acompañando a otros cazadores que le han ido desgranando parte de los conocimientos necesarios. Como morralero, o acompañando en puestos, se inicia ese proceso donde va adquiriendo e interiorizan una base de actuación que de alguna forma pondrá en práctica cuando sea él el protagonista. En otros casos se circunvala este proceso y a través del examen pertinente y de la compra de un arma, se llega al campo sin esta experiencia. El cazador marca como hecho fundamental, como recuerdo imborrable, la primera pieza abatida, marcando el lugar, el momento, los compañeros y el animal. La emoción vuelve a los ojos de los cazadores al recordar el momento. La situación cinegética se desarrolla en un espacio y tiempo concreto, con unas características que lo separan de la cotidianidad en su desarrollo y en el que toda una serie de códigos cobran sentido. En él, la masculinidad a la que se ha hecho referencia tiene un carácter preferencial, y

³⁰ “El conocimiento de la realidad, es decir, la elaboración de un modelo de la realidad, no es suficiente para interpretar una obra literaria, pero es un buen comienzo, ya que nos ofrece un punto de contraste. Hay que poseer una visión articulada de la realidad con la que un autor ha operado para construir su realidad específica, la obra literaria. Sin este conocimiento articulado de la realidad, sin este modelo de la realidad, no hay posibilidad de ver la obra literaria como un modelo global, como una estructura, como una modalidad articulada. Un conocimiento sólo parcial de la realidad conduce a plantearse sólo preguntas parciales sobre la obra, a destacar elementos parciales, a primar aspectos secundarios” (FRIGOLÉ, J. 1995: 18).

dentro de ella se realizan ritos de paso que van a marcar la edad cinegética, que no van a tener relación con la edad biológica. Es decir, no se marca un paso de la iniciación a la madurez en una edad determinada, sino que va a ser la práctica cinegética la que condiciona este paso, independientemente de que se tenga 15, 20, 30 ó 50 años. De esta forma habrá cazadores que se entiendan como tales con 15 años, y otros que lo hagan con 40, debido, fundamentalmente, a una edad más tardía de ingreso en el sector. Siguiendo un esquema ritual clásico se podrían distinguir tres tipos de estadios.



Cada fase tiene un acto que marca el paso de uno a otra hasta llegar a la consideración total de cazador, en el sentido de actor cinegético, aunque posteriormente entrará dentro de las distintas categorizaciones internas que se realicen.

“El primogénito del Cazador acaba de cumplir los quince. Está nervioso con su debut. No acaba de hacerse a la idea de que para estos menesteres de la caza ya es un hombre. El primogénito del Cazador empezó a los tres años con una escopeta de fulminantes; a los siete tiraba con una de corcho; a los diez, de que inició el grado, ya mataba gorriones con una de aire comprimido y hasta una tórtola que aguantó en un manzano; y a los doce, en las rastrojeras del páramo de Huidrobo, abatió una codorniz con una carabina de nueve milímetros, dejando con un palmo de narices a los notables de Sedano: "fue rápido el chaval ¿eh?", "Rápido, ya lo creo". "Ni tiempo de aculatar la escopeta me dejó". Después, para coronar su faena, el último verano, quedó subcampeón de tiro al plato en aquel término, a un dedo de Luis Gallo, el médico, que arrastra justa fama de buena escopeta. "Oye, chaval- le decían- ¿y es la primera vez que tiras a esto? La primera." "Pues ya vas a dar tú guerra, ya." Y su padre, el Cazador, que no había roto un plato, se ufanaba de la copa del hijo y de su competencia". (DELIBES, M. 1993: 23-24)

“El Chico rumia, en silencio, su primera experiencia. Él ignora que acaba de ser cazado por la caza. Que dentro de sesenta o setenta años seguirá escalando las laderas de la sinova, escopeta al hombro, como hacía su abuelo Adolfo con ochenta sobre las costillas. Uno caza a la caza y la caza le caza a uno; no tiene vuelta de hoja. Pero el Chico es aún muy tierno para estas reflexiones. Se arma un batiburrillo creciente dentro del coche en tinieblas”. (DELIBES, M. 1993: 42)

El hijo del Cazador, que oculta tras él al hijo del propio Delibes, tiene un proceso de aprendizaje hasta llegar a la madurez cinegética, con su rito de paso en el que con un arma en la mano recorre el campo tras las perdices. El primogénito, desde bien pequeño, se introduce en la caza de la mano de su padre, que le marca el camino que culminará en su conversión total. Supera etapas, muestra aptitudes y su pericia es el orgullo del padre, que ve recompensado el camino por el que ha guiado a su hijo. En el concepto de masculinidad señalado, dominante en el ambiente cinegético, no es únicamente la conversión en cazador sino que también hay un marcaje en el que se llega a la hombría a partir de su condición cinegética. Esta situación marcará el resto de sus días, o al menos esa es la reflexión del cazador maduro, que no entiende su proceso vital lejos de su pasión venatoria. Este es un discurso ideal, que se ha documentado entre muchos informantes, pero que habría que matizarlo como no vinculante, es decir, variable en la medida que lo es la personalidad individual, que según el caso puede optar por aparcarse o abandonar su condición de cazador. La caza que caza al cazador oculta parte de ese discurso atávico en el que se vuelve a una condición primigenia de la que no se puede escapar

La primera pieza supone el reconocimiento individual y colectivo, es motivo de alegría, de orgullo por parte del cazador y del grupo, más si cabe del maestro, si lo hay, marcando esta experiencia el paso de una condición a otra, así como un recuerdo imborrable en la mayoría de los casos.

No hay para el caso de la caza menor en España un ritual de iniciación propiamente dicho, como puede considerarse la “noviez” en la montería, pero sí que existe de forma genérica ese paso en la categorización cinegética de la muerte y cobro de la primera pieza, que sin un proceso establecido sí es sancionado por parte del grupo.

La reproducción y construcción de un determinado tipo de masculinidad, la sanción social de su estado, de su pertenencia al colectivo, por medio o no de un proceso ritual, se da dentro de un contexto humano que es tal vez uno de los elementos más destacados de la caza. Ésta, para muchos, es difícilmente inteligible sin el grupo, el colectivo, la cuadrilla. Junto a los discursos atávicos, a la transmisión familiar, a la herencia, la tradición, incluso la percepción ecológica, aparece el carácter de sociabilidad como dominante. La importancia del carácter societario de la caza es señalada por Celeste Jiménez de Madariaga:

“A todo se añade el carácter societario de la caza (en unas modalidades más que en otras) y su facultad para facilitar situaciones de encuentros. La convivencia entre los miembros de las sociedades y peñas de caza, la interacción lúdico-festiva y las relaciones de amistad que se establecen entre los cazadores son frecuentes argumentos que se esgrimen para justificar esta práctica. Las cacerías proporcionan contextos

sociales interpersonales o reforzar las ya existentes, ampliar las redes de contactos e, incluso, “hacer negocios”. Aunque estas motivaciones también han sido objeto de críticas en la medida en que la cacería pueda convertirse en un simple acontecimiento social. Asimismo, el turismo cinegético promueve una caza cada vez más individualizada y menos “comunitaria”, donde no existe complicidad ni se establecen relaciones de afectividad entre los cazadores” (JIMÉNEZ DE MADARIAGA, C. 2005: 104)

Hay un estereotipo de grandes cacerías de invitación, con lo más granado de la clase alta, política, económica y social, donde se representa el prestigio y el poder, así como aquellas donde son excusas para contactos de negocios y clientelismos políticos. El cine y la literatura han transmitido en muchas ocasiones esta idea, que no deja de ser real pero que no es lo que se puede documentar en la mayoría de las cacerías que se organizan en la península. Domina un colectivo social que tiene unos intereses más modestos y que buscan en la cuadrilla, cuando existe, o en la convivencia puntual, la interacción entre cazadores, compartiendo las inquietudes propias del grupo.

Las cuadrillas o las redes de cazadores, pueden tener relaciones fuera y dentro del contexto del cazadero. Hay una relación externa a la caza, entendida como aquellos que se reúnen, por amistad, afinidad, cercanía, etc. para acceder conjuntamente al campo, compartiendo coches o itinerario. En un primer momento, producido fuera del espacio cinegético, en el que los individuos, por una serie de relaciones previas, se organizan. Un segundo momento se produce ya en el cazadero, entre los miembros allí congregados. La primera interacción se da entre aquellos que ya se conocen. El tercer momento es la interacción general, ampliando las redes con otras personas que no entraban en los grupos previos y que interactúan entre ellos.

La sociabilidad se puede entender como las relaciones interindividuales, o siguiendo a Javier Escalera, como “un único sistema que integra todas formas de interacción social”. Esta definición considera la relación que se establece dentro de un grupo u organización ya existente, con unas funciones y objetivos específicos, de índole económico, administrativo, político o religioso, entre otros, y con una estructura muy condicionada en el ámbito de la relación individual, a la que llama “sociabilidad institucionalizada”. Asimismo, también la sociabilidad integra a esa otra relación que se establece entre sus miembros de forma voluntaria, al menos aparentemente, dando lugar a grupos, que pueden convertirse en asociaciones o no, que se organizan debido a intereses recreativos, actitudes deportivas, acciones de interés común, etc. “alejadas en cualquier caso de los objetivos y funciones fundamentales tendentes a la producción y reproducción social, que correspondería a las de la primera categoría” (ESCALERA, J. 2000).

La estructura del grupo cinegético se podría incluir dentro de la sociabilidad no institucionalizada, donde debido a una afición común un grupo de personas se reúne para practicar una actividad conjunta. Estaríamos ante una asociación, mejor dicho,

ante un proceso de asociacionismo, en el que, con las peculiaridades antes comentadas, una serie de socios, con el correspondiente pago de una cuota, tienen el derecho de cazar durante una temporada en los terrenos de un coto de caza. La estructura en la gestión, la implicación de los socios en la misma, los conflictos internos que surgen debido al funcionamiento ordinario de la organización, ya han sido apuntados anteriormente, por lo que no se repetirán, sino que hay que referirse a dos aspectos fundamentales para entender los aspectos relacionados con la sociabilidad: ¿dónde se produce la sociabilidad? ¿Cuándo se produce la sociabilidad?

La interacción social y la construcción de identidades son posibles a partir de la sociabilidad de los individuos, combinado su carácter individual con sus necesidades colectivas. En este aspecto, el lenguaje como acción comunicativa supone el elemento fundamental de transmisión porque sin él quedaría vacío el proceso. Por tanto, a nivel general, y en este caso dentro del grupo de cazadores, la sociabilidad entre ellos se convierte en un punto de partida fundamental para la perpetuación del colectivo, la creación de una identidad y la acción en sí.

Es interesante incluir una reflexión que de alguna forma matiza el énfasis societario que se expone. El profesor Enrique Couceiro señala que incidir en un análisis excesivamente societario corre el riesgo de caer en una “mistificación sociológica”. La manifestación colectiva sería una característica de la caza, pero no necesariamente la más relevante, ni siquiera la más significativa en algunos casos. Es evidente que se van a defender los aspectos colectivos de la caza, tanto en la acción como en la construcción de la misma y en su vertiente identitaria, pero en ningún caso se abandona su carácter individual, más si cabe cuando se tiene presente las modalidades puramente individuales, como el aguardo, el rececho o la caza de la perdiz con reclamo, entre otras. La cuestión se plantearía cuándo y cómo la experiencia individual da el paso al campo colectivo, algo que ocupa muchas páginas del texto. La fórmula de los tres momentos cinegéticos no es más que una herramienta que intenta abordar esta cuestión. No pretende “sociologizar” una actividad configurada en gran medida bajo una “experiencia existencial”, sino atender a estos elementos para interpretar cómo se ponen en común y a partir de ahí configurar una realidad compartida entre los cazadores.

Uno de los puntos interesantes que vienen propiciados dentro del seno de los cazadores es la clasificación interna que se realiza. Desde fuera, entre los no cazadores, y reduciendo el problema, se puede considerar como cazador a aquel que desarrolla la acción de cazar. De esta forma se homogeneiza a un amplio colectivo donde los intereses son muy variados, así como las actitudes que se realizan en el medio. Es evidente, no obstante, que el que caza es cazador, en sentido lato, y que el cazador caza. Pero atendiendo a los discursos internos, se puede considerar el hecho de que no todo el que caza es considerado cazador y que el cazador no tiene por qué cazar. La actitud, el respeto hacia el medio y los compañeros, la consideración hacia la

pieza, el conocimiento, la formación o el interés por los problemas globales del sector, son algunas de las variables, entre otras, que influyen en la categorización y en la clasificación interna del grupo. No hay una jerarquización basada en elementos de prestigio y poder, aunque en algunos casos renombrados, como el caso de empresarios, políticos o familia real, así se llegue a considerar, sino que domina el hecho del conocimiento, la aptitud y la actitud para esta catalogación.

Uno de los calificativos utilizados es la oposición entre *escopetero* y *cazador*. El primer término, peyorativo para aquel que lo recibe, define a aquel cazador poco respetuoso con el medio, compañeros y acotado, con un afán por *matar* el mayor número de piezas posibles, utilizando métodos que en ocasiones no están legalmente permitidos o están sancionados negativamente por el grupo. El control de depredadores es una de las acciones donde la actitud agresiva y poco reflexiva de cazadores individuales y cuadrillas, que utilizan métodos no selectivos tajantemente prohibidos por la ley. Dentro de la gestión cinegética, como se verá más adelante, el control de depredadores es una actividad regulada, necesaria y que debe racionalizarse dependiendo de las características de cada acotado. Sin embargo, hay casos donde se mantiene el concepto de alimaña y se considera a cualquier depredador como enemigo al que eliminar. El zorro o el gato montés son los clásicos, pero también rapaces como halcones, águilas o búhos son eliminados mediante cebos envenenados o incluso por disparo directo. Este es el caso documentado en un coto privado de la Región de Murcia en el que las piezas son quemadas para evitar que los agentes medioambientales puedan identificar los animales muertos mediante el chip electrónico con el que están censados. Si bien este hecho se produce no hay que generalizarlo sino pensar en actitudes individuales que empañan en muchos casos la imagen del grupo y redundan en la elaboración de estereotipos negativos.

Junto al calificativo de *escopetero* aparecen otros como el de *matador* o *furtivo*. Este último no se refiere tanto al cazador ilegal sino al que no cumple con las normas impuestas por el grupo dentro de la legalidad, por lo que se podría hablar de prácticas furtivas³¹. Al furtivismo se hará referencia más adelante atendiendo a su imagen romántica, la situación actual, afectada por la comercialización de la caza, y las

³¹ Esta opinión muestra la idea del furtivo no como delincuente sino como cazador ideal, y de la comercialización cinegética, que trae aparejada nuevos tipos de cazadores:

“Furtivos nos llaman, ¿pero quiénes?, pues fácil, aquellos que solo pueden entender la caza de un modo comercial y legislativo, un modo creado a medida de unos, acotado, limitado, cercado, impuro, vulgar y que ha degenerado sin poder evitarlo en la desaparición del factor más esencial para que la caza sea caza, el cazador, y automáticamente la desaparición del cazador y la llegada de tantos con escopeta ha generado una presión sobre la presa que hoy por hoy no puede soportar, luego la caza no es sostenible tal y como hoy se realiza, y es bien cierto que el único ausente en este mundo actual de la caza es el cazador, por lo menos yo solo veo ineptos cazando.

La caza hoy tiene lo que se merece, y solo se puede merecer gente que a cambio de dinero espera matar, y si no es así se quejan, y se quejan, y hablan de estafas, sin tener ni puta idea de lo que vale el dinero en el monte, nada, no sirve, no garantiza nada, el dinero no caza, en todo caso puede dar la opción de cazar en ciertos lugares pero como el paganini es inepto sigue sin garantizarle nada” (37-F. 4 de enero de 2007).

prácticas furtivas que en ocasiones se producen por aquellos que están sin duda dentro de la legalidad. Otra de las catalogaciones viene dada por el término *intruso*, o *cazador de posibles*, con el que se denomina a aquel que movido por determinadas razones, entre las que sobresalen las de índole económica y esnobismo se adentra en la actividad cinegética sin unos conocimientos definidos tanto en modalidades, especies, técnicas, etc. como de respeto hacia los compañeros. Por ello, según algunos informantes, no distinguen, y no les importa, el tipo de caza en la que participan, no participan del constructo ideológico que categoriza a la caza como una actividad de reminiscencias atávicas donde el hombre vuelve a formar parte de la naturaleza.

Despreciado y anhelado, denostado y admirado, el furtivo es sin duda una de esas figuras míticas cinegéticas. A él se le atribuyeron toda una serie de cualidades que enfrentan con las del cazador común, actor esporádico de fin de semana. El referente literario de Juan Lobón es para algunos cazadores una de las cumbres de la literatura cinegética, además de un espejo de saberes y aventuras. El cazador en estado puro que vive en el monte y que por oficio tiene el perseguir a las reses, a cortar el vuelo de la perdiz, a oler el tomillo y escrutar el cielo, a dormir bajo las estrellas, a no tener que dar cuentas a nadie y a ser libre, al igual que la caza. Furtivo porque no se amolda a las leyes y sigue una tradición atávica: buscar la pieza para satisfacer su necesidad. El furtivo es un rebelde, en su origen modesto, que no se amolda a la ley ni a las exigencias en las que se ha de pagar por cazar, no entiende cómo puede hablarse de propiedades de los animales, delimitar terrenos o incluso vallarlos. El furtivo tiene de esta forma un romanticismo que dispara la imaginación del cazador. Algunos fragmentos de *El mundo de Juan Lobón* ilustran esta idea del cazador modesto, rebelde, que no entiende que su delito sea hacer aquello que sabe: cazar.

Uno de los repetidos comentarios entre cazadores es que el que más sabe de caza es el furtivo. Como estrategia para reintegrarlos en la privatización del monte, con la creación por ejemplo de los grandes cotos de Sierra Morena se contó con una guardería confeccionada a partir de antiguos furtivos, porque eran ellos los que mejor conocían los lugares y los que mejor podrían defenderlos.

El cambio operado a nivel general en la caza también ha afectado al furtivismo y a la idea que se tiene de él. La imagen idílica se trunca cuando contra quien afecta su actuación es un coto privado que cuesta una importante suma de dinero a sus gestores, socios o titulares. Juan Lobón contrasta con aquel otro que durante la semana, o incluso fuera de veda, caza perdices o conejos, y esquilma sus poblaciones, sufriendo este hecho el cazador urbano que llega el fin de semana y no encuentra aquello que esperaba. La idea del noble bandolero que quita al rico para dárselo al pobre se desmonta, porque han sido sus intereses directos los vulnerados. La guardería contratada no se muestra eficiente y la sospecha recae sobre ella, entrando en un círculo de susceptibilidades.

Actualmente hay un furtivismo centrado en la caza mayor. El objetivo son las grandes fincas y los vallados cinegéticos. El furtivo mata la res con la idea de vender el trofeo, que en muchas ocasiones lo tiene apalabrado con anterioridad, o incluso vender la carne a restaurantes y bares. Otra opción es la de vender la caza. Ofrece a un cazador la posibilidad de conseguir un importante trofeo a cambio de una elevada suma de dinero. El furtivo acompaña al cliente y le dirige hacia donde está la pieza. La emoción, el riesgo, la ilegalidad es lo que atrae a estos cazadores, el sentir algo distinto a la habitual práctica cinegética, controlada y tipificada, saltarse las normas bajo la romántica idea de su ruptura.

Las distintas consideraciones sobre los tipos de cazadores se realizan dentro del grupo. Es en su seno donde se construyen las clasificaciones y los atributos que a cada uno se les asigna. Hacia el exterior, la imagen es homogénea, asimilando tanto la caza como los cazadores dentro de un mismo significado monolítico. No hay una distinción entre tipo de caza, todos los cazadores aparecen clasificados en un mismo bloque, donde predominan los aspectos negativos, que son los más difundidos dentro de la opinión pública. La imagen estereotipada del cazar se basa en la violencia inútil, en la muerte vana de animales y en las prácticas furtivas e ilegales, con el uso de trampas, cebos y venenos, así como la captura y muerte de especies protegidas. Estas noticias saltan periódicamente a los medios de comunicación, provocando una reacción anti-caza entre muchos sectores y una indignación entre otros tantos cazadores por el hecho de ser considerados a todos por igual.

Los “secretos” de la caza, los “secretos” que maneja el grupo, según cada uno y cada zona, incluyen prácticas que provocan el escándalo cuando salen a la luz. Para el control de alimañas se utilizan en muchas ocasiones métodos no selectivos, sin autorización legal, que pueden llegar a provocar daños a especies protegidas. La justificación de éstos se basa en el daño que ciertas especies producen a la caza. Algunos cazadores consideran que al ser ellos los que protegen y cuidan la caza están autorizados para el control de aquello que puede dañarla, independientemente de que los medios que se utilicen sean legales o no. Es el hecho de la propiedad, de la domesticación de la naturaleza, la que sirve como motor ideológico para realizar estas acciones.

Existen determinados colectivos de cazadores, concienciados no sólo de que la caza se enmarca dentro de las pautas del desarrollo sostenible sino también que hay que revalorizar la figura del cazador como medio de defensa y promoción de su actividad. Por ello condena cualquier tipo de acciones y a sus infractores. La problemática deriva de la enorme heterogeneidad existente y los encontrados intereses que aparecen. Se piensa, desde algunos sectores, que es normal, dicho vulgarmente, la mala prensa que tienen los cazadores y que de alguna forma lo tienen bien merecido por su actitud y por su desunión. Una acción conjunta, basada en la concienciación de una práctica cinegética respetuosa con el medio, con una campaña hacia el exterior

del sector, sería una forma de iniciar ese lavado de imagen que consideran tan necesario.

La unión del colectivo de cazadores es una de las taras que desde los grupos más comprometidos se echa en falta. No hay una fuerza común con la que hacer frente a las medidas legales en materia cinegética, que son consideradas como un agravio contra esta práctica. Las instituciones cinegéticas, representadas por la Real Federación Española de Caza, las federaciones regionales y la Oficina Nacional de Caza, no son, para la mayoría, los foros desde los que se defiende y promociona la caza, sino lugares donde los significados económicos y sociales priman por encima de los cinegéticos. El millón de licencias de caza del que aproximadamente se habla a nivel nacional, no tiene una representación en consonancia. Son muchos cazadores los que se quejan de este hecho, de la desunión entre los mismos, de la intolerancia, de las diferencias regionales, de la desvirtuación que la caza ha sufrido en los últimos años, de los intereses económicos que la rodean, del *snobismo* que en determinadas ocasiones representa, lo que provoca una disgregación de objetivos y de intereses. Cabe preguntarse a qué se debe este hecho. Para ello hay que volver sobre el concepto mismo que rodea a la caza.

La idea del hombre solitario, acompañado a lo sumo por su perro, rastreando el monte en busca de esas señales que visualicen lo invisible, que le hagan presente la imagen fugaz del animal, es una de las bases sobre las que se entiende la actividad cinegética. Hay un alto grado de individualismo, incluso en aquellas modalidades en las que el trabajo en equipo es el que determina los resultados. El asociacionismo se produce a nivel de cotos de caza determinados, aquellos en los que existe la figura del socio anual y de la cuadrilla. En otros cotos, aquellos intensivos, no existe el socio como tal, la cuadrilla no se forma allí sino que accede, cuando lo hace, para practicar una actividad puntual. Esta actividad individual implica unos intereses propios, que no siempre coinciden con los del compañero. Partiendo de este concepto, la unión encuentra una traba de base que es la considerada por algunos la esencia misma de la caza, la búsqueda de la caza del hombre integrado como individuo en la naturaleza. A esto hay que unir, como ya se ha dicho, los numerosos intereses que llevan a practicar la actividad y que, en muchas ocasiones, no quieren ni consideran necesario una asociación de amplio calado.

¿Se podría considerar que existe una *identidad cazadora* independientemente de la heterogeneidad del grupo? Esta identidad se basaría en la existencia de unos códigos comunes, de un lenguaje compartido, de una simbología, que definen unas características básicas. Más allá de las representaciones socio-profesionales, de género o étnicas, aparece una conciencia colectiva basada en unas premisas básicas. El hecho de la denominación implica una clasificación, que cuando se asume por el individuo y el grupo implica un hecho identitario. Sí que hay una conciencia de cazador, de ser cazador, y de cazadores, de ser cazadores, y por tanto, de no ser

cazador, de no ser cazadores, catalogando así no sólo a los que no practican la caza sino, y esto es lo más relevante, a los que la practican. Son las normas de pertenencia, la diferencia entre el *nosotros-ellos*, las que sirven para esta distinción. Existe un proceso individual en el que se interioriza una serie de elementos que estarán proporcionalmente relacionados con la identidad colectiva con la que se relaciona. La identidad grupal es elemento de cohesión de la individualidad y sirve para transmitir una serie de valores expresados en la socialización y visible en la interacción social. El individuo en comunidad siente unas características comunes con sus iguales, participa de una serie de normas que sirven para activar una acción con esos *otros* no pertenecientes al grupo. En todo caso, la identidad es una construcción social variable en la medida que lo es el contexto en el que se mueve. Entenderla como un bloque monolítico supondría alejar el estudio de la misma de la realidad en la que se inserta, provocando una falacia en el análisis del proceso. El proceso de cambio debe estar por tanto presente, y en el caso que nos ocupa, atender a éste para distinguir el hecho de los distintos discursos que sobre la imagen del cazador aparecen.

Como se ha señalado en líneas anteriores, y se retomará al hilo de la narración en capítulos siguientes, la caza, como actividad imbricada en el medio natural, con una tradición secular en tierras peninsulares, se relaciona en gran medida con una práctica cargada de *autenticidad*. De hecho, como veremos, la pérdida de ésta supone una de las percepciones sobre el cambio acaecido y la modificación de valores, que lleva a muchos a cuestionarse si lo que realmente se vive hoy puede denominarse “caza”.

En gran medida, el cazador persigue una experiencia auténtica que lo devuelva a los orígenes, pero esta “autenticidad” es una construcción ideológica basada en unas premisas de base que la sustentan. Se recrea en el grupo, en la cuadrilla, a través de actos, de comidas, de reuniones, que unen aquello que consideran que está más cercano a la naturaleza, la ruralidad, como comidas “típicas” del agro o del pueblo (migas, potajes, carnes de caza, etc.) frente a los refinamientos *urbanos*, o se vende, para el caso de las cacerías organizadas, este *front*, como se verá claramente para el caso de la montería, donde la experiencia auténtica, en la mayoría de ocasiones, oculta una perfecta escenografía. En el caso del denominado turismo cinegético se compagina una oferta que conjuga la “rudeza” del medio, la abundancia de especies, en una recreación, ficticia por otro lado, de un ambiente anterior, donde el número de piezas era mayor, con una cuidada selección de infraestructuras y un servicio propio de hoteles de cierta categoría. Por lo tanto, esa experiencia auténtica esconde una contradicción, que si bien conocida, o al menos intuita por el cliente, no resta alicientes al considerar que la acción sí que cumple las expectativas buscadas³².

³² Sole Jiménez Seto describe esa “autenticidad” que necesita para su plenitud el opuesto, la comodidad que se aleja en la construcción social del mundo rural, lo que habría que considerar a la vez como un urbano-centrismo fácilmente desmontable:

La vuelta al campo, al monte, a sentirse libre lejos del encorsetamiento urbano es una de las señas de identidad a la que se han referido numerosos informantes durante el trabajo de campo. En un momento donde la tecnología afecta a todos los campos de la vida, donde las comunicaciones dominan cualquier actividad, donde la llamada globalización unifica, de una forma u otra, las formas de vida de todo el planeta, la vuelta a los orígenes es uno de las banderas que construyen el armazón teórico del concepto de caza y de cazador. La caza relacionada con el espíritu atávico del hombre, con unas normas en las que él lucha contra los elementos naturales con su arma más preciada, la razón, sigue siendo la base del discurso. Para ser considerado como cazador, la actitud en el campo y fuera de él es fundamental. El cazador debe ser respetuoso con el medio, porque de él extrae la materia prima que busca. El cazador busca la caza, y no cualquiera, la caza natural, la caza salvaje, la que proporciona el campo. El cazador debe conocer los terrenos y sus características, la naturaleza, para adentrarse en sus ritmos y mimetizarse en ella, como depredador, con la idea de cazar únicamente lo que se va a comer. El cazador, aparte de su individualidad, está inmerso en un trabajo colectivo, y por tanto debe ser consciente de esto, no sólo en el mismo cazadero sino fuera de él, esta actividad colectiva significa una interacción que debe ser fluida y que debe integrar al grupo para una acción común. El cazador recuerda constantemente otros tiempos cinegéticos más favorables, donde la naturaleza se mostraba en su plenitud y donde abundaban los animales, donde las leyes no llegaban y sí lo hacía la ética del hombre, que sabía qué cazar en cada momento y guardar la caza para no acabar con una fuente de subsistencia. En definitiva, se fabrica un discurso justificativo de qué es ser cazador basado en dos grandes apartados: actitud de cazador, respeto al medio ambiente, a las normas y al colectivo, y caza natural, huyendo de la caza *artificial* y de las granjas cinegéticas.

“No basta pues con parecer auténticos, porque la autenticidad turística es una autenticidad ficticia. Y, en la ruralidad turística, las moscas molestan y el olor a estiércol también. El olor a rancio en las habitaciones, el polvo en las instalaciones, la suciedad, los muebles destartados que ya no parecen antiguos sino viejos, el inodoro que gotea, la insuficiencia de agua o la suciedad de la misma, se hacen intolerables. Si la comida casera tarda horas en llegar a la mesa, si no nos gusta y no se nos ofrecen alternativas, si, por muy casera que sea es reiterativa, si los mosquitos caen encima de la mesa cuando se está comiendo, si el servicio nos ignora a nosotros y a nuestras demandas, si debemos cambiarnos de habitación aunque ignoremos el motivo, si el idílico paisaje es una maleza enmarañada que está llena de telarañas, si las flores que adornan los balcones están muertas, si en el magnífico pero polvoriento porche sólo hay una butaca y una mesa desvencijadas y éstas se convierten en el objeto de deseo de todos los huéspedes y la batalla por conseguirlas es una lucha diaria que te enfrenta a tus congéneres turísticos, si no sabemos dónde tender la ropa, si la cama y las sábanas que la visten son pequeñas y acabamos durmiendo encima del colchón, si la tele no funciona... se está arruinando la experiencia turística y de nada sirve apelar a la militancia rural/ecologista de los turistas para que reconozcan que estas cosas son normales en el contexto rural” (JIMÉNEZ SETO, S. 2005: 138-139)

4. Caza y deporte

La *caza* como deporte, la *caza* como actividad deportiva, la *caza* como ejercicio físico, la *caza* como elemento que sobrepasa estos conceptos y se relaciona con algo más profundo, con una tradición, con un patrimonio etnográfico, e incluso, para algunos, con una necesidad, un instinto atávico, una “llamada de la sangre”, como señala el antropólogo francés Bertrand Hell.

Simplificando la cuestión se podría igualar caza con deporte, basándose en la calificación que desde las instituciones oficiales e incluso desde la normativa legal se hace del tema. Pero si se atiende incluso a esa legalidad, pero sobre todo, a los discursos reproducidos entre los cazadores, se observa como el tema no es tan sencillo. Ha habido una asociación oficial de caza-deporte, lo que ha creado una infraestructura de federaciones y organismos que le han dado esa normatividad que antes no existía. En contraposición ha surgido una reacción a este hecho, por considerar que esta asimilación implica una reducción de la complejidad de la venatoria y de lo que conlleva a nivel sociocultural. Estas posturas son encontradas, en algunos casos, y en otros delimitados a través de la percepción *emic*, considerando que si hay competición se puede hablar de deporte cinegético, y de otra forma se hablaría propiamente de caza. Uno de los informantes, presidente de una sociedad de cazadores de la provincia de Valencia y de una asociación de sociedades de caza de la Comunidad Valenciana, es uno de los más reflexivos sobre el tema y su postura es a nivel nacional una de las más conocidas en cuestión de no considerar la caza como deporte:

“Yo al hablar de deporte y caza es subir mucho el listón. Eso no lo entiende la gente, cuando le dices, oiga, que usted no pega tiros en un campo de tiro, usted va a correr detrás de las liebres en el monte, eso sí que lo entiende, cuando no es lo mismo, porque el deporte, según la definición de la Real Academia es actividad física, como competición, juego y competición. Eso es el deporte, y el que diga que la caza, como la entendemos los cazadores, el ir detrás de las perdices o como dice la Real Academia: perseguir, acosar... Si tú dices que la caza es un deporte refiriéndote a la persecución, eres un ignorante, porque me estás hablando de unas palabras que tienen unos significados y estás utilizándolas para otros fines, por ignorancia, no porque no sepas leer ni escribir serás un analfabeto. No es deporte la caza, hay deporte en la caza” (33-E. 8 de enero de 2006)³³.

³³ Un artículo de este cazador fue publicado en el número 165 de septiembre de 1999 en la revista Feder Caza, bajo el elocuente título de *Caza y deporte*:

“La cinegética, “arte de la caza”, según el diccionario de la Real Academia, está considerada actualmente como un deporte, es decir, como una actividad lúdica, sujeta a reglas fijas que se practica en forma de competición individual o colectiva.

A pesar de ser ésta una opinión muy extendida también hay una parte, como se verá más adelante, que iguala la caza con el deporte, postura que viene defendida desde la Federación de Caza, que si bien no lo hace tan explícitamente sí que lo hace como ejercicio físico, por lo que el término deporte se asimila a esto. Lo que a continuación se pretende es reflexionar e interpretar sobre esa relación y la importancia de la misma para un hecho más general, que no es otra que la de la propia definición de caza.

La consideración de la caza como deporte, o como actividad completamente distinta de él, aparece en los discursos documentados en el colectivo de cazadores. Los estudios que desde la antropología se han realizado alrededor de la temática deportiva han demostrado su complejidad conceptual, que aumenta más si cabe al estudiar a un grupo que no tiene una postura inequívoca sobre el tema. Sobre la importancia actual del deporte en nuestra sociedad Díez Mintegui señala que:

“La evidencia de la importancia que el mundo del deporte, como práctica y espectáculo, tiene en la sociedad actual --reconociendo la complejidad y dificultad de su definición y acotación, al considerarlo como un «sistema abierto» y «cambiante» (García Ferrando 1990)--, es patente cuando se afirma que «el conocimiento del deporte es la llave para el conocimiento de la sociedad» (Elías 1994: 25).” (DIEZ MINTEGUI, C. 1996)

Por lo que se refiere a la caza en sí, Jiménez de Madariaga (1999, 2000) la considera como “actividad deportiva”. A pesar de esto, se observa en esta igualación una indefinición, que circunvala de alguna forma la cuestión teórica partiendo de una postura ambigua, no entrando de lleno en su análisis:

“La caza constituye una actividad deportiva de carácter individual (no en equipo) y no profesionalizada en el sentido de la inexistencia de deportistas contratados para este

Si bien es cierto que dentro de la práctica cinegética existen modalidades deportivas, la realidad es que “la caza” no puede catalogarse sólo como una actividad de competición, ya que su trascendencia alcanza a otras vertientes como la protección del medio ambiente, en lo que respecta a su contribución al mantenimiento y conservación de las especies cinegéticas, la economía por ser un posible motor de riqueza para las zonas rurales más desfavorecidas de la geografía, y el ser un nexo de unión entre el hombre y la naturaleza. De hecho, la consideración de la caza como materia con entidad propia ya viene reflejada en la Constitución (apartado 11 del artículo 148.1) que la contempla junto con las materias de pesca y agricultura y la separa del deporte, que aparece en el apartado 19 del referido artículo.

Esta exposición de hechos, unida a la realidad actual de la práctica cinegética, debería llevarnos a reflexionar sobre el hecho de si “la caza” ha de continuar estando supeditada al deporte o si por el contrario, “caza” y “deporte” podemos considerarlas como dos materias que tienen objetivos distintos y persiguen fines diferentes. Y todo ello con la finalidad de que la caza, el cazador, las personas y entidades que la fomenten y mantienen, y el mundo que las rodea, ocupen el lugar que les pertenece y puedan tener el marco legal que les corresponde como así debería ser, ya que la actividad cinegética es una actividad milenaria, por tanto, anterior al deporte, como tal”. Victor Rafael Mascarell Mascarell.

fin, por el contrario, practicar la caza suele reportar cuantiosos gastos por el pago de los puestos, equipamiento, desplazamientos, etc. Tampoco se trata de un deporte espectáculo; salvo para los acompañantes, la caza no posibilita la presencia masiva de espectadores. La competitividad entre los participantes se dificulta por la disipada idea de "vencer" en una jornada de caza, fundamentalmente en la caza mayor donde no cuenta tanto el número de piezas logradas sino la calidad de éstas". (JIMÉNEZ DE MADARIAGA, C. 1999: 160-161)

Caza, deporte y ocio. La complejidad de la cuestión obliga a precisar términos para no enredarnos en una maraña conceptual de difícil solución. Según la primera acepción del Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, Deporte es la actividad física, ejercida como juego o competición, cuya práctica supone entrenamiento y sujeción a normas. La segunda acepción, en cambio, se acerca más a lo defendido por los que consideran la caza como deporte: "Recreación, pasatiempo, placer, diversión o ejercicio físico, por lo común al aire libre".

Las definiciones suelen servir como marcos explicativos, como clasificaciones de la realidad, para la aprehensión y comprensión de un determinado hecho. No se escapa que el hecho mismo de definir conlleva a su vez la matización de esa definición, convirtiéndola de inmediato en foco de análisis crítico. Las ciencias sociales y la antropología, fundamentalmente, no suelen tener unas definiciones estancas e inamovibles para la explicación de los hechos culturales, al contrario, se suele buscar más una conceptualización abierta al debate y la crítica. Esto se debe, en gran medida, al carácter polisémico que tienen los hechos culturales, que impiden una clasificación rígida y tienen que englobar todo un complejo marco significativo. A la hora de definir el término deporte ocurre lo mismo. Dentro no ya de la dificultad de la definición, sino de la utilidad de la misma, es interesante la cita de Vincenzo Padiglione, donde hace referencia al reduccionismo y falacia que supondría una única definición del concepto:

"Tenemos delante un contexto sui generis, dotado de una irresistible capacidad de penetración cultural y dilatación social. Ecléctico y poliédrico en su fenomenología, el deporte presenta una gran variedad de comportamientos, un repertorio de marcos cognitivos, una gama abigarrada y contradictoria de valores, una gran riqueza de modelos expresivos. Cada definición aparece, entonces, totalmente reductiva; cada intento de acotación, fatalmente destinado al fracaso". (PADIGLIONE, V. 1996: 395)

Desde la Federación de Caza Española se señala que: "La caza es un instrumento idóneo para el mantenimiento del equilibrio y la salud de los ecosistemas, ya profundamente transformados y condicionados por el ser humano en la práctica totalidad del planeta. La gestión de este instrumento genera, por otro lado, importantes economías de las que dependen amplios sectores de la sociedad. Desde

una perspectiva más filosófica y antropológica, el ejercicio de la caza deportiva por parte de sus aficionados en las actuales sociedades industrializadas representa la pervivencia de, y la no renuncia a, un placer natural y atávico asociado a la satisfacción de una prehistórica necesidad de supervivencia"³⁴.

Junto con el discurso ecológico aparece el término de caza deportiva, vinculándolo con una actividad de ocio y no de subsistencia. La Real Federación Española de Caza se crea al amparo de la Ley del Deporte, centrándose en gran medida en la caza como actividad deportiva y recibiendo subvenciones oficiales por parte del Consejo Superior de Deportes y del Comité Olímpico Español (C.O.E.). La concepción de este organismo conjuga por un lado el hecho mismo de la competición deportiva con la coordinación de las distintas federaciones existentes en el país, así como la "regulación y defensa de las legítimas aspiraciones de los cazadores y de todo el entramado socio-económico que rodea la actividad de la caza", en palabras de su propio presidente.

Al concepto deporte va unido el concepto de ocio. Aquí se da una situación que nos pone en guardia sobre la complejidad del fenómeno estudiado. Para aquellos que económicamente viven de esta actividad, directa o indirectamente, no estamos ante una práctica relacionada con el ocio o tiempo libre, al contrario, es un trabajo y una fuente de ingresos. El tiempo de ocio se relaciona con los cazadores, en gran medida urbanos, para los que la actividad supone una distracción y una actividad deportiva:

"Aparte de los colectivos económicamente implicados cercanos al espacio rural, la conceptualización de la caza se manifiesta bajo la perspectiva del ocio. Para la mayoría de los cazadores, muchos de ellos provenientes de ámbitos urbanos, la caza supone un entretenimiento, un pasatiempo o, desde una consideración más amplia, el ejercicio de un deporte con, a veces, una fuerte carga de competitividad" (JIMÉNEZ DE MADARIAGA, C. 1999: 159).

Casi habría que plantearse una reflexión epistemológica a la hora de tratar el tema de la caza y el deporte. Por un lado está la información recogida a través del trabajo de campo. Las opiniones recogidas entre cazadores de distintas zonas del país coinciden que si bien el ejercicio físico que supone la caza es importante, en algunos casos, calificarla como deporte no es del todo correcto pues no hay una competición. Aparece una reducción de términos en los que se iguala deporte con actividad física, aunque posteriormente se matiza el tema señalando que la caza es algo más complejo, es algo más que un deporte. La caza como deporte la entienden cuando existe una competición como las de tiro al plato, tiros de pichón o campeonatos de caza menor,

³⁴ En <http://www.fedecaza.com/esp/canalcaza/generalidades>

entre otras, en los que por medio de la federación se realizan estas actividades, reglamentadas y con calendarios de competición.

En el libro *Socioecología de la caza*, Ramón Grande del Brío, trata, entre otras cuestiones, la relación entre la caza y el deporte. Desde una perspectiva crítica hacia la actividad cinegética y a la modificación, alteración y perjuicio que la gestión tiene sobre el medio natural, contextualiza el hecho de la caza deportiva como una rama más de su tesis general. Según su denominación, la “caza primitiva” difiere del “deporte de la caza” en el hecho de que en la segunda el hombre rompe el equilibrio ecológico bajo unos presupuestos de esparcimiento o, en otros casos, de control sobre especies dañinas para la agricultura o la ganadería. El hombre como depredador inmerso en las normas ecológicas podría “ejercer sus funciones de regulador de poblaciones de consumidores primarios en la medida que éstos se encuentren en situación de equilibrio dentro del ecosistema” (GRANDE DEL BRÍO, R. 1982: 21). Considera como “cazador primitivo” a la caza en época prehistórica y la que se realiza entre las “sociedades primitivas”, denominadas así por la antropología clásica. Frente a este tipo de caza y cazador el mismo autor señala que:

“La actuación del cazador humano civilizado deja mucho que desear en este aspecto, es decir, como depredador. Por lo general, la consecución del mejor trofeo se lleva a cabo a costa de sacrificar los mejores ejemplares. Si se trata de un ciervo, o de un alce, o de un gamo, por ejemplo, será el ejemplar más robusto y mejor armado, aquel de cuerna más ramificada y ostensible, el que será víctima de los disparos del cazador. El deseo de conseguir trofeos ha sido, en el caso concreto del ciervo europeo (*Cervus elaphus hippelaphus*), la causa de la degeneración genética de la especie” (GRANDE DEL BRÍO, R. 1982: 22).

Esta pérdida del carácter depredador de la caza en la actualidad es la que ha llevado, según el autor, a convertirla en un “puro deporte”, que, aun así, conserva “su carga inercial de competitividad, de reencuentro -no fusión- con la Naturaleza” (GRANDE DEL BRÍO, R. 1982: 13). En este sentido, entender la caza como deporte supone una separación del hombre con el ecosistema, ya que éste entra a formar parte únicamente de las necesidades humanas y convierte la naturaleza en un mero escenario donde realizar su labor. La postura crítica contra el cazador actual le lleva a considerarla como reflejo de la sociedad de consumo y de la rentabilidad que supone la mercantilización del medio. La opinión del autor sobre la caza como deporte y su relación con el medio natural se ponen de manifiesto en el siguiente párrafo:

“La desvirtuación del deporte de la caza practicado por el hombre de la civilización ha surgido inevitablemente como una consecuencia más de la obsesiva manía de artificializar todo -propia de las sociedades industrializadas-. Pero no se reduce ello al mantenimiento de unos factores estereotipados que convierten la caza en un sucedáneo

de la depredación. No. El cazador- es decir, la sociedad civilizada- va más lejos todavía. Convierte la caza en un sucedáneo... del deporte. Y así, erradicadas violentamente de sus áreas naturales o tradicionales las distintas especies cinegéticas, el cazador se ve en la necesidad- si de continuar practicando el deporte se trata- de repoblar, soltando para ello en determinado lugar animales previamente capturados o criados en granjas. Es forzar el ritmo de las cosas. Es amanerar el deporte de la caza. Es, en definitiva, falsear la autenticidad de la práctica venatoria”. (GRANDE DEL BRÍO, R. 1982: 199-200)

La crítica hacia la caza tal y como se entiende en la actualidad aparece en todo el libro, haciendo especial hincapié a la distancia existente entre el respeto ecológico y la práctica venatoria, relación que viene dada desde época medieval y acentuada a partir del siglo XVI con la generalización de las armas de fuego.

El prólogo escrito por Ortega y Gasset al libro del Conde de Yebes, *Veinte años de caza mayor*, como se ha dicho, es uno de los textos de referencia a la hora de abordar la problemática de la caza a nivel teórico. Referido a la caza como deporte distingue entre una caza utilitaria y una caza deportiva, la primera basada en las necesidades de la subsistencia y la segunda liberada de esta necesidad. Con esto no quiere defender el hecho de que la caza sea exclusivamente un deporte sino que lo que pone de manifiesto es la profundidad del término como experiencia humana que representa:

“...Que la caza sea un deporte es indiferente a la caza. Porque hay la caza puramente utilitaria, que practicaba el hombre de la época paleolítica y que practica el cazador furtivo de todas las épocas. Ahora bien: esta caza, nada deportiva, no es menos caza que la otra. La caza no se puede definir por sus finalidades transitivas- utilidad o deporte-. Estas quedan fuera de ella, más allá de ella y la suponen. Cazamos para divertirnos o para alimentarnos; pero estas aplicaciones que libremente damos a la caza implican que ésta es ya y que tienen su consistencia propia antes o aparte de aquellas aplicaciones”. (ORTEGA Y GASSET, J.1999: 32)

Ortega en el texto considera como deporte “el esfuerzo realizado por complacencia en él mismo y no el resultado transitivo que ese esfuerzo rinda”. En este sentido, la caza utilitaria tendría como fin la muerte del animal, mientras que la caza deportiva estaría más interesada en las actuaciones previas realizadas para conseguir la muerte del animal. Lo que era medio se convierte en finalidad: “no se caza para matar, sino, al revés, se mata para haber cazado”. Esta opinión no surge únicamente de la reflexión sino que surge del conocimiento y la relación con cazadores, que siguen manteniendo el concepto de matar más allá del hecho de matar una pieza. Según los datos obtenidos en el trabajo de campo, cazar es salir al monte, es buscar la caza, es preparar el lance, para algunos cazar es cosa de todo el año, más allá de las

temporadas, es pensar en la caza, reflexionar sobre ella, hablar de ella, leer, limpiar las escopetas, preparar los morrales.

La consideración de la caza como un elemento humano atávico, arcaico, depredador, lo tiene presente Ortega, que considera que, en gran medida, la caza deportiva lo que hace es perpetuar artificialmente la reminiscencia de esa caza utilitaria.

M^a del Carmen Paredes Martín analiza el prólogo de Ortega partiendo de la base de que éste muestra algunas de las tesis fundamentales de su filosofía. Analiza en el mismo la “relación venatoria” en la que se explica en qué consiste la caza y la reducción fenomenológica como método explicativo de esa relación. Como punto de partida marca el hecho de que la caza es una diversión y también una evasión. Esta diversión se aplica tanto a la necesidad, la caza utilitaria, como al ocio, la caza deportiva. Tanto la forzosidad como la vocación van acompañadas del aliciente de felicidad. La caza es una ocupación feliz y lo ha sido a lo largo de la historia, tanto para el noble como para el plebeyo, tanto para las sociedades cazadoras como para los cazadores actuales. El artículo plantea que el análisis de la caza se enmarca dentro de un programa fenomenológico, al volver sobre las cosas mismas y tratarlas como *fenómenos*. De esta forma se tiene en cuenta el hecho visible, la mostración del fenómeno, la experiencia de una jornada de caza, con lo que no se muestra inmediatamente, lo que permanece oculto, lo intrincado que hay que desvelar, que es para Ortega la esencia misma de la caza. Esta reflexión se acerca a la experiencia de campo, superficial si es breve, donde se documentaría el fenómeno visible, profundo, denso, en el momento en el que se entra de lleno dentro del grupo y de sus conceptos, cuando se consigue la confianza suficiente para indagar más allá de lo que se muestra.

Para Ortega, siguiendo este artículo, la caza consistiría en la relación entre dos términos, uno agente y otro paciente, sin reciprocidad porque el sujeto no puede ser objeto, ni el objeto, sujeto, es decir, “si el cazado fuese también y en la misma ocasión cazador, no habría caza”. Esto representa la desigualdad dentro de la relación animal cinegética, ya que uno de los participantes tiene ventaja sobre otro. Esta relación marca una primera definición de la caza como es el apoderamiento, la muerte de la pieza, relacionando esto con el término utilitario expuesto en líneas anteriores. Pero la caza no es sólo la acción mortuoria sino que la indeterminación del lance, la búsqueda de la pieza, el enfrentamiento entre el buscador y el animal esquivo supone el otro punto definitorio, entroncando con el espíritu de la caza como deporte. El paciente, el animal, no es pasivo sino que como ser vivo busca la supervivencia frente a la amenaza y es el agente, el cazador, el que tiene que imitar su comportamiento, su forma de comunicación, incluso su apariencia, para poder acercarse al lugar donde abatir la pieza. En este contexto el cazador adopta una mirada especial, una mirada “preobjetiva” en la que todavía no ve las cosas como objetos que se alzan frente a él,

sino que es una mirada global que lo hace estar alerta en el medio sin atender únicamente a uno de sus aspectos. En un ensayo, menos conocido que el *Prólogo*, aparecido en *El Espectador*, se refiere a esta mirada propia del cazador:

“El que es cazador y pasea por el campo con un agricultor nota pronto la diferencia entre el paisaje que ante sí tiene y el que existe para su acompañante. El agricultor, por ejemplo, no suele oír y, desde luego, no percibe distintamente los ruidos campesinos. Las lejanas voces de las aves no son por él reconocidas: los rumores mágicos de la campiña, que para el cazador son signos inequívocos de su claro mensaje telúrico, no dicen nada al que vive en el campo con el fin de explotarlo. Viceversa, ciertos detalles de la campiña notados por éste escapan al cazador; pero, en definitiva, no puede negarse que el paisaje del cazador es mucho más rico en objetos que el del hombre agrícola. Cien veces hemos advertido lo poco que saben de campo los campesinos”. (ORTEGA Y GASSET, J. 1995: 271)

Este planteamiento teórico habría que matizarlo a la luz de los datos obtenidos durante el trabajo de campo. Si bien es cierto que el cazador poseería esa mirada global en la que se integraría en el medio conociéndolo, atendiendo a sus aspectos generales, a lo físico, a lo vivo, a lo meteorológico, englobando las percepciones y conocimientos en pro de la consecución de un afán cinegético, esta generalización dejaría fuera las actitudes particulares de los distintos cazadores. En un grupo tan amplio como heterogéneo, con unos intereses gestores altamente mercantilizados donde prima el negocio por encima de cualquier otra consideración de carácter cultural, los cazadores tienen a su vez una mediatización derivada no sólo de este hecho sino de sus propias circunstancias personales. Habría que poner en duda qué mirada *preobjetiva* puede tener aquel que se acerca al campo sin conocer nada de él, o conociéndolo pero manipulando este saber por el impulso de captura a cualquier coste y de cualquier forma. Es decir, esa mirada global pasa a la particularidad de un interés más concreto que el propiamente cinegético, un interés que no tiene en cuenta el medio, no ya en el respeto que merece, sino en el conocimiento que precisa para fundirse como elemento natural que busca la integración del superdepredador eventual, el cazador, con las especies cinegéticas. Las categorías de interpretación, lo preconcebido, lo prejuizado, lo clasificado de antemano, no las ocultaría el cazador en su mirada, al contrario, las activaría en determinados momentos debido a la creación de discursos contextuales que derivarían en acciones concretas, hipótesis que se desarrollará posteriormente, lo que matizaría la generalización de la mirada *preobjetiva*.

El regreso a la naturaleza del hombre a través de sus instintos atávicos, de lo que aún tiene de animal, es otro de los puntos mencionados por Ortega. Aparece aquí una historicidad en la que al hombre se le presuponen un instinto y unas condiciones prístinas heredadas y ocultas en el quehacer diario, que se activan durante las

experiencias cinegéticas. Si a nivel teórico las reflexiones de Ortega pasan por ser de las más sugerentes, a nivel práctico hay que atender a toda una diversidad que si bien no pone en duda el andamiaje teórico filosófico sí que lo hace su praxis, con unas concepciones y unas actitudes que poco tienen que ver con los discursos que los cazadores ofrecen fuera del contexto cinegético y con los resultados observables en la interacción realizada en los cazaderos.

Pero retornando al protagonismo *emic*, ¿cuál es la opinión de los cazadores sobre la relación o la consideración de la práctica cinegética como deporte? Las distintas observaciones realizadas y las entrevistas a los cazadores entre los que se ha hecho trabajo de campo brindan una información variada. Si se considera el deporte según la segunda acepción del diccionario de la RAE., el ejercicio físico que supone la modalidad de caza estudiada la convierte en un deporte. Los cazadores tienen presente el esfuerzo que supone un día de caza menor, por ejemplo, tanto en la modalidad de *salto* como en la de *mano*. Ahondando más en la cuestión, más allá de esta actividad física no consideran aspectos relacionados con el deporte como la competición, la competitividad, la superación del rival, entre otras, como elementos definitorios de la caza; al contrario, existen celos e incomodidad con cazadores que por el hecho de cobrar más piezas que el compañero realizan acciones que no son consideradas como adecuadas.

La caza se considera como deporte en la medida de ejercicio físico y se asocia a su vez con términos como afición, hobby o tiempo libre, e incluso también con negocio, buscando la vertiente mercantilista que la actividad tiene.

“Si vas andando es un deporte. Yo que quieres que te diga, hay quien se va a hacer la partida de julepe³⁵, ahí todo lleno de humo, fumando, y va todos los domingos, al dominó, a lo que sea, y, a hacerse su copa de coñac, su cubalibre, su tal, y qué será mejor ese deporte o el de ir a la sierra. Yo te digo, para mí lo mejor que me viene de todo ese andar que me encuentro más ágil y procuro no cansarme, procuro hacer el andar, sin, sin esfuerzos, paulatinamente, y luego me encuentro toda la semana”. (05-E. 30 de abril de 2005)

En este caso concreto, preguntado el cazador sobre si considera la caza como un deporte, salió a relucir el hecho físico y la comparación con otras actividades no relacionadas con el mundo deportivo sino con las actividades de ocio. Hay una relación entre el andar como método para mantenerse en forma, es decir, unos atributos terapéuticos del hecho de estar en contacto con la naturaleza y realizando un ejercicio dentro de ella. Pero sobre todo se ve una justificación que casi se podría considerar como ética al comparar con otras costumbres no sancionadas de forma positiva dentro del contexto social. En este sentido hay una intención de revalorización

³⁵ Juego de cartas típico de la zona del Levante español.

personal de la imagen del cazador de forma positiva intentando reducir los aspectos negativos que ellos mismos advierten: “afición, deporte, que te gusta el monte, tú dile a uno de una discoteca que se vaya a...” (22-E. 10 de mayo de 2005).

El hecho de la afición más que el deporte entendido como tal es subrayado por otro cazador “como hobby y como afición. Hombre, también es un deporte, pero yo creo que es más hobby y distracción” (21-E. 2 de junio de 2005).

Para muchos cazadores situar la caza sólo en el aspecto deportivo implica perder una tradición heredada, de costumbres y de incluso ritos que van más allá, llegando incluso en algunos casos a relacionarlo con un atávico instinto de supervivencia. El concepto de caza se carga de una serie de valores que no coinciden con la competitividad deportiva, hay algo más detrás de esto, un complejo debate que desde distintos foros y artículos realizados por cazadores se ha puesto de manifiesto. Hay una homogeneización reduccionista que habla de “caza deportiva” y que incluye en ella tanto la tradición heredada como los aspectos relacionados con la actividad de ocio en la que se inserta. El hecho de que no se cace para comer, sino que se haga como recreo, como afición, ha llevado a considerar el concepto deporte como elemento definitorio global de todo este complejo. La caza como actividad recreativa viene siendo practicada desde la Edad Media por los estamentos nobiliarios, no siendo en la actualidad privilegio únicamente de las clases acomodadas sino que se ha democratizado económicamente desde, fundamentalmente, el pasado siglo. Hay toda una serie de cazadores que han pasado de la caza como aporte de carne en tiempos de carestía, hay numerosos ejemplos en zonas rurales para el período de la posguerra española, a seguir practicándola dentro de las coordenadas de la afición. Sin embargo, la transmisión que de estos valores se ha realizado por estas personas llevan a no considerarla como un deporte sino más bien como una actividad tradicional con unas reglas no coincidentes, en muchas ocasiones, con las normas legales impuestas.

Constatar los discursos emic lleva a contextualizar el tema y comprender su complejidad y el peligro que la reducción del análisis conlleva. Los cazadores están reflexionando sobre lo que hacen y sobre el sentido que tiene no sólo para ellos sino también la imagen que se proyecta al exterior. ¿Qué es la caza? ¿Es un deporte? ¿Es una tradición? ¿Es una afición? Como para casi todo, no hay una respuesta categórica sino múltiples opiniones que no se invalidan unas a otras sino que son una conjunción de elementos.